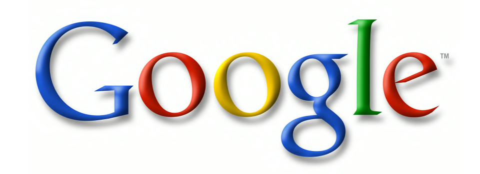
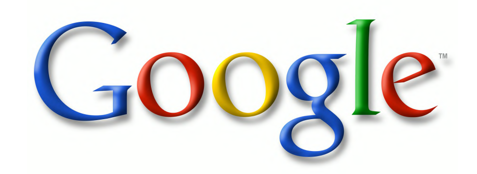
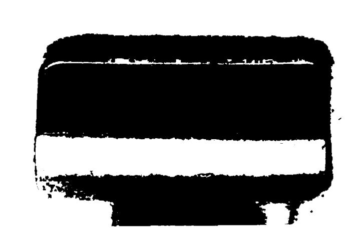


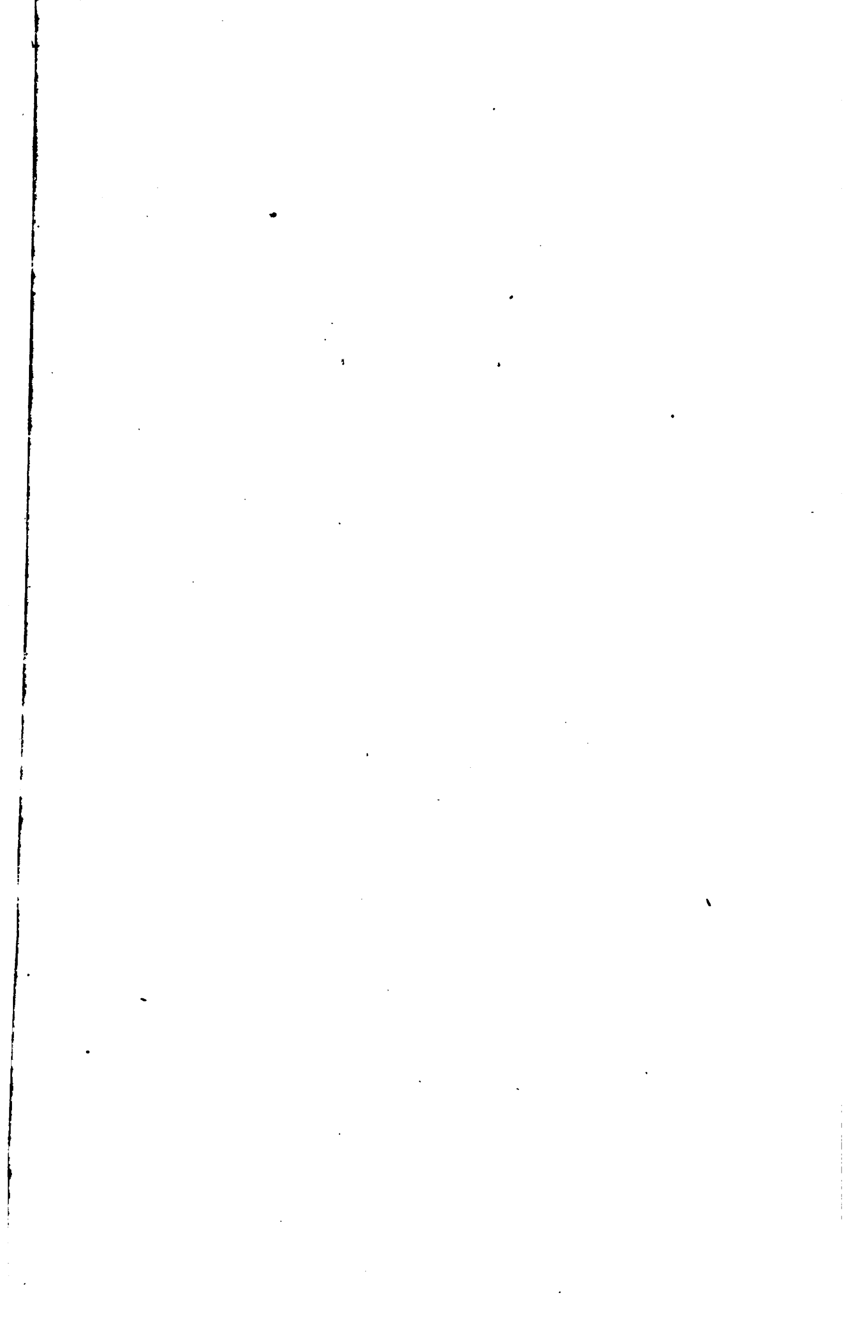


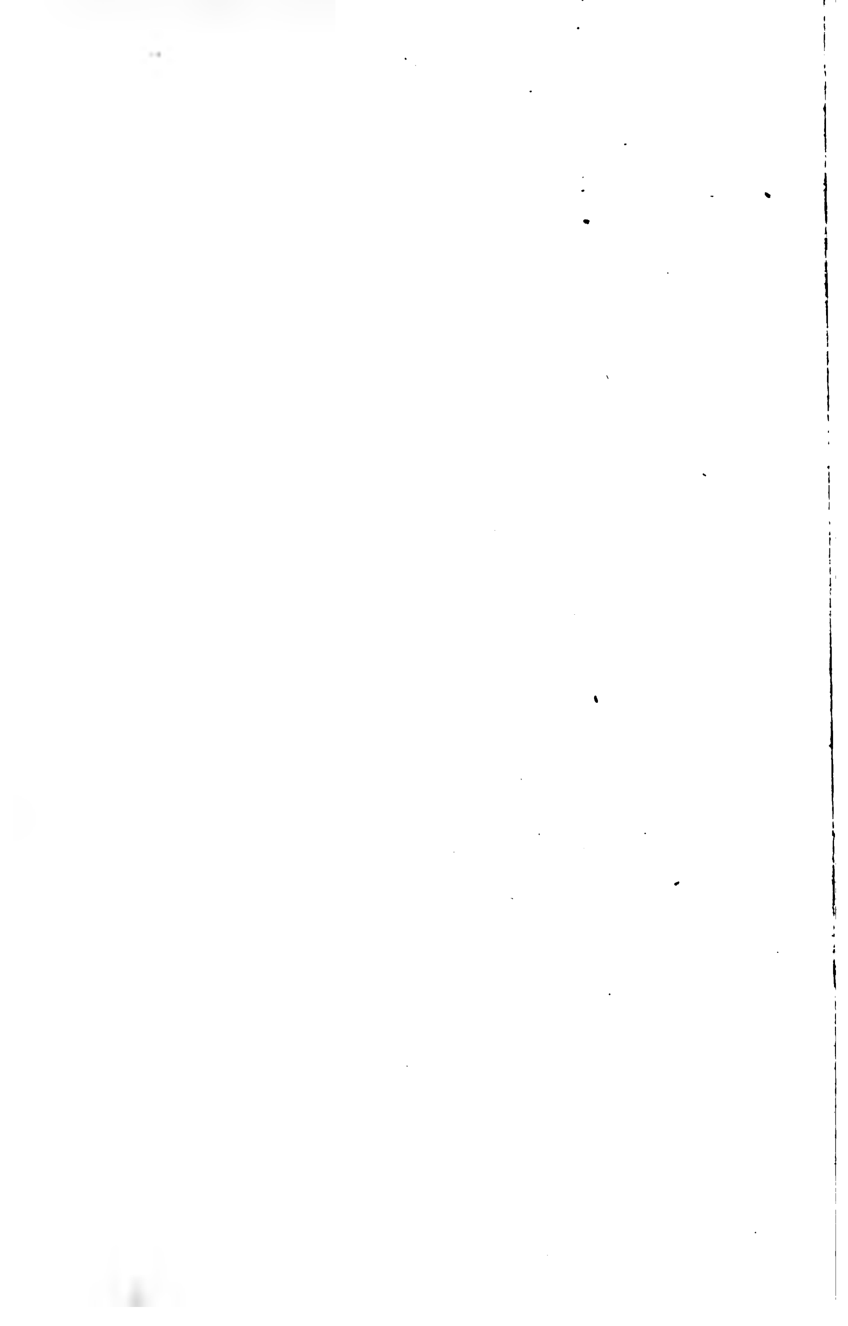

UC-NRLF
$B 257 158

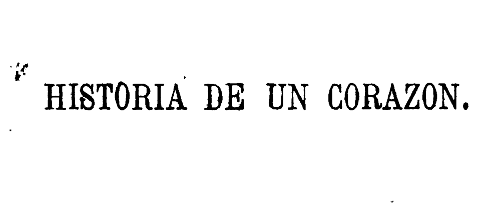




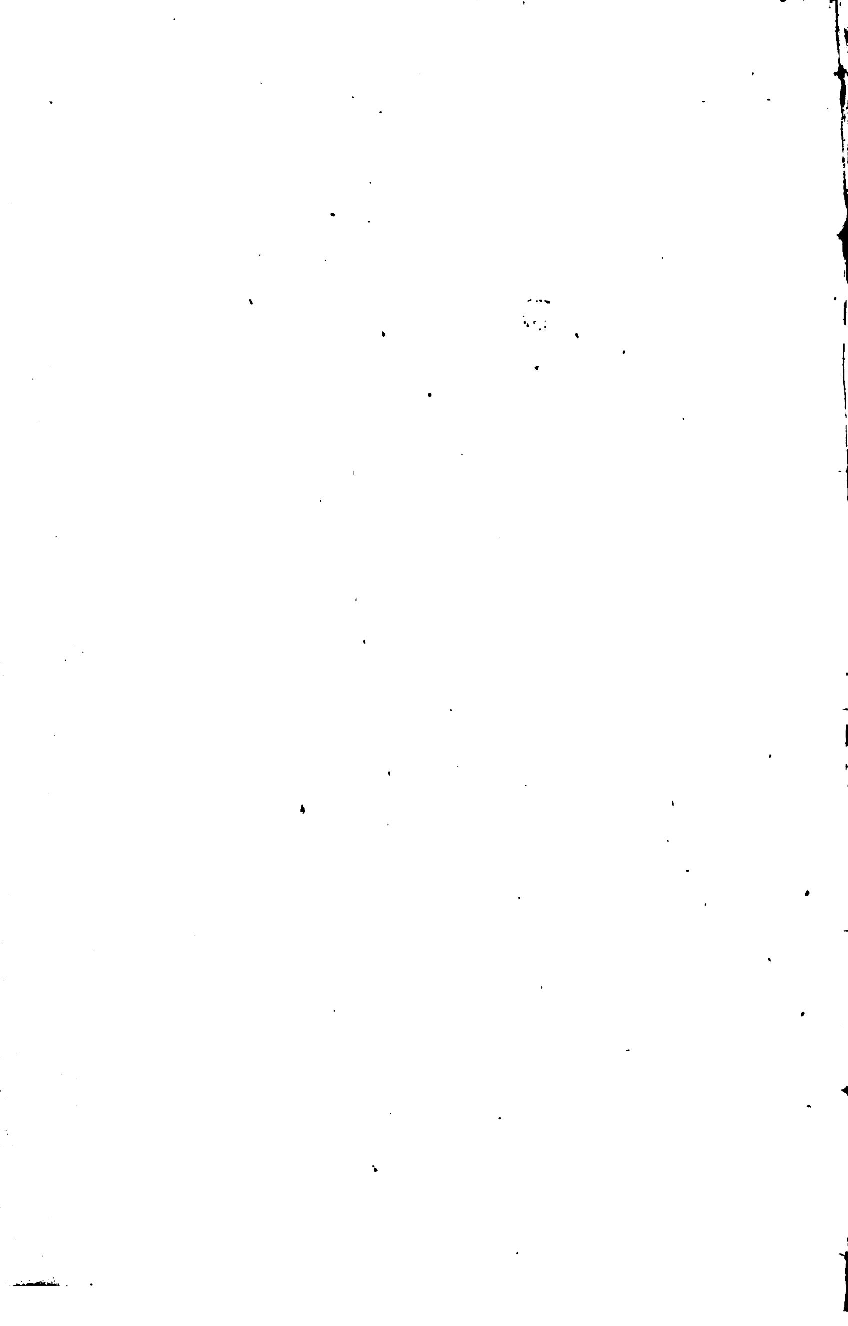








HISTORIA DE UN CORAZON.



HISTORIA

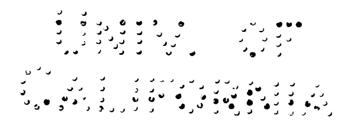
DE

UN CORAZON

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR.
Calle del Cármen, núm. 13.
1874.

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).
Calle del Duque de Osuna, número 3.

CAPÍTULO PRIMERO.

UN GRAN CARÁCTER.

Yo le conocí, le admiré en vida y muerte, y le acompañé al cementerio. Jamas se borrarán sus tragedias ni de mi corazon ni de mi memoria. Fué amigo de mi destierro en París. El recuerdo de sus virtudes queda todavía en la sociedad que tuvo la dicha de conocerlo. El secreto de su muerte, pocos, muy pocos lo saben. Y sin embargo, era un jóven todo corazon. El único holocausto que puedo ofrecer á su amistad es narrar su historia. Oídmela:

Se llamaba Ricardo. Un poco bajo de estatura, tenía la suficiente para no confundirse con

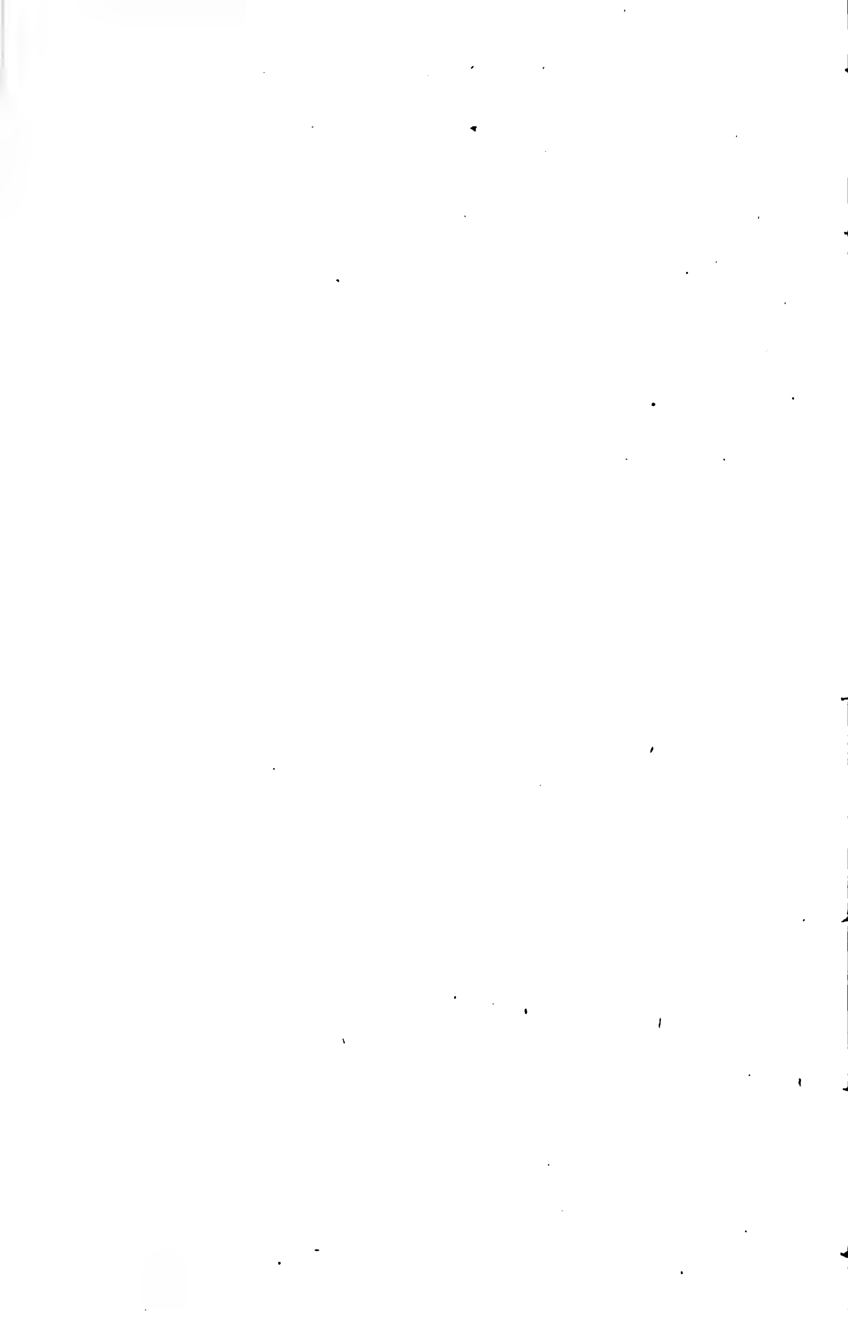
los innumerables que no llegan á la talla y no pueden por ende servir á la patria. Su cuerpo era flexible, sus maneras sueltas, su apostura modesta: nada de extraordinario. Mas parecia que la naturaleza concentró todos sus esfuerzos en poner sobre aquel cuerpo algo débil, extraordinaria cabeza, que fuera la revelacion material de grande espíritu. La esfera del cerebro, muy abovedada, como la de todos los caractéres benévolos, podia desafiar la comparacion con las más bellas de las trazadas por Rafael de Urbino, el gran pintor de las cabezas divinas. Su pelo castaño, ligeramente ensortijado, la rodeaba de severa aureola. Era la frente ancha, despejada, espaciosísima, el espejo de un gran pensamiento que, áun oculto por el silencio ó por la indiferencia, irradiaba su luz y su calor. Los ojos, de un azul claro, tenian bondad infinita, profundidad oceánica, cual si dejáran entrever los luminosos abismos del alma, ó expresar vagos ensueños de inspiracion idealista. El óvalo de su rostro, el bozo ligero como una som-

bra, los labios perfectamente delineados, la nariz apolina, le daban el aire de una de esas estatuas desenterradas de lo antiguo, absorbidas en la contemplacion de un ideal de armonía y de hermosura que derramaba sobre sus frentes la serenidad olímpica de los dioses.

Formas así eran la revelacion, el reflejo de hermosa alma. Entusiasta por naturaleza, consagraba culto religioso á todas las grandes ideas y á todos los grandes sentimientos. Poeta de verdadera inspiracion, su poesía no estaba en el verso, ni en la prosa, ni en ninguna obra artística; estaba en la vida. Y la poesía para él no se apartaba nunca ni de la verdad ni del bien. Amando la naturaleza y la humanidad, no se gozaba sólo en la contemplacion de los cielos y en los paseos por los campos; no se complacia sólo en votos estériles por el bien de sus semejantes, sino en descender á los abismos de la sociedad y combatir allí el mal, y acorrer allí á la desgracia. Cuántas veces decia en sus conversaciones que era no solamente moral, sino her-

moso, entrar en esos patios infectos, en esas habitaciones lóbregas y húmedas, donde apénas se puede respirar el aire cargado de mefíticos miasmas; y allí, socorrer á un enfermo, consolar á un moribundo, salvar la vida á un niño y la honra á una jóven, dejar sobre el lodo social la estela del bien, llevándose en cambio sobre la frente la aureola de la caridad. Y con estas ideas austeras no se privaba de ninguno de los goces legítimos de la vida. Él iba á los bailes, á los conciertos, á los teatros, á las fiestas, á las redacciones de los periódicos, donde quiera que sentia latir la vida, como para llevar á todas partes el calor de sus virtudes y el rocío de su palabra. Cuántas veces le sucedia salir de un baile y encaminarse á una bohardilla; llevar en los oidos el eco de la orquesta y correr á oir el lamento del moribundo. Su gran corazon le habia enseñado como por instinto las ciencias necesarias á la vida. En su afan de hacerlo todo, de alcanzarlo todo, y de hacerlo y alcanzarlo para el bien de los demas, ya se habia hecho

discípulo de un cirujano, y se habia ido por los hospitales poniendo vendas y apósitos; ya compañero de un pintor, y se habia ido por las laderas de los montes á contemplar los picos coronados de nieve, á oir los rumores de las selvas realzados por el bramido de las cataratas, á reposar en los bordes de los celestes lagos. Lo extraordinario en aquel carácter era que no mostraba ninguna vocacion determinada. Puede decirse que su cualidad culminante estaba en su palabra, en esa chispa eléctrica del alma. Los artistas, los políticos, los hombres de mundo, le buscaban para oir sus inspiraciones, para recoger sus consejos, para ensanchar los horizontes de sus ideas, para iluminar las profundidades de su alma con aquellas ígneas frases, que eran como un grande volcan moral, donde todo se hallaba mezclado, la luz, el fuego, la ardiente lava, el humo; pero todo sublime, todo extraordinario.



CAPÍTULO II.

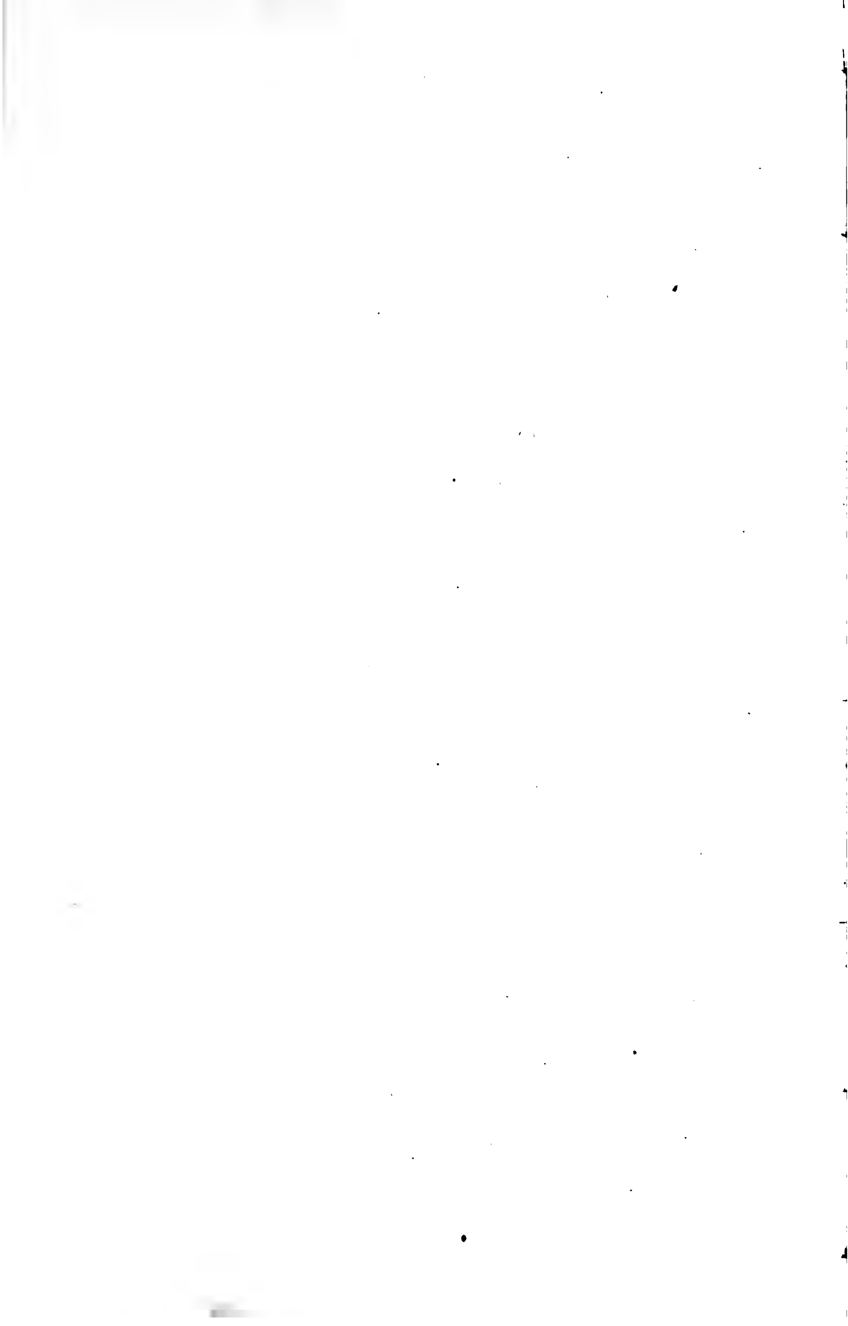
POESÍA EN ACCION.

Á pesar de estas cualidades, Ricardo no escribia una palabra, no decia una frase delante del público. Todo lo guardaba para sus amigos. Las mujeres con especialidad buscaban aquella alma grandiosa, que tenía todas las delicadezas femeniles, unidas á todo el vigor y á toda la energía de los más fuertes varones. La mujer, por su naturaleza nerviosa, se parece á los pájaros, como, por su hermosura, se parece á las estrellas y á las flores. Y si teneis algun canario, algun ruiseñor en vuestras jaulas ó en vuestros jardines, tocad cualquier sonata al piano, entonad cualquier melodía, y pronto vuestra inspi-

racion prenderá en el avecilla, que acompañará vuestra música con sus arpegios. Así las mujeres, cuando oyen hablar de grandes sentimientos, de grandes ideas, se asocian en su alma á todo lo sublime y cantan de manera misteriosa todo lo que los hombres han pensado. He echado de ver, leyendo las historias de los tiempos primitivos del cristianismo, que es muy superior el número de las mártires al número de los mártires. Naturalmente una palabra como la de Ricardo debia ser un talisman en la sociedad, y lo era, sobre todo para las mujeres.

A estas cualidades del carácter y de la figura se unia la independencia de inmensa fortuna. Hijo único de rica viuda americana, criado en todos los esplendores del lujo, no tenia necesidad de pensar en los medios de procurarse el sustento diario; tarea que suele absorber la vida de la mayoría de los hombres. Cuando nace un heredero rico con tendencias al mal, su riqueza es causa permanente de corrupcion, que agrava, que exacerba sus vicios. Pero una naturale-

za privilegiada, cuando no necesita cuidarse mucho de la tierra cuyo jugo ha de recoger, ni de la direccion que ha de dar á sus raíces, crece y se dilata y se extiende como un árbol gigantesco cuajado de frutas y de flores, ofreciendo asilo á las aves y levantando su copa al cielo. Todos los ocios que le permitia su inmensa fortuna estaban consagrados al cultivo de su alma y al cultivo del alma de sus semejantes. Sin ser ni un misionero ni un moralista, sin darse aires de reformador ni de tribuno, Ricardo trabajaba por el bien de sus semejantes con la misma naturalidad con que cumplia los más elementales deberes de la vida.



CAPÍTULO III.

LÁGRIMAS.

Habia, sin embargo, una sombra en la vida de aquel jóven. Su madre, á quien él idolatraba, le habia enseñado el camino de la virtud y le habia inspirado el goce divino de hacer bien sin esperanza alguna de recompensa y sin ningun interes mundano. Pero su madre, al mismo tiempo, esparcia sobre la vida de su hijo una profunda tristeza, porque, jóven, bella, rica, inteligente, despues de muchos años de viudez, jamas habia abandonado sus lutos, su retiro ni sus tristezas. Parecia que un dolor moral, inmenso, indefinible, desgarraba su pecho, y que un secreto gravosísimo pesaba sobre su concien-

cia. Cuántas veces, á las altas horas de la noche, dejaba el lecho y se paseaba como una sombra por su habitacion, retorciéndose los brazos de dolor y llorando con la más amarga pena. En cuántas ocasiones, sobre todo al llegar aniversarios de dias solemnes, su dolor era una enfermedad, una fiebre, una epilepsia algo espantosa, horrible. Ricardo habia estudiado aquel dolor y había visto que no era producido por la muerte de su padre. Esposa amante, viuda desolada, madre tierna, los años habian dado á la pena de su viudez esa especie de triste pero majestuosa serenidad que toman con el tiempo los recuerdos por los muertos. El dolor de aquella matrona era una batalla diaria, contínua, incesante; era una angustia de todos los dias, algo de horrible desvarío. Hermosa debia haber sido aquella mujer, cuando á pesar de su cabellera completamente cana, de su frente arrugada, de sus ojos eternamente encendidos por el dolor de sus mejillas caldeadas por las lágrimas que le dejaban como las huellas de un hierro candente,

conservaba admirable belleza. Vestida de negro con una sencillez que era el extremo de la elegancia, tal vez para ocultar al mundo sus tristezas, parecia la estatua del dolor esculpida para una tumba. ¿Cuál era el misterio de esta eterna pena?

El misterio de la pena que atenaceaba á la viuda de Jura, la bella matrona Carolina, se contenia en tristísima historia, que debe ser minuciosamente conocida como prólogo de la vida de un corazon, que vamos á referir en estas breves páginas. Por razones de conveniencia habíala enlazado su familia con un rico propietario de Nueva-Orleans. Carolina apénas contaba trece años cuando pasó de los juegos de la infancia al hogar de su esposo. Frances de orígen éste, de edad muy desproporcionada á la de su mujer, duro carácter, ardiente en sus pasiones, celoso hasta el extremo, sintió por aquella niña amor infinito, mezclado con infinito recelo de que alguna vez, por el curso de los años, por la diferencia de las edades, este amor dejase de ser cor-

respondido, y entrára otra pasion más natural en el corazon de la jóven sacrificada estérilmente á las conveniencias de la fortuna. ¡Ah! No se pueden violar nunca las leyes de la naturaleza sin tener una desgracia, como no se pueden violar nunca las leyes de la moral sin tener un castigo.

El rico Mr. Jura encerró su mujer en magnífica hacienda, aislándola completamente del mundo. La familia de Carolina, que era del Centro de América originaria, se volvió á sus tierras despues del casamiento, y la jóven se quedó sola, en aquellos inmensos campos, con su marido, si no viejo, de edad madura. Éste, para apartarla del mundo, la rodeó en el campo de lujo oriental y de todas las atenciones y todos los cuidados que su cariño podia inspirarle. Corrieron los años primeros de matrimonio en paz completa. Las tempestades de aquella naturaleza eran las únicas interrupciones á la monotonía y á la uniformidad de la vida. Ricardo vino como ángel del cielo á extender sus alas

sobre aquel matrimonio, á colmar de felicidad á su padre, á dilatar el corazon de su madre. La cuna de su hijo fué para Carolina el universo; los ojos de su hijo fueron para Carolina el cielo; la sonrisa de su hijo fué para Carolina la felicidad entera de la vida.

Quizá en el fondo de su corazon hubieran estallado grandes tempestades á vivir en el mundo. Quizá, á pesar de su aislamiento, allá por las regiones interiores del pensamiento pasaban como otras tantas nubes emanadas de los vapores del corazon, lleno de anhelos infinitos á otra vida, incomprensible para su inteligencia, pero radiante en su fantasía; vida vaga como los sueños, pero que no era su vida de todos los dias. Estas ideas no podian tener objeto; estos sueños no podian tener realizacion. En la soledad del campo, en el aislamiento de su existencia, Carolina sólo podia acariciar ilusiones. Su única compañía eran los trabajadores del campo, y los trabajadores del campo eran negros y esclavos, que para una señora patricia, blanca como la

nieve, rica, se confundian con las bestias de carga.

Pero entre estos negros habia un mulato originario de Cuba, que no trabajaba en el duro trabajo manual, ni siquiera en los oficios domésticos, sino que era más bien una especie de criado de honor con destino á levantar alguna cortina para que pasasen sus amos, á cerrar ó abrir alguna puerta, á ir en la delantera del coche con el cochero, á hacer alguna excursion á la ciudad.

Era un jóven como de veinte y cinco años, de elevada estatura, de flexibilidad maravillosa, de agilidad increible, cuyo color moreno, cuyos vivos ojos, cuyo animado acento, cuyos gruesos labios, cuyas facciones de una regularidad perfecta, cuya voz de una armonía varonil, acusaban el ardor del corazon y la fuerza de carácter, esas cualidades á que la mujer en su debilidad siempre da un doble precio.

A esto se unia una fidelidad tan grande, un cuidado por Carolina de tal suerte exquisito,

una especie de humilde fraternidad hácia aquel ser débil unido por cálculos mercantiles á otro ser adusto, que debia naturalmente despertar en el corazon de Carolina hácia él, por una fuerza invencible, sentimientos de amistad, de una amistad que la jóven se explicaba como un premio natural á los excelentes servicios del mulato. Era éste una especie de poeta y de músico rudo, pero en cuya rudeza habia el oro nativo de la verdadera inspiracion. Nacido en los trópicos, criado en el seno de aquellos campos tan ardientes, los rayos del sol, las auras cargadas de fuertes aromas, las selvas primitivas, las bandadas de aves milicolores, las legiones de insectos de mil luces y de mil cambiantes, el fuerte huracan resonando en las coronas de las palmas reales, las guirnaldas de flores tendiéndose con sus gajes matices por las márgenes de los cañaverales de azúcar, el silencio de aquellas noches cargadas de lucientes estrellas, que parecen aproximarse á la tierra para besarla con su luz, toda la grandeza y toda la volup-

tuosidad de aquella vida calurosa, exuberante, habian dado, como á la cañamiel, á la mente del hijo de los bosques inspiracion y poesía.

CAPÍTULO IV.

LAS TENTACIONES.

La naturaleza no puede ser nunca desmentida, no puede ser nunca burlada. El mulato componia en el idioma que Carolina hablára en su cuna versos de inspiracion ardiente. Dejábalos caer algunas veces en casi imperceptibles papeles, con descuido, al pié de las sillas ó de las mesas donde debia sentarse ó debia apoyarse su ama. Todos ellos estaban consagrados á un sér ideal, á un ángel que volaba sobre las palmeras agitándolas con los bordes de su blanca túnica, á una mujer fantástica que los cielos infinitos le mostraban, coronada de estrellas, sobre el

éter azul, cuando entornaba á fuerza de sueño los cansados párpados.

Muchas veces aquellos acentos de pasion se exhalaban al són de la música. Esperaba un dia caluroso. Las flores abrian á los primeros besos de la fresca noche sus cálices, y las estrellas dibujaban entre los velos de las sombras sus centelleantes resplandores. Callaban los ruidos del dia en ese silencio profundo que convida á la meditacion. Las flores de la hermosa terraza donde Carolina, bajo bóveda de verdura, solia contemplar estos espectáculos de la naturaleza y oir esta música de los elementos, las flores de la terraza exhalaban esos perfumes que embriagan y que disponen al placer como una inspiracion voluptuosa de la naturaleza en sus misteriosísimas relaciones con el espíritu.

Carolina contemplaba este cuadro y percibia estática estas emanaciones de la creacion. Se hallaba sola casi por milagro, pues nunca la dejaba la sombra de su esposo, que se habia convertido para ella casi casi en una especie de

carcelero. Cuanto la rodeaba, le hacia desear que algun sonido, alguna voz, alguna melodía se levantase del seno de la creacion como para hablar á su alma entristecida y absorta, contemplándose á sí misma en el turbio espejo de la noche.

De pronto oye las cuerdas de una guitarra, que suenan como si fueran las cuerdas mismas de su corazon. Aquella música era como la voz de la naturaleza, pero una voz mágica, una voz incomprensible de encanto y de poesía. Aquella voz semejaba para la solitaria jóven como un alma que bajaba de las estrellas y venía en las ondulaciones de las auras, en el aroma de las flores, á traerle una prenda de amistad. Involuntariamente se movieron sus labios y besaron aquella melodía celeste. Pero á los arpegios de la guitarra siguió una voz, sí, una voz varonil, que parecia el latido de un corazon en delirio. Todas las pasiones, que habian dormido en el alma de Carolina con el mismo sueño inocente con que dormia su hijo en la cuna, se desper-

taron al acento de la voz, que era como la expresion de un amor nunca comprendido, nunca inspirado por aquella alma, vírgen todavía de pasiones, á pesar de que la naturaleza la habia hecho madre.

Á los arpegios de la guitarra, á las notas largas y sostenidas de la voz, siguió una cancion que pintaba el desposorio ideal de dos almas confundiéndose en los espacios como el canto de dos aves, como los rayos de dos astros, como el aroma de dos flores. Carolina tendió involuntariamente los brazos al espeso bosquecillo de donde salia la misteriosa cancion, y sintiendo que le flaqueaban las rodillas, que la abandonaba la cabeza, gritó: Basta, basta.

—¿Con quién hablas? Le preguntó entónces su marido, que acababa de llegar:

Hablaba maquinalmente, dijo la jóven; sí, maquinalmente. En efecto, apagadas las últimas notas de la cancion, sólo se oia el ruido del viento en los cañaverales. Ninguna sospecha, absolutamente ninguna, heria el corazon de Ju-

ra. Ricardo vino saltando hasta los piés de sus padres y las tres almas se confundieron en los santos besos depositados sobre la frente del niño. Pero se veia que el caballero Jura estaba embargado por tenaces pensamientos. En efecto, uno de esos deberes imperiosos de los ciudadanos en América, donde la vida pública tiene tan grande extension por la existencia de todos los derechos, le obligaba á separarse de su hogar tal vez por mucho tiempo. Habia vacilado entre llevarse consigo á Carolina ó dejarla en el campo, en la hacienda. Su amor le aconsejaba el llevársela consigo; pero sus celos, el dejarla sola. Cuando dos pasiones se hallan en abierta lucha, vence siempre la más fuerte. Y los celos eran más fuertes que el amor en el corazon de aquel hombre, que al contraer un matrimonio desproporcionado habia contraido una gran desconfianza de merecer su ventura, desconfianza que ponia sobre esta ventura una corona de espinas. Dicho sea en honor de la sinceridad y de la inteligencia del caballero Jura, no dudaba de

su felicidad á causa de Carolina, sino á causa de sí mismo. No creia merecer su felicidad, y por lo mismo dudaba de ella como se duda de todo aquello que no está asentado en la base incontrastable de la justicia, tan necesaria para las relaciones de la familia como para las relaciones de la sociedad.

La pasion más fuerte habia vencido. Jura dejaba á su mujer en la hacienda. Allí no podia, segun su creencia, nacer siquiera en el corazon de Carolina el amor, que se duerme como todas las pasiones cuando no tiene objeto. En gran ciudad, en populosa capital, las distracciones sociales, la necesidad del trato, las fiestas diplomáticas, los paseos, los teatros, los saraos, son otras tantas ocasiones ofrecidas al nacimiento ó al desarrollo de una pasion.

CAPÍTULO V.

PELIGROS DE LA SOLEDAD.

Error grave el error de aquel hombre. Queria materialmente tapiar un corazon. Fiaba en los muros de su palacio más que en los sentimientos de su mujer. Imaginaba que un alma se puede plantar, como un árbol, en mitad de un desierto. Hacia del matrimonio una prision. Hacia de la vida un estanque. Hacia del hogar una estufa. Y para impedir toda otra pasion, mataba la misma que podia inspirar á su mujer con su solicitud, con su cariño.

Cuando un marido no fia mucho para conservar la honra, en la pasion que inspira, debe confiar en ese innato sentimiento de pudor y de

castidad que tiene la mujer. Digan lo que quieran los detractores del bello sexo, subir, volar, remontarse al cielo, es natural en la vida de la mujer, como cantar, poetizar, idear, es natural en su alma. Todas las ideas de la mujer tienen alas para caer, para rodar por el lodo; necesita hacer un esfuerzo sobre sí misma. El pudor es tan propio de su naturaleza como el sentimiento. Una mujer no cae por no bajar de esa atmósfera de pureza que le es tan natural como á las aves el aire. Ademas, cuando una mujer es madre, cuando ha sentido su sér dilatarse en otro sér, no cae, por el sentimiento de su propia dignidad y por el culto á la propia conciencia, porque su hijo es su vida, y sabe que al mancharse va tambien á manchar la vida de su hijo. Por consiguiente, Jura podia llevar á su mujer en medio del mundo, seguro de que las tempestades en el mundo tan frecuentes no llegarian nunca hasta las alas de aquel ángel, que podria consumirse en el fuego de una pasion, pero no podia mancharse; que po-

dia caer en el sepulcro, pero no en el cieno.

Aquel hombre, que sólo habia tomado precauciones materiales contra su esposa, fué materialmente castigado. Jura partió á Washington dejando á su mujer sola. Repugnaba á Carolina esta soledad, este abandono, y le rogó repetidamente que la llevára consigo. Jura se negó siempre. Por fin llegó el dia de la separacion, y la despedida fué cruel para Jura por el amor infinito que profesaba á su mujer, para Carolina por confuso y sombrío presentimiento de males terribles. Una sola persona estaba alegre, delirante, en aquella casa; alegrehasta la de mencia, sin poder ocultar su idea ni sus sentimientos: el mulato.

Por preocupaciones de cuna y de educacion, Jura, que temia de todo el mundo, no podia temer del mulato asechanzas á su honra. La inmensa distancia social que le separaba al criado de la mujer era toda su garantía, é ignoraba que la naturaleza con su igualdad implacable salva de un salto esas distancias. Pero no se

puede concebir bien cuánto ciega la educacion, sino cuando se está en el medio social que produce esas cegueras. Por un error de su corazon, habia dejado sola á su mujer en el mundo. Tanto valdria encerrarla en un buque combatido por la tempestad. Tanto valdria dejarla que se ahogára con tal que la tripulacion no pusiese sobre ella las manos. Todas las pasiones encuentran su castigo en todos sus excesos.

Una pasion delirante, horrible, se habia apoderado del mulato. Al ver aquella mujer tan hermosa entregada á un viejo, la compasion se mezclaba en su pecho al amor. Al verla sola, este amor creció con la esperanza del logro. Sumergido aquel hombre en el seno de la naturaleza, su pasion era sed rabiosa y tenía esa fatalidad implacable, esa fuerza invencible de todas las leyes naturales. Criad á un hombre sólo para obedecer y servir, quitadle completamente la conciencia, y veréis qué torrente despeñado es su voluntad.

CAPÍTULO VI.

DESPRECIOS Y RENCORES.

El disimulo era el carácter del mulato. Desde el momento en que Jura partió, rodeó el mulato á su ama de esas pequeñas atenciones que obligan á grande gratitud. El corazon humano, pero sobre todo el corazon de la mujer, se detiene con extrema complacencia en esas minuciosidades de la vida, que son á veces sus mayores encantos. Un jarro de flores puesto, al amanecer, en la ventana; un vaso de agua traido á tiempo; un ave enjaulada en los arbustos del jardin; una nueva decoracion abierta en aquellos bosques; un nuevo surtidor saltando entre las piedras;

un poco de frescura procurada á mediodia, cuando el calor es tan sofocante en las regiones que se acercan al Trópico; la fruta más rica y más gustada, traida casi fuera de sazon, por un prodigio, por un milagro de la voluntad; todo esto naturalmente fijaba las simpatías de Carolina en aquel único sér que en el mundo le mostraba algun interes, ese interes que tanto necesitan todos los seres sensibles, todos los seres débiles.

No es posible al corazon humano, mucho ménos al corazon de la mujer, vivir sin tener ó inspirar algun interes, algun afecto. Solamente que el afecto entre personas de distinto sexo, por muy sereno y muy tranquilo que sea, fácilmente se cambia en amor. La mujer no puede tener amigos sin peligro, sino cuando su corazon está lleno de una pasion y consagrado á un solo sér. El afecto de Carolina por su esposo era amistad. La pasion no habia, pues, prendido en aquella alma, que pasó del hogar de su padre al hogar de su marido como víctima del deber. Que

el mulato le inspirase algun interes, semejante á una mezcla de amistad muy lejana y de agradecimiento moral muy grande, no era cosa extraña. Mas para que nunca pudiera inspirarle otra pasion, á pesar de las seducciones del jóven sobre un alma solitaria, habia, primero la conciencia, despues la educacion, por último el amor á su hijo y el respeto á su esposo; respeto tan grande, que á los ojos de cuantos podian rodear á Carolina hubiera pasado por amor.

Pero á medida que trascurria el tiempo y que el mulato veia un obstáculo á manifestar su pasion profundísima, en aquella serenidad, en aquella castidad con que la jóven se elevaba á ser una matrona y á inspirar el respeto que inspiran siempre las grandes virtudes á los mismos empeñados en herirlas ó empañarlas, el amor del mulato crecia con la concentracion, con el silencio, con el misterio. Sus canciones habian aumentado en melodía, en pasion, en fuego. Un pensamiento delirante, encerrado en

verso nervioso y armoniosísimo, tomaba el trimo de una grande oda en las sonoras cuerdas de su guitarra, el instrumento monótono de las monótonas tristezas del alma.

Pero Carolina, que una noche, en rapto de entusiasmo delirante, pudo oir aquellas canciones como la sombra de sus deseos, como la forma de sus ensueños, como el vagido de un amor al cual instintivamente aspiraba su alma, se repuso bien pronto de esta emocion pasajera, admiró el canto como artista, no sintió su significado como mujer.

Cuando el mulato advirtió esto, cuando pudo persuadirse de que su canto era sólo admirado, y no querido, rompió las cuerdas de su guitarra, y se calló profundamente como si hubiera perdido la voz. Poco á poco todo el interes que tomaba en los primeros dias de sus esperanzas fué convirtiéndose en desvío, en desvío que nacia del deseo de vencer su propia pasion y de no aumentar sus dolores con la vista y la presencia de aquella mujer tan querida. Aquella

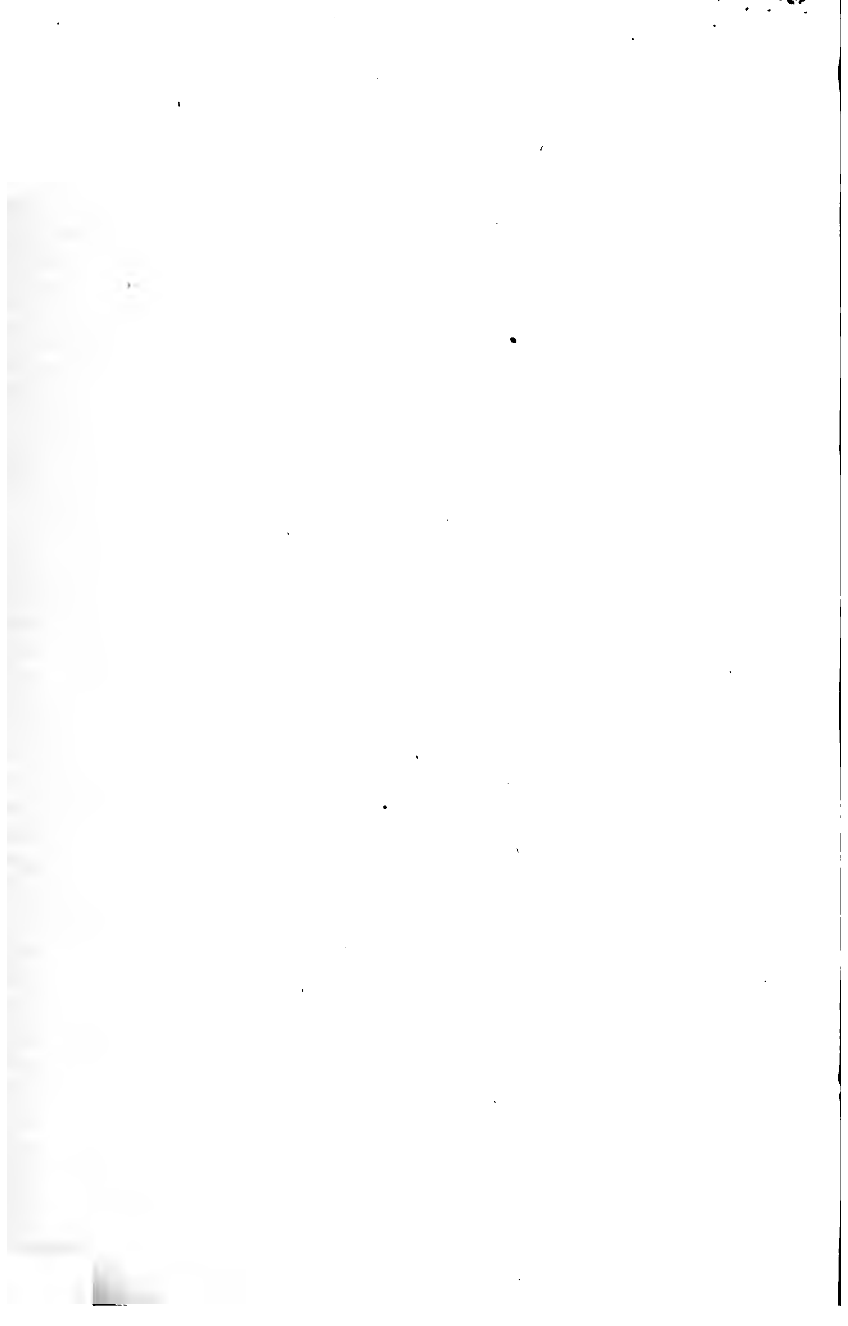
hermosura, que nunca le sonreiria amorosa, era para él un tormento infernal, como todos los tormentos de la desesperacion.

Carolina advirtió el cambio del criado y advirtió tambien la exaltacion á que habia llegado su carácter. Era imposible que aquellos ojos encendidos, aquellos labios vibrantes, aquellos suspiros entrecortados, aquellas palabras medio ahogadas, no dijeran algo, no reveláran algo. Entónces sintió un miedo invencible al horror de esta pasion y al horror de su soledad en el mundo. Su primer pensamiento fué ahuyentarlo; pero tenía contra esta determinacion salvadora várias razones: primera, la moderacion del pobre mulato, que jamas le habia dicho una palabra á pesar de la imprudencia de sus miradas y de sus suspiros; segunda, el temor de que una violencia engendrase otra violencia.

Y sin embargo, escogió el peor de los expedientes: el de burlarse con un gesto de los suspiros y de las miradas, á ver si mataba con el desprecio una insensatez. Éste fué error horri-

ble, nacido de un desconocimiento de la naturaleza humana. Miéntras el pobre muchacho se creia no comprendido estaba resignado. No tenía derecho, pobre insectillo, á que la estrella más hermosa del cielo descendiese hasta su abismo. En medio de todo era un consuelo. Cuando se creia, comprendido sí, pero compadecido, casi era feliz. En medio de todo, esto le daba orgullo. Pero comprendido y ridiculizado esto, era insufrible. Aquella pasion que habia nacido contra su voluntad; que se habia agrandado contra su deseo, en lucha abierta con sus sentimientos; que se le pegaba á los huesos como una atmósfera de fuego y que le partia el corazon como una sierra de acerados dientes; su dolor eterno, su irredimible desgracia; aquella pasion tempestuosísima sólo merecia el menosprecio, sólo inspiraba por toda correspondencia una carcajada, y sólo tomaba por toda categoría el ridículo. El demonio del mal y de la desgracia, que está encerrado en el seno de la vida, no podia inspirar á Carolina peor pensamiento. Era arrojar

plomo derretido sobre una herida. Era hurgar á un leon hambriento. Era convertir al amigo resignado en implacable enemigo. Era atraerse sobre la frente el golpe rudo de la venganza.



CAPÍTULO VII.

EL MULATO.

Para adivinar todas las pasiones del mulato conviene conocer en él educacion y vida. No era su alma una de esas almas que fácilmente se pegan á la tierra y se resignan al hado. Entre su cuna y su educacion habia completo desnivel; entre su estado y sus aspiraciones, guerra incesante. Hasta la naturaleza, favoreciéndole en su figura, le habia dañado en su corazon. No era uno de esos negros en los cuales predomina la materia, hijos monstruosos de la tórrida tierra del África. En su cuerpo, flexible y elevado como el cuerpo del más aristocrático inglés; en su tez atezada levemente por sol que diríase sol de An-

dalucía; en sus ojos negros y profundos teñidos siempre por la luz increada del pensamiento; en su ángulo facial y en su frente despejadísima brillaban todas las señales de la inteligencia europea unidas á todo el rigor de la naturaleza africana. El pelo ensortijado, los labios gruesos denunciaban lo que hoy llaman los naturalistas el atavismo del mulato, es decir, la estirpe negra á que pertenecia por sus abuelos maternos. Pero fuera de esto, su rostro y sus facciones tenian varonil belleza europea, acrecentada por su talento y su apostura.

Él se creia hermoso, hermosísimo. Su orgullo natural tomaba esta fortaleza de su forma para imaginarse desde ella superior á los mismos que le oprimian ó le humillaban. Cuando veia pasar el hijo de un blanco, raquítico, linfático, pálido, aquejado por alguna enfermedad de pulmones ó de nervios, y lo comparaba con su propia estatura, con su abundante sangre, con sus acerados músculos, con sus obedientes nervios, con su fuerza de leon y su agilidad de tigre, por una de

esas generalizaciones frecuentes en la vida, apreciaba la raza propia con soberbia, y la creia destinada á regenerar al mundo.

La esclavitud le entristecia siempre, le desesperaba á veces, más por lo humillante que por lo opresora. Él se estimaba descendiente de una raza de reyes en lo pasado, venido para engendrar otra raza de tribunos en lo porvenir. Su vida dramática alentaba estos pensamientos. Fué su madre mulata como él, y como él hermosísima, hija de esos fugaces y frecuentes amores entre las esclavas negras y sus blancos dueños. Como el parto sigue al vientre, engendrada en la servidumbre, nació y creció en la servidumbre. Jóven estudiante de la Habana vióla en el momento en que su hermosura pasaba de la infancia á la juventud, y se enamoró perdidamente de la pobre esclava. Amigo de la familia á que ésta servia, iba diariamente por consagrar ó recoger miradas y sonrisas. Á tener medios, hubiérala redimido, emancipado, y casádose con ella. Hijo segundon de ricos, nobles, avaros

propietarios, imposible sacarles tanto dinero, y ménos para este objeto.

Mas la juventud todo la avasalla, nada le arredra. Su amor debia satisfacerse áun á costa de la vida. Corrian de mano en mano á la sazon las obras de Chateaubriand. *La Atala* habia logrado universal popularidad. El jóven estudiante de derecho cambiaba todas las recitaciones de Heinecio por unos cuantos párrafos de los amores de Chactas. La tierra de Cuba convidaba á reproducir aquellas escenas. Él podia irse con su amada mulata por los montes y por las selvas; desposarse delante de Dios; tomar por testigo de su amor á su conciencia; convertir el espacio infinito en templo digno de su felicidad, las flores del campo en tálamo nupcial, los rumores del bosque y los cambiantes de la luz en amistosos testigos y fieles compañeros de su vida; la naturaleza entera, con todas sus fuerzas creadoras y toda su exuberancia, en auxiliar y sosten de aquel matrimonio entregado por completo á su maternal seno, á su fecunda providencia.

Pensarlo y hacerlo fué obra de un momento. Los jóvenes salieron del ingenio y tomaron el camino de los bosques. Allí, en los primeros trasportes de aquel amor infinito, fué engendrado el mulato. Pero bien pronto las dos familias, la familia del estudiante y la familia de la mulata, se dieron á perseguir, la una al hijo descarriado, la otra á la esclava perdida. Y los dos jóvenes fueron bajo el amparo de la naturaleza y en el seno de su amor felices. Apartada cabaña les sirvió de asilo, amante familia de negros, tambien fugitivos, les sirvió de compañía y auxilio. Una tarde, en que, á los primeros resplandores de la luna llena, en medio de la selva, se miraban extasiados los dos amantes, y la pobre niña anunciaba que sentia latir un nuevo sér en sus entrañas, noticia recibida con júbilo indecible por el jóven, sus perseguidores les sorprendieron y les separaron para siempre. Ni las súplicas, ni el llanto, ni la desesperacion de aquellos dos seres pudieron nada en sus verdugos. El jóven estudiante volvió loco, y loco furioso, á

la Habana. Su familia creyó que la razon en realidad la habia perdido el dia de su fuga, y le encerró en apartada estancia de su casa, y allí le tuvo en delirio perpétuo y en rabiosa furia hasta el dia de su muerte. La mulata vivió para el hijo de sus entrañas, nacido tambien esclavo. Su amo tuvo tambien un hijo el dia mismo en que el mulato naciera. Y la madre de éste fué de aquél nodriza. Crecieron ambos en el mismo regazo, y como el niño blanco era el Benjamin de la casa y amaba tiernamente al hermano de leche, participaron ambos de la misma educacion. El mulato aprendió á leer, á contar, á rezar, á sentir necesidades de vida artística, de vida intelectual desde su primera edad. La música, la literatura eran su ocupacion principal, porque su oficio estaba reducido á ser compañero de su hermano de leche, que crecia en su amistad á medida que crecia en años. La imaginacion del mulato se exaltó al contacto de otra imaginacion exaltada. Para mayor exaltacion, entrados ya en los tres lustros, edad de las pasiones por

el trópico, su hermano de leche, de quien él era aparentemente ayuda de cámara, y en realidad amigo del alma, devoraba todos los libros de arte, de política, de ciencia social, que producia Europa, y abrigaba ideas de emancipacion humanitaria, así para negros como para blancos. Y de todas estas ideas hacia partícipe al mulato. La vida de ambos corria en estos ensueños y esperanzas sociales, cuando viene terrible accidente á separarlos por fuerza. El amo del mulato, el padre de su jóven amigo, tenía la pasion del juego. Cierta noche se jugó todos sus esclavos domésticos. Ganólos el frances Mr. Jura. Y por estos accidentes pasó de una á otra familia, de una á otra region, de una á otra hacienda, de la Habana á Nueva-Orleans, donde vivia triste, sin conformidad alguna con su suerte, hasta que la pasion exaltada, furiosa, por Carolina le dominó y decidió de toda su existencia, de toda su suerte.

El mulato, pues, sólo vivia para el amor, amaba con todo su sér exaltado por el frenesí. Gustábale hasta la esclavitud, porque le tenía

cerca de Carolina. Comparaba la figura del esposo con su figura, y los años con su juventud, y la frialdad con su ardor, y la apagada imaginacion con su fantasía, y el carácter adusto con sus trasportes, y el temperamento vulgar con su exaltacion, creyéndose, despues de estos paralelos extremados por el amor propio, completamente seguro de su victoria.

Todo el vigor de su carácter, toda la intensidad de su deseo, concentrábanse en esta pasion de las pasiones, en el amor, tan favorecido por la naturaleza, como que á él fia la perpetuidad de su sér, la duracion de sus especies. Y Carolina era su primer amor. Aquel hombre exaltado agitábase al sacudimiento del deseo, y rompia en su fantasía las vallas que pudieran oponerse á la satisfaccion de este deseo. Miraba sus brazos y los veia fuertes; miraba á Carolina y la veia débil. Acordábase de los bosques, de las selvas, del espacio, que podian guardar á una vida libre y amorosa, del silencio que podian oponer á un rapto audaz y victorioso. Ella

pasaria de un amor aterido como el invierno á un amor fogoso como el trópico, de la amistad á la pasion, de la indiferencia sin goces al placer sin límites.

En estas imaginaciones enardecia su sangre con aspiracion casi incontrastable á poseer el objeto de su amor, costára lo que costára. ¿Qué podia perder? ¿El honor? ¿Acaso lo tiene el esclavo? ¿La vida? Y ¿qué precio sin Carolina tenia para él la vida? Por vez primera deseaba y habia de cumplirse su deseo. Parecíale incomprensible toda su vida anterior, falta de ese fuego que ahora calcinaba su alma. Parecíale incomprensible el haber existido solamente en sí, para sí, cuando cada sér debe componerse de dos seres para perfeccionarse. Aunque padecia mucho, amaba hasta sus padecimientos. Rendido al sueño despues de largos insomnios, solamente se creia feliz cuando soñaba con ella, aunque soñára desvíos y le despertasen angustias.

Tenía tal idea de su amor, que lo imaginaba correspondido desde el punto y hora en que fue-

ra expresado. Pero ¿cómo expresarlo? Hijo de la naturaleza, á pesar de su distinguida educacion, no comprendia el mulato cuántas ofensas encerraba su pasion á la virtud y á la sociedad. Para su conciencia el amor era la ley divina, suprema, única. Pero siendo el objeto de este amor tan elevado, de superioridad tan manifiesta sobre él, no tanto por su posicion social como por sus prendas naturales, ¿qué hacer para acercarse hasta ese sol?

Bien es verdad que cada uno de sus actos, cada una de sus palabras rebosaba la idea que le poseia. Cuando en presencia de Carolina se encontraba, sus ojos, fijos en ella, tenian la fijeza misma de su pensamiento. Caíasele sobre el pecho la cabeza como flor agostada. Los labios vibraban con muda interrogacion, cómplices de sus indagadoras miradas. Su pecho respiraba anheloso como recogiendo el aliento desvanecido en la atmósfera por aquel otro implacable pecho, hondo calabozo de su corazon atormentado. De vez en cuando sus manos se cris-

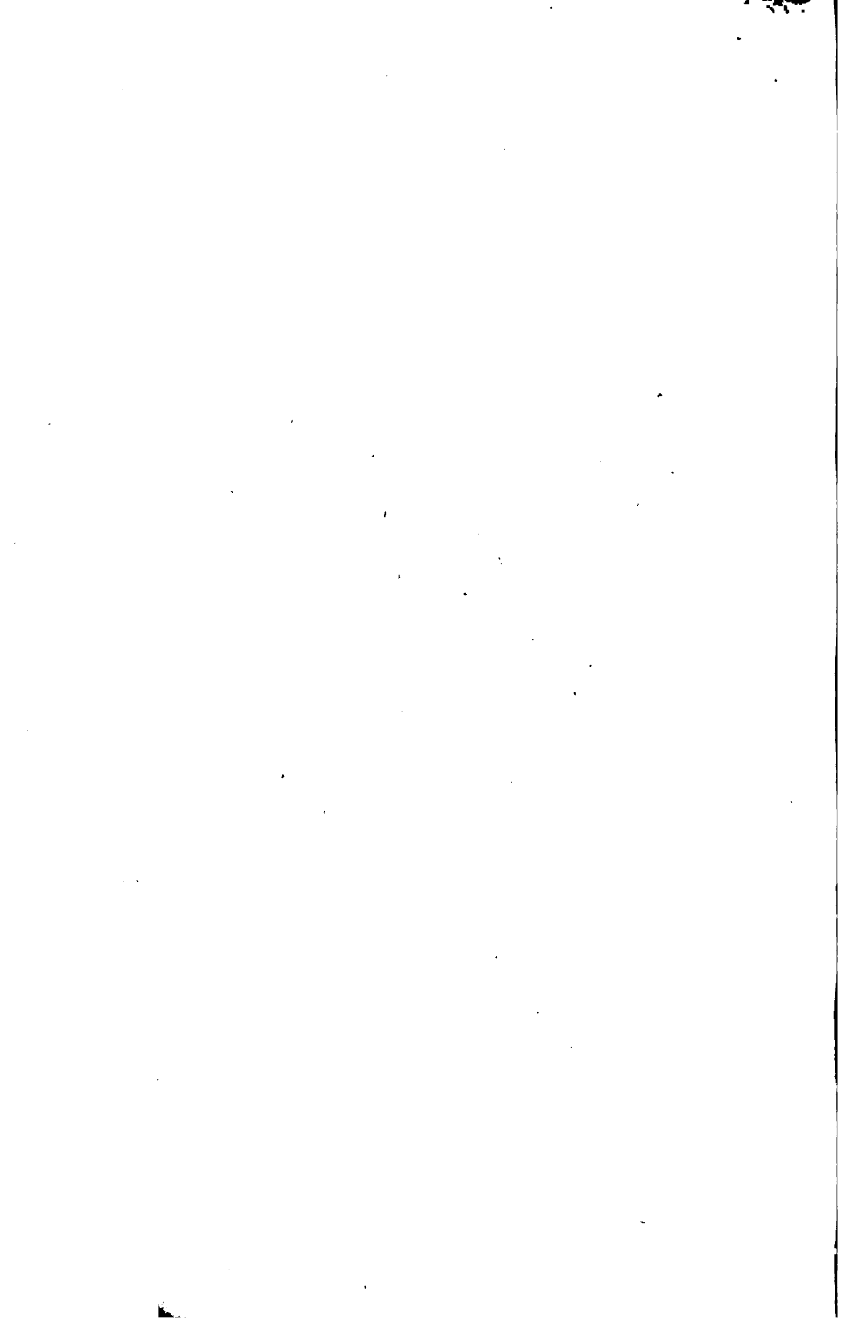
paban, se extendian sus brazos como si quisieran coger, abrazar, algo vago en los aires. Y no veia nada, y no contestaba á nadie. Ya estremecimientos de esperanza le sacudian y le daban demencia, delirio de alegría; ya torva desesperacion le postraba en desaliento parecido á la muerte. En su lenguaje pintoresco y sembrado de imágenes solia decir á veces: ¡Ah! los ojos de esa mujer son dos emponzoñadas lagunas, que dan terciana, fiebre y frio á un mismo tiempo. Y provenia esto de que su ánimo pasaba á la contínua de la confianza al desaliento, de la audacia al terror.

El dia funesto en que sarcástica y fria carcajada de Carolina respondió á una de las recatadas expansiones de su amor, el mulato fué más que hombre, fiera. Su primer pensamiento se fijó en el deseo y la esperanza de aborrecerla. Buscó ávido todos los defectos imaginables en aquella mujer: la frialdad con que habia cometido el crímen de unirse por interes al hombre á quien no amaba, y el orgullo con que habia co-

metido otro crímen mayor, burlarse del sér que la amaba tiernamente á ella. Quien le hubiera visto en aquellos momentos, pálido el rostro, torvo el ceño, enrojecidos los ojos, blanquecinos los labios, roto el pecho en suspiros, verdaderas nubes de lágrimas, rígidos los miembros y el corazon palpitante, convulso, tuviera miedo de aquel desórden de un alma y lo tomára por la furia de la demencia. Fuera de sí, asió un puñal, dudando si lo clavaria en su propio pecho ó en el pecho de la beldad aborrecida. De pronto aquella su imágen idolatrada surgió en la mente, y le aplacó la ira. Mas apénas habia pasado tanta hermosura, fugaz como un relámpago, por su retina, sonó en los oidos como trueno siniestro la horrible carcajada. Huyendo de esa emocion, salióse al campo, corrió desalado al acaso, cayó mil veces sobre el duro suelo, juró á Dios y se prometió á sí mismo no volver jamas á verla, y morir de hambre, de insomnio, de rabia, de celos, de desesperacion, de todas las enfermedades morales y materiales juntas. Hubiérasele

tomado en aquella vertiginosa carrera por un vacante de la desesperacion y de la muerte, bien al revés de aquellos que corrian los campos antiguos, ébrios de vino, delirantes de placer, entregados á la exaltacion de sus pasiones y á la alegría de la vida.

Pero el iman de sus deseos le hizo retroceder en su camino y volverse de nuevo allá donde, si veia á Carolina indiferente, ingrata, la veia al ménos. Pero todo su propósito, al tornar tras aquel delirio, redújose á vencer el desvío de Carolina, sin reparar en medios. Una voluptuosidad infinita le abrasaba la sangre. El goce, el goce á toda costa dominaba su corazon y su cerebro, como único pensamieuto, como único deseo; en aquella satisfaccion de su deseo veia tambien la satisfaccion de su venganza.



CAPÍTULO VIII.

DESAHOGOS..

Era de noche. El infeliz mulato velaba en su estancia. El silencio profundo de aquella casa, templo del sueño, era sólo interrumpido por su respiracion de fragua; el silencio del campo á su vez por las canciones del ruiseñor. El enamorado jóven, presa del inquieto insomnio, desahogaba su pecho escribiendo cartas á su ingrata; cartas que leia para sí, resuelto á entregarlas, y luégo no osaba entregar, rasgándolas con furia. Una decia:

«Carolina: Te amo. Si te niegas á mi amor, moriré; pero ántes morirás tú. Yo me mataré sobre tu cadáver. Morir sin haberte estrechado contra mi corazon, imposible. Me lanzaré á tus

brazos, los abriré, clavaré primero mi puñal en tu corazon, y luégo, sin que me importe cosa el estertor de tu agonía, mis labios en tus labios. Cuando la voluntad haya huido de tu cuerpo al filo de mi acero, serán mios, para siempre mios, tus inertes despojos. Hubiéramos podido vivir juntos. ¿Es imposible? Pues juntos morirémos.»

Pero ¿de qué sirve amenazarla? decia luégo para sí. ¿No se reirá de mis amenazas? ¿No me enviará á otra hacienda léjos, muy léjos, como se despide un perro? ¿No hará que me castiguen con tremendos castigos, y como sepa que el mayor es no verla..... Nada de amenazas. Apelaré al ruego. Tocaré su corazon caritativo. Me compadecerá. Tal vez de la compasion pasará al amor.

«Señora mia: ¿Cómo es posible que ose yo escribiros? ¿De cuándo acá el rampante leon de vuestro escudo se atreve á llamar al sagrado de vuestro pecho?»

¡Oh! ¡Qué frialdad, exclamaba, rasgando es-

te comienzo. Digna sería esa retórica de un escolar, indigna de un amante.

Probemos, probemos otro estilo.

«Carolina: Te amo, te amo con delirio. No te rias de mi amor. Castígalo si quieres con el ódio; no lo castigues con el desprecio. Aunque de ninguna suerte debieras castigarlo. Yo no me considero culpado, porque yo no puedo responder de aquello que es fatal, que es necesario. Verte y no amarte, ¡ah! tenlo por imposible. Dominar al corazon, decirle que no te idolatre, tenlo por inútil. Mis ojos te siguen con ménos libertad que el girasol erguido á tu puerta sigue al astro del dia. Mi pensamiento va flechado á tu alma como el ave amante á su nido. Cuando ménos te veo es cuando estás presente. Así que te has ido, ya te apareces en todas partes, como que te llevo dentro, dentro de mí, dudando á veces si me has robado el sér, porque donde ántes me encontraba yo, en la conciencia, en la memoria, en el pecho, en la imaginacion, ahora sólo encuentro tu imágen.

»¿Qué culpa tengo yo? Culpa es de Dios, y sólo de Dios, que te crió tan hermosa. Yo he querido olvidarte. Yo me he ahuyentado lo posible de tí. Yo me he ido resuelto á no tornar. Yo he pisoteado mis entrañas en larga, vertiginosa carrera. Y tú me seguias y perseguias á todas partes. Miraba las estrellas, y eran tus ojos. Deteníame á escuchar el rumor de las palmas, y sonaban como el crujir de tus vestidos. Me embebecia un punto en la serenata del ruiseñor, y sus arpegios remedaban tu acento. Y entónces me volvia á tu lado, ya que te veo ménos cuando estás presente.

»Esto no puede durar, no debe durar, no durará. Tanto amor de un lado, tanto desamor de otro, han de producir alguna catástrofe. Yo quisiera morirme, pero no me moriré si no te mato. Sólo cuando te hayas ido de este mundo tú me iré yo. Miéntras tanto, no, no, no. Miéntras te quedes aquí, me quedaré yo, como tu castigo, como tu remordimiento; ¡infame! Te has vendido. Por amor á la opulencia, te has entregado

á un viejo. Sobre esa flor de tu hermosura, que necesitaba las caricias de la mariposa, el aguijon de la abeja, el fuego de la primavera, sólo ha caido nieve. Si supieras, si alcanzáras lo que es amor. Si alguna vez tus oidos escucháran los latidos de este corazon mio henchido de pasion, entónces verias el crímen que has cometido sublevándote contra la naturaleza uniéndote á la muerte.

»Y yo no puedo responder de mí, no puedo. Yo he creido siempre que nada produce inútilmente el universo. Y cuando ha producido este amor, lo necesita. Y cuando lo necesita, habrá de satisfacerse, á despecho tuyo y á despecho mio. En el momento de engendrarnos, engendrónos al uno para el otro. Se ha interpuesto entre estos dos corazones el oro de un avaro, el oro de un jugador, el oro de un negrero. La naturaleza no obedece á las mentiras sociales. Vendrás á mis brazos como va el pájaro á la boca de la serpiente. Concluirás por abrasarte en el contínuo relampaguear de mis ojos. Y si tu voluntad es

tan fuerte que se rebela á mi amor, tu cuerpo es bastante débil para caer entre mis brazos. Yo recobraré el goce que me has robado. Tú eres mia delante de Dios. Las leyes de Dios se cumplen con los corazones, como se cumple con las piedras. Yo soy esclavo; por consiguiente, yo no soy libre. Juguete de la fatalidad, debo cumplir sus decretos. Estoy unido á tí como la luna al planeta. Nadie puede separarnos. Serás mia de grado ó por fuerza. Se lo he jurado á Dios, y cumpliré mi juramento. Despues, muramos.

»Si una moral estrecha, si un mundo mezquino, si una sociedad artificiosa, si una ley penal arbitraria, si una justicia de convencion creen criminales afectos que naturaleza hizo incontrastables, caiga sobre nosotros el castigo. ¿Puede haberlo mayor que la muerte? No lo hay. La primera entre todas las penas es la pena capital. Que nos la apliquen. Muramos; pero despues de habernos amado. Yo cumpliré mi destino, que es amarte, que es poseerte. Lo

cumpliré á despecho de los hombres y de los dioses. Créelo; siento en mí la fuerza necesaria para cumplirlo, sí, la siento.

ANTONIO.»

Despues de haber escrito esta carta, inspirada por tan horribles ideas, y haberla escrito rasgando el papel con el ímpetu de la pluma, y repitiendo el desórden de su corazon, de su cerebro, deteníase y exclamaba:

—Pero, desdichado, ¿qué hago? ¿Por qué amenazarla? Quise escribir una carta suplicante, y escribo una carta imperiosa. ¿Será verdad que el amor profundo, inextinguible, ni sabe hablar ni sabe escribir? Y amenazarla es tanto como apercibirla contra mí. Perseveremos. Escribamos otra carta tierna, amorosa, suplicante.

Y los fragmentos de la carta anterior, precipitadamente rasgada, corrian al soplo de las auras.

Y seguidamente emborronaba otra.

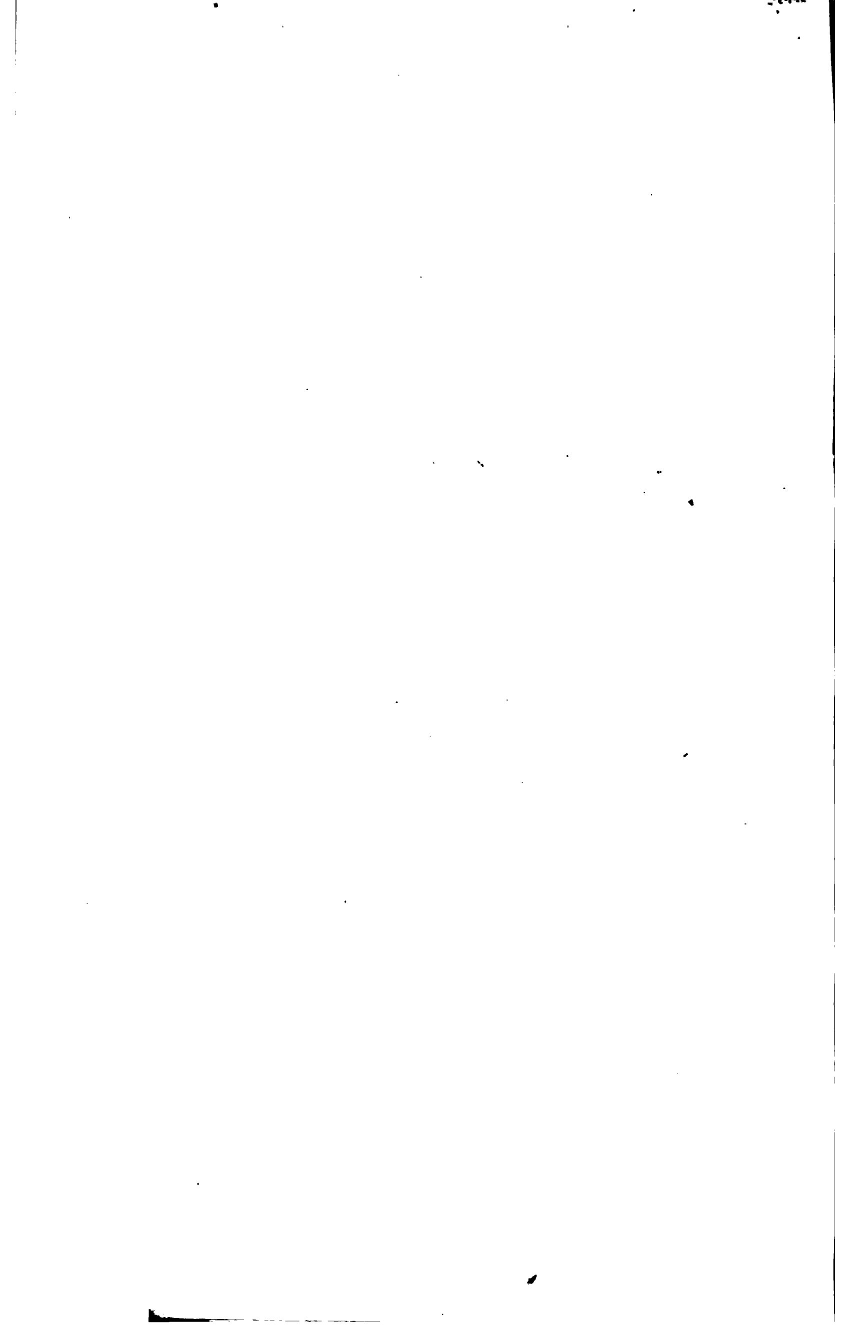
«Señora, señora mia:

»Perdóneos Dios todo el mal que me habeis hecho. Yo soy inocente. Yo quisiera no amaros; pero no puedo resistir á mi pasion. ¿Resiste el cedro secular al huracan? ¡Qué noche tan hermosa! Y vos dormís miéntras yo velo, y teneis al lado vuestro hijo, que os inspirará dulces ensueños, miéntras yo tengo al lado vuestra imágen, que me enciende la sangre, que me atenacea el corazon. Si á la luz de esa luna melancólica, al soplo de estas auras bien-olientes, al cántico de ese ruiseñor enamorado, os viera venir á mí, envuelta en blancos cendales como una aparicion del sepulcro, á decirme «te compadezco», ¡oh! moriria de gozo.....»

—Esto es pura moral, decia el pobre Antonio, y rasgaba el último ensayo de sus cartas. No se siente así. Palabras, palabras inútiles. Yo te mostraré, ingrata, mi pasion. Tú la verás salir de madre. Si te abrasa, que te abrase. ¿Por ventura mira la ardiente lava escapada de un volcan si abrasa los pámpanos de la pobre cepa?

Satisfaga yo mi pasion, y suceda lo que suceda. Adelante.

Y arrojó la pluma, y se bajó al jardin á recoger el beso de la noche.



CAPÍTULO IX.

LA EMBRIAGUEZ.

Amaneció nuevo dia sin que el mulato Antonio hubiera cesado ni un momento de dar vueltas por el inmenso jardin de la quinta, absorto, extático en la contemplacion de sus pensamientos, que le llevaban á idear innumerables proyectos, á cual más descabellado, más insensato. La cólera se unia en su pecho al amor, y el deseo de satisfacer este amor á sentimientos reconcentrados de saña y de venganza. Unas veces acariciaba el agudo puñal, que nunca desasia de su cuerpo. Otras veces cogia flores maquinalmente, y las enlazaba en ramilletes artísticamente rematados, y que iba depositando

en la marmórea escalera abierta entre el jardin y la habitacion de su señora. Aun el sol no asomaba por oriente, cuando la puerta de esta habitacion se abre y Carolina aparece. Estaba hermosísima. Elegante peinador de batista blanca se desprendia de los hombros á las plantas, formando graciosos pliegues dignos de las túnicas ceñidas por las antiguas griegas. Su rostro pálido resaltaba entre los bucles de la negra, sedosa y desceñida cabellera, que la envolvia como un velo. En sus ojos enardecidos brillaba alguna lágrima fugaz, dando á sus mejillas marchitas el encanto que da tenue gota de rocío á la bellísima rosa.

Carolina, como solitaria en aquella espaciosa quinta, hablaba muchas veces con el mulato, aunque de asuntos ó vulgares ó indiferentes. La sociedad es tan necesaria á nuestro sér, que la formamos con todos cuantos nos rodean, por invencible y constante inclinacion. Y en toda la quinta, desde que Jura se ahuyentó, no habia persona con quien departir más que el mulato.

—Temprano se levanta la señora, dijo éste corriendo al encuentro de su ama.

—He dormido mal.

—Lo siento.

—Gracias.

—Tal vez anuncios de tempestad.

—No lo creo.

—Digo anuncios de tempestad, porque yo tampoco he dormido.

—¿Y te has pasado la noche en el jardin?

—Sí, señora.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque hoy debes andar durmiéndote por todos los rincones sin ánimo para tus quehaceres.

—No me recuerde la señora mi obligacion cuando sabe que nunca dejo de cumplirla. Una noche en claro no significa para mí un dia en turbio. Si hubiera de dormirme todos los dias siguientes á las noches de insomnio, anduviera dándome de bruces con todos y con todo.

—Mi inquietud no proviene de la tempestad, dijo Carolina, apartando la conversacion del lado á que la dirigia Antonio.

—Pensé que.....

—Proviene de no haber tenido ayer carta del amo.

—¡Ah!

Y Antonio se mordió los labios con furia.

—¿Qué le habrá sucedido para no escribir?

—Tal vez alguna distraccion, algun descuido.

—Nada lo distrae de mi cariño y de sus recuerdos. Nunca se olvida de su esposa.

—Ciertamente. Pero en las grandes ciudades hay tentaciones que no tiene el campo.

—¡Antonio! dijo Carolina en són imperiosísimo de reconvencion.

—Si he dicho algo que pudiera molestar á la señora, pídole perdon.

—No ofendas á tu amo ni con el pensamiento.

—La señora ha dado á mis palabras un sen-

tido que no tenian ni por imaginacion en mi ánimo.

—Ni siquiera deben decirse palabras de doble sentido.

—Tiene razon la señora, mucha razon. A veces no sabemos lo que pueden ofender las palabras más insignificantes.

—Verdad, verdad.

—Y no solamente las palabras, una sonrisa, una carcajada.....

Carolina palideció.

—Una carcajada, repitió Antonio, premio á sentimientos vivos, profundísimos, ajenos á la voluntad, y tan ajenos, que los ahogaríamos si pudiéramos con supremos, violentos, esfuerzos.

Y acentuó tanto estas palabras, que palideció áun más Carolina.

—Porque al fin nadie manda en el corazon, nadie; como que el corazon es el escollo contra el cual se estrella la voluntad. No hay deber de amar, ni hay deber de no amar. El amor no tiene libertad. Amamos porque amamos. Dejamos

de amar sin motivo, sin causa, porque se ha evaporado el sentimiento.

—¿A qué vienen todas esas reflexiones filosóficas?

—Tiene razon la señora; á nada. Hablaba por hablar. ¿Qué sé yo de amores?

— Mira. Si estás enamorado verdaderamente, si alguna de las esclavas de esta hacienda te gusta, yo te prometo, por tus buenos servicios, por el cuidado que tienes de Ricardo, ser tu madrina de boda, é interceder para que os den el mejor bien de la existencia, para que os den la libertad.

—¡Enamorado de una esclava! No. Yo estoy enamorado, viva, frenéticamente enamorado de una beldad ingrata, superior á mí como el cielo á la tierra. Yo la adoro, yo la idolatro. La muerte recibida de sus manos me pareceria dulce. La vida sin ella para nada la quiero. Y aunque nunca me mire, aunque nunca de mi pasion se apiade, aunque ni siquiera me comprende, yo juro que he de vivir y he de morir por ella, lo juro,

invocando lo que más he amado, la santa memoria de mi madre.

—Eso parece una relacion de comedia, dijo Carolina, lanzando á un tiempo miradas de menosprecio y risa de burla sobre la faz del mulato. Este se quedó como de piedra al nuevo insulto, y Carolina se entró en su habitacion, cerrando con estrépito la puerta. El infeliz llevó la mano á su puñal con estremecimiento de ira. Sus ojos relampagueaban, sus dientes rechinaban, crispábanse sus manos, sacudíase su cuerpo como si por todos sus nervios entráran manojos de rayos. Despues dió dos ó tres pasos, y cayó desplomado al peso de su intensísimo dolor.

Un negro que pasaba por allí, le recogió, le alzó, le arrojó algunas gotas de agua, que le volvieron al sentido, y dijo estas palabras:

—Si no supiera que no lo catas, diria, Antonio, que estabas borracho.

El negro se alejó, y Antonio dijo:

—Borracho, sí, de un vino que embriaga hasta el alma; borracho de amor. Pero de hoy en

adelante mi embriaguez será de venganza. Yo hubiera querido ser para ella un ángel. Me ha pisado, y seré una víbora. El veneno de mi corazon pasará á su corazon y circulará por sus venas. Ni cielo ni tierra oponen freno al que está resuelto, completamente resuelto, á morir, despues de vengarse. Tiembla por tu honor, y por tu hijo, lo que más quieres en el mundo, mujer sin entrañas, tiembla, tiembla. Ya la vida me pesa. Ya el mundo me parece vacío. Ya no hay esperanza que me sostenga, ni lazo que me ate á este desierto planeta. Desde hoy sólo vivo para la venganza. Tiembla, mujer, tiembla. Mi felicidad dependia de tí; mi venganza depende ¡ah! de mí solo. Tiembla, tiembla.

CAPÍTULO X.

LA NUEVA MAGIA.

Era domigo, dia de huelga para Antonio, y en vêz de irse con sus compañeros á los bailes, se encaminó sólo á Nueva-Orleans, en busca de famoso magnetizador, que enseñaba á dominar materialmente las más rebeldes voluntades. Antonio quiso tener con él entrevista larguísima, y le pagó de antemano á lo príncipe aquella consulta, sacrificando ahorros acumulados para su rescate. Omitirémos de esta consulta particularidades inútiles, é irémos al fondo del asunto.

—En verdad, decia, ¿hay ese mutuo influjo entre dos personas; hay ese fluido que se escapa

de nuestros órganos como se escapa la electricidad de una botella de Leyden?

—Vivimos, decia el magnetizador, sometidos al universo. El astro lejano perdido en los confines del espacio, que aparece como muerto resplandor, influye en nuestro organismo. La luna aviva las mareas del Océano con sus miradas, como hermosa mujer los deseos del corazon humano. La aguja imantada mira al polo, ni más ni ménos que la vírgen enamorada á su prometido. Los matices de la luz descompuesta por el prisma son como los tonos de la escala música, y los tonos de la escala música tienen relaciones misteriosas con la gran sinfonía compuesta en la inmensidad por los coros de los mundos. La luz es calor, el calor electricidad, la electricidad magnetismo, el magnetismo vida, y la vida amor.

—Y nuestro cuerpo, abreviado cósmos, laboratorio contínuo de fluidos, ¿no ha de tener sobre otros cuerpos magnética influencia?—Acercad vuestros dedos á la humilde planta llamada sensitiva, y veréis cómo sus hojas se pliegan, se ar-

rugan, se encogen, se esquivan á vuestro tacto. Presentad á esas nerviosas mujeres á quienes ha llamado un naturalista inmortal sensitivas con alma, cristales electrizados, y las veréis moverse, agitarse, como los papelillos atraidos por el ámbar caldeado. El éxtasis del místico, la vision profética de la Sibila encerrada en su gruta de Cúmas, la voz del oráculo consultado por los guerreros en el momento de partirse á la pelea, el milagro del sacerdote en el templo de los dioses, la carrera desenfrenada del bacante poseido por las furias del amor y del vino, la danza religiosa de pueblos orientales que sacuden su pereza y se entregan con fervor exaltado á todos los excesos en torno del carro de sus ídolos; estas facultades sobrenaturales despertadas en muchos seres, que parecen milagrosas, obras son de ese fluido magnético, que despiden los ojos, los nervios de las humanas, y que sostienen á las unas pendientes de las otras, como la gravedad enlaza astros con astros y los sostiene á todos en los espacios infinitos.

—Que me place, dòctor. Pero ¿será posible ejercer ese mismo influjo sobre una persona determinada, y á nuestro arbitrio?

—¡Extraña pregunta!

—No me lo parece á mí, porque bien podeis imaginaros que por eso he venido á preguntaros sobre las relaciones universales de las cosas.....

—Bien, y acabo vuestro pensamiento; vendréis á preguntarme fenómenos relativos á las relaciones entre los dos sexos.

—Habeis completado mi pensamiento.

—Como que se ve claramente en vuestros ojos.

—Hablad, hablad.

—No os impacienteis.

—¡Ah! ¡Si padecierais como yo!

—Males de la juventud, que luégo, cuando se llega á la edad madura, sentís que no puedan reproducirse. ¡Cuánto daria yo por uno de esos dolores vuestros, por una de esas enfermedades del corazon, por uno de esos insomnios de la

juventud! Hoy quereis curarlo; mañana su curacion será vuestra irremediable tristeza.

—¡Doctor!

—No me llameis tan siniestramente.

—Soy víctima de horrible impaciencia.

—Moderadla.

—No puedo.

—No querais coger en la primavera los frutos del estío.

—Vuelvo á mi pregunta.

—No responderé si no respondeis á otra mia.

—Hablad.

—¿Estais enamorado?

—Con pasion, con delirio.

—Pero ¿sin esperanza?

—Sin esperanza.

—Y venis aquí á buscar la esperanza, ¿no es verdad?

—Verdad.

—¡Maldita ciencia!

—Doctor, renegais de vos mismo.

—La ciencia conoce lo creado.....

—Justo.

—Pero la ciencia no crea. Aquí tendrémos los ingredientes químicos que componen una fruta. Pero ¿creeis que produciremos esa fruta? Jamas.

—Yo vengo á pediros un medio material.

—No. Vos venis á pedirme que yo produzca artificialmente el amor, que sólo puede ser engendrado en el laboratorio del corazon.

—Me desesperais.

—Mas decidme á la postre qué deseais.

—Yo deseo dominar sobre una voluntad indómita.

¿De mujer, por supuesto?

—De mujer.

—¿A vuestra edad, con vuestra apostura?.....

—Con los medios que vuestra ciencia me procure..... Si no hay en la ciencia recursos, apelaré á mis fuerzas.

—¿Ella es débil, tierna, sensible, nerviosa?

—Sí.

—Bien. Vos sois sanguíneo, nervioso; vos teneis el temperamento de magnetizador.

—Ella se agita al menor cambio de la atmósfera, y siente en sí las atracciones de todos los espíritus y de todos los mundos.

—Ella es extremadamente nerviosa; ella tiene temperamento de magnetizada.

—Justo.

—Teneis la mitad del camino andado.

—Doctor, me abris el cielo de la esperanza.

—¿Hasta ahora su voluntad es rebelde?

—Más que su voluntad, su conciencia.

—Duro es decirlo, amigo, exclamó el doctor con tristeza; pero se vence más fácilmente una conciencia que una voluntad.

—Y si me apurais, doctor, más aún que su conciencia, es rebelde su posicion social. Ella, nieta de blancos sin mancilla, esposa de blanco sin mancilla, madre de blanco sin mancilla, y yo tocado de una sombra negra.

—De una sombra negra que, dicho sea sin género alguno de lisonja, realza vuestra naturaleza. Se vence difícilmente una voluntad, con más facilidad una conciencia, con rapidez la

posicion social. ¿Quién resiste á la voz imperiosa de la naturaleza?

—Pero, doctor, dijo èl mulato impacientándose, yo no he venido á oir consejos morales, no; los tengo en mi conciencia más á mano, y si no, en la iglesia. Yo he venido á demandar al saber medios materiales de triunfar.

—No os impacienteis, amigo mio.

—Si supierais cuanto padezco, disculpariais mi impaciencia.

—No me vendais.

—¿Y á qué viene esa advertencia?

—¿Pues qué, no es un crímen vender voluntades rebeldes, domeñar la fiereza, la altivez, quizá la castidad de una madre, de una esposa?

—Aquí el criminal soy yo, y yo solamente. El criminal es, mejor dicho, el universo implacable que sobre todos domina, la naturaleza si quereis, el hado, el destino.

—Ya sabeis en qué consistió la perdicion de Mesmer, uno de los primeros encantadores, uno de los primeros magos de esta ciencia, á fines

del siglo último, cuando todavía el magnetismo se hallaba en el templo de la maravilloso, y sostenido, alimentado por el filtro de lo sobrenatural, confundiéndose con la magia de igual suerte que se confundió la alquimia con la química, la astrología con la astronomía en la Edad Media.

—Acabad. ¿Qué perdió á Mesmer?

—Entre otras muchas causas, la principal fué probar que se podia, por medio del magnetismo, abusar de una mujer sin su voluntad, sin su consentimiento.

—Doctor, ahí está mi conducta; os pareceré un monstruo, lo seré si quereis. Pero yo vengo aquí á mostraros mis enfermedades, mi amor sin límites, y á pediros medios de satisfacerlo sin freno.

—Francamente, me aterrais.

—¿Por ventura rehuiréis mi consulta?

—¿Cómo quereis que yo me asocie á un crímen?

—Por piedad, no me hagais caso. Olvidad

cuanto he dicho. La consulta es general, abstracta. No tiene aplicacion. ¿Me creeis tan malvado? Hay momentos en que el delirio me sobrecoge, y habla el delirio. Éste es uno de esos momentos. No me creais. Yo quiero sólo magnetizar una mujer. Vos no sabeis realmente para qué ni por qué quiero yo magnetizarla. No me hagais caso. Pero decídmelo, decídmelo pronto. ¿Cómo podré yo magnetizar?

—Podeis llegar, dijo el doctor, más tranquilo con las hipócritas excusas del mulato, podeis llegar hasta sustituir vuestra voluntad á su voluntad.

—Hacédmelo bueno, doctor, y teneis mi vida. Pedídmela cuando querais; es vuestra.

Los dos sexos se buscan, los dos polos de la vida se tocan, los dos gases fundamentales se combinan, las dos fuerzas cósmicas se equilibran, y el temperamento sanguíneo domina el temperamento nervioso como Júpiter á sus satélites. Vos la magnetizaréis.

—¡Cómo!

—Lo primero que necesitais es voluntad firme.

—La tengo incontrastable.

—Voluntad, voluntad.

—La mia es de hierro.

—La voluntad lo domina, lo sojuzga todo. Hay dos mundos, el uno sometido á la necesidad implacable, y el otro á la voluntad libre, como hay el parecer y el sér, el sér y el suceder la esencia y el accidente, el fenómeno y la ley del fenómeno, la sustancia y la modificacion de la sustancia. La materia no tiene existencia independiente del espíritu, los matices de la luz matices son de la idea, las armonías de los astros cadencia son de la música anotada por nuestra mano, las causas y efectos series del pensamiento, las formas vestiduras de nuestro arte, el tiempo eterno y el espacio infinito formas de nuestra sensibilidad, y el universo poema de nuestra fantasía.

—Seguid, seguid, dijo extático Antonio.

—Pero hay contradicciones inexplicables,

fuerzas que ponen á mis plantas esposas de hierro miéntras mis espaldas tienen alas. Aquí, á mis piés, un lecho de barro, allá en mi frente un cielo de luz.

—Verdad, verdad.

—Pero ¿qué fuerza tengo yo para someter á mí todos los agentes naturales, para resolver todas las contradicciones, para combinar los contrarios, para ser causa en medio de tantos efectos, para producir mi vida, para encarnar mi esencia, para ceñirme la corona de la creacion?

—¿Qué fuerza?

—La voluntad.

—Teneis razon, la voluntad.

—La voluntad, que es fuerza material en el mundo, es carácter moral en el hombre. Pero con el carácter firme y por motivos de conciencia se llega á imperar en la vida con la misma necesidad y la misma autoridad con que impera la fuerza en el universo. Atracciones y repulsiones dominan en la mecánica celeste; acciones y reacciones en la química; movimientos de sis-

tole y diastole en el corazon; aspiracion y expiracion en los pulmones; sangre venosa y sangre arterial en el cuerpo; electricidad positiva y electricidad negativa en el magnetismo de la naturaleza; antipatías y simpatías en el magnetismo humano. Hé ahí cómo la fuerza magnética sube desde el mineral hasta el corazon y hasta el cerebro. Pues así como en el universo está Dios, en la vida está la voluntad, sí, la voluntad, siempre la voluntad.

—Yo la tengo completa, dijo Antonio, llevándose la mano al corazon.

—Ése, ése es el órgano de la voluntad, añadió rápidamente el doctor.

—Yo lo poseo por completo. Me obedecerá, exclamó el mulato con perfecta seguridad.

—Así como las formas y los organismos han cambiado en el planeta, pero no ha cambiado la fuerza, que permanece siempre la misma; así en la humanidad han cambiado las ideas, los conocimientos, los conceptos de los seres y de las cosas, pero no ha cambiado la causa de las

causas, no ha cambiado la voluntad. No siempre se ha pensado en el mundo; pero ¡ah! no lo dudeis, siempre se ha sentido, siempre se ha amado. Así la voluntad tiene la virtud magnética por excelencia.

—Proseguid, proseguid, decia Antonio fuera de sí, absorto en escuchar aquella elocuencia del doctor.

—Despues que esteis seguro de tener la voluntad interior, imperiosa, avasalladora, apelad á los magnetizadores más eficaces, á los ojos. Vuestros ojos son negros, profundos, centellean electricidad, magnetismo; empleadlos con la firme voluntad de ejercer sobre ella incontrastable fascinacion.

—¿La vista tiene virtud bastante?

—¿Lo dudais? Sábese de antiguo la virtud magnética de la vista. Los ojos de Pitágoras sostenian como dos imanes la atencion de sus discípulos con tanto más vigor cuanto más abstrusas é ideales parecian sus explicaciones. Alejandro tenía frente de sí en Arbelas toda el Asia,

la region de la autoridad y de las castas, que iba á chocar en suprema batalla con la region del arte y de la democracia. Parmenion le propone, viendo al héroe griego con cincuenta mil hombres y á su enemigo Dario con un millon, que emprenda la batalla por sorpresa y en las sombras de la noche. Pero Alejandro se niega, no sólo porque quiere triunfar á la luz del sol, sino porque sabe cómo la luz de su mirada enardece y fanatiza al soldado. Mario está preso en seguro calabozo. Un asesino se llega á partirle el corazon. Mírale Mario con sus ojos de águila; el asesino cae de hinojos y suelta el puñal. No de otra suerte el alado pajarillo, que salta de rama en rama, que vuela y juguetea por los aires, que se baña en el éter, que celebra sus amores con arpegios dulcísimos, siempre móvil, siempre agitado por la inquietud de su complexion de artista, se para, se detiene, calla, se petrifica y va á dar en las fauces de la serpiente, atraido, fascinado por los brillantísimos ojos del vistosísimo reptil. Virgilio, el gran cantor de la na-

turaleza, el poeta inmortal de los campos, ya enseñó tambien la virtud magnética de la vista cuando dijo en este verso:

Nescio quis teneos oculus mihi fascinat agnos.

—Y con la voluntad, con la vista, ¿bastará?

—No; usad tambien el verso y el cántico, usadlo. El influjo magnético del canto ha sido consagrado por el sentido comun desde la antigüedad, que le atribuyó la virtud de mover las piedras y amansar las fieras. En mis viajes por España he visto las estancias que habitaba Felipe V en compañía de su imperiosa mujer Isabel de Farnesio, allá en el rústico eden de la Granja. El ánimo del rey estaba preso en mortal melancolía. No hablaba, no se movia de su sillon ó de su lecho durante meses enteros. Ni siquiera dejaba que le mudáran la camisa, pegada como la piel á su cuerpo enfermo y malhumorado. Pero un acorde suave, una melodía, un cántico, le electrizaban, y conseguian como cor-

riente galvánica mover, animar, aquella especie de cadáver.

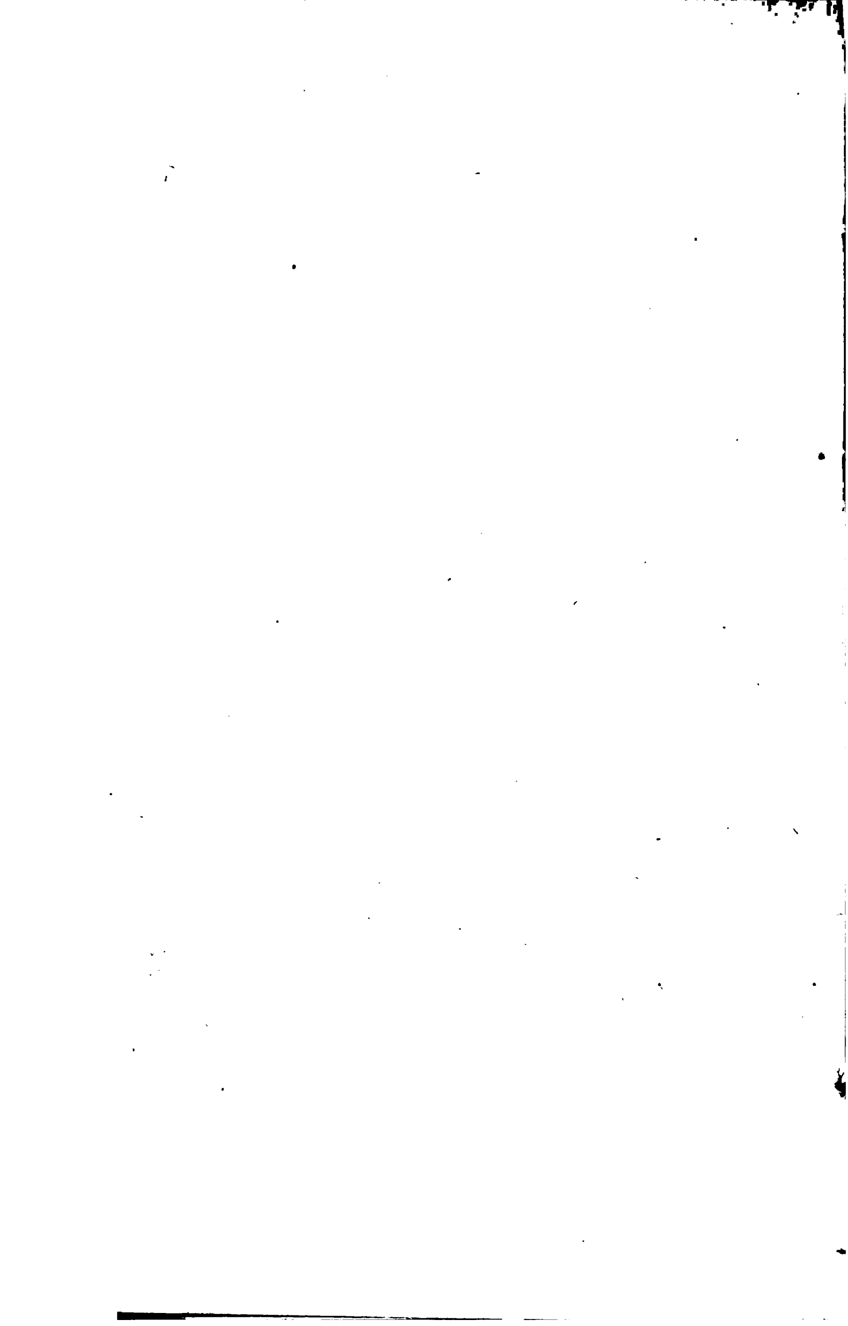
—¿Y ademas?

—Ademas, ved de qué industria valeros á fin de concentrar por algunos minutos la atencion de la mujer que deseais magnetizar sobre plancha de zinc ó de cobre recientemente electrizada. Los ojos fijos en el disco y la atencion concentrada elevan el fluido nervioso al cerebro, y viene el desfallecimiento de todo el cuerpo, el sueño magnético, la pérdida de la voluntad, y la sustitucion de esa voluntad perdida por vuestra propia voluntad soberana. Entónces arrojadle todo el fluido de vuestros ojos y toda la fuerza de vuestra voluntad. Aquella mujer os seguirá tan fácilmente como las barbillas recortadas de las plumas siguen al ámbar caldeado. Y se verificará la aneurosis, el agotamiento de la fuerza nerviosa en la mujer, y la sustitucion completa de su fluido magnético por vuestro fluido magnético, de su voluntad por vuestra voluntad. No lo dudeis. El universo es uno. El flui-

do que truena en las nubes, que da su virtud al iman, entrando por nuestro organismo, es fluido electro-nervioso, fluido vital. Este fluido penetra en nosotros y sale de nosotros, engendrando las simpatías y las antipatías. No pregunteis cómo se verifica esto ni por qué. ¿Sabeis la causa de que el pólen confiado por la planta al aire corra á fecundar plantas de la misma estirpe? ¿Sabeis por qué sales de diversas especies, depositadas á un tiempo en la misma agua, se apartan, buscan sus moléculas análogas, y se cristalizan segun las leyes de sus afinidades? No; pero sabeis que la aguja imantada mira al polo, sabeis que la gravedad atrae y suspende los cuerpos y los subordina unos á otros, sabeis las afinidades químicas, y por lo mismo, sabeis que existen los fluidos electro-nerviosos, y que se resuelven, ya en amor, ya en ódio. Seguid mis consejos, seguid las lecciones desprendidas de esta conversacion, y habréis vencido.

El mulato asió las manos del magnetizador,

deslizó en ellas un bolsillo, miróle fijamente, y salió de la habitacion misteriosa con el pecho lleno, henchido de esperanzas.



CAPÍTULO XI.

SUPERSTICIONES.

A la puerta de limpia choza, por enredaderas ceñida, departian varios negros pertenecientes á la inmensa hacienda de los señores de Jura. En la animacion de los que hablaban, y en la fijeza de los que oian con la boca abierta, indicábase que el asunto llevaba en sí mismo extraordinario interes dramático.

—¿De véras? preguntaba jóven negrita, de color brillantísimo de ébano pulimentado.

—Tan de véras como la muerte decia, una negra anciana, persignándose várias veces con extraña precipitacion.

—¿Y qué será? tornaba á preguntar un mancebo.

—¿Qué quieres que sea? contestaba la anciana con aire de adivina ó de Sibila.

—Yo no acierto.....

—Los difuntos que vuelven.

—¡Los difuntos! exclamaban todos los negros, componiendo coro verdaderamentetrá gico.

—Sí, los difuntos, añadia la vieja recalcando soberanamente su afirmacion.

—¡Qué miedo! gritaban los chicuelos rechinando los dientes, y escondiéndose entre las faldas de las mujeres como si hubieran visto venir los muertos por el horizonte.

—Válganos que es dia claro. Si fuera de noche, tia Ana, aquí mismo me enterraban del susto, decia la avisada negrilla.

—Creedme, hijos mios, creedme. Los difuntos vuelven.

—Ave María purísima, exclamaban á una, como buenos católicos que eran, los pobrecitos esclavos de aquella hacienda.

—Creed á la tia Ana, que es vieja machucha y sabedora de cosas extrañas, decia otro esclavo á los compañeros que cerca de él se hallaban.

—Como que se unta, le replicaba otro.

—No la insultes, que puede darnos mal de ojo, decia un tercero.

—El amo la prohibe mirar á los chiquillos, añadia otro de los circunstantes.

—Creed que los difuntos vuelven.

Y la tia Ana miraba con mirada de lechuza á sus interlocutores.

—Yo sudo, y estoy fria como las piedras, decia la muchachuela.

—¿No te has asomado de noche nunca por las bardas de nuestro cementerio? preguntó la Tia á su interlocutora Panchita.

—Dios me libre..... respondió ésta.

—Pues yo sí, muchas noches, muchísimas.

Los negros hicieron todos un gesto de horror.

—Y he visto salir por los ojos de las calaveras dos llamaradas.....

—¡Ay! ¡Ay! gritaban los oyentes, como si los azotáran.

—Y aquellas dos llamaradas, ó tres á veces, correr por aquí, por allá, como aceite quemado.

—No me lo diga V., tia Ana, exclamaba Pancha medio desmayada.

—Y son las almas en pena.

—¿Que vienen del otro mundo?

—Justo, hija, del otro mundo.

—¿Y no temió V. que se la lleváran?

—Recé mis oraciones..... y.....

—¿A qué vendrian?

—Por un Padre nuestro.

—Recemos, recemos.

Y los negros se quitaron sus sombreros de palma, y las negras bajaron sus cabezas sobre el pecho, y todos dijeron á media voz un Padre nuestro.

—Lo que sucede ahora, yo, que he visto tanto, no lo habia visto nunca.

—¿De véras?

—Nunca. Yo no duermo.

—Prefiero cién azotes á salir media hora al jardin despues de las doce de la noche, dijo un negro.

—Yo no creo que sean los muertos..... añadió otro.

—¿Pues qué? preguntáronle.

—Yo creo que son todos los demonios del infierno.

—Válganos la Vírgen.

—¿Veis con qué serenidad he mirado por las bardas del cementerio? Pues digo, como el chico: así me asparan, no asomaria la cabeza por la ventana en pasando de las doce.

—Nunca habia sucedido esto en la hacienda, observó Pancha.

—Desde que el señor se fué anda el diablo suelto, añadió melancólicamente la tia Ana.

—Antes de anoche, contaba uno de los negros , salimos, aguardamos. Antes de venir éramos fieras. En cuanto oimos el primer gemido, apretamos á correr, y todavía estamos corriendo.

—El capellan de la ermita se puso á la ven-

tana con la caldera y el hisopo, dijo la tia Ana.

—¡Valiente! exclamó el negro.

—Y se le cayó el hisopo al patio, y él cayó de espaldas.

—Como que vió al monaguillo convertido en perro, dijo Panchita.

—Y en perro rabioso, añadió uno de los negros.

—Y al volver en sí, el pobre monaguillo se encontró perniquebrado al pié de la escalera de caracol, dijo la tia Ana.

—¿Y cómo sucederá eso? preguntaban todos.

—Debió llevárselo en las uñas y soltarlo desde muy alto.

Las negras abrazaron á sus hijos como si temieran que el diablo viniera á llevárselos en sus afiladas garras como al infeliz perniquebrado monaguillo.

—Pues otra cosa áun más rara sucede, dijo Panchita.

—¿Qué?

—Que miéntras dura el paseo hace invisible al mulato Antonio.

—¿De véras?

—Él está en la cama. Y si mirais su cama, no le veréis hasta que el diablo haya pasado.

—Pues á mi marido, dijo la tia Ana, lo hace sordo. Por más que le grito, no oye nada.

—Yo solo oigo entónces los alaridos.

—¡Vírgen purísima! decia Panchita miéntras los negros arrojaban al diálogo los siguientes conceptos:

—Es cosa horrible.

—No la han visto igual los nacidos.

—En noches de luna no pasa nada.

—En noches oscuras viene.

—Cada palabra es un lamento.

—A cada lamento parece que se abre la tierra.

—Yo la he sentido temblar.

—Las tablas de mi choza crujian.

—Yo estaba mareado como si me hubiera bebido un azumbre.

—¿Y los trompetazos?

—Despiertan á los muertos.

—Y aterran á los buhos.

—Yo los he visto pasar á bandadas.

—Aunque deseen dispararle un tiro, me han dicho que no arde la pólvora.

—Como que el diablo la apaga.

—¿Quién nos socorrerá?

—¿Si querrá llevársenos á todos?

—Como al pobre monaguillo.

—El cura se ha quedado lelo.

—Y la señora no sabe nada.

—Se moriria de miedo si se lo dijésemos.

—¿Y quién ha tenido más valor para observarlo?

—Yo, dijo resueltamente la tia Ana.

—Acabad de decir lo que habeis visto.

—Lo he visto una vez, una sola vez.

—Veamos.

—Estaba yo sola asomada en la ventana de mi choza á eso de las doce de la noche.

—¿Y qué haciais allí sin dormir?

—Desde que se murió mi nietezuelo, paréceme que lo veo si miro á las estrellas.

Siga, tia Ana, siga.

—De pronto oigo un gemido largo, largo, largo, tan largo como un trueno.

—Se me erizan los pelos, exclamó Panchita.

—Despues de aquel gemido un sollozo, como si llorára un centenar de mujeres.

—¡Qué miedo! ¿Y qué hacia la pobre Ana entre tanto?

—Estaba atónita, sin movimiento.

—¿Y despues?

—Despues una voz cavernosa decia: fatalidad, fatalidad.

—Me admira que no se muriera la tia Ana.

—Estaba en verdad más muerta que viva.

—Ya lo creo.

—Llamé á mi marido, al tio Joselito. No me oyó.

—Como que el diablo le quitaria el oido, dijo Panchita.

—Quise correr, y no pude andar.

—Lo creo tambien.

—Un ruido de tablas se oyó despues, pero tan fuerte como si se hubiera caido la casa, tan fuerte como una descarga de artillería.

—¡Horror de los horrores!

—Las estrellas se apagaron, salieron las lechuzas volando, las chozas saltaban como nosotros cuando nos pica la araña.

—Y la tia Ana firme.

—¡Oh! Me agarré á la ventana.

—¿Y qué vió?

—Si apénas me acuerdo.....

—Diga, diga.

—Una sombra alta, altísima.

—¿Más alta que el tejado de la quinta?

—Más alta.

—Llevaba un cucurucho.....

—¡Qué miedo!

—Un manto negro que la envolvia.

—¡Dios mio! gritaba Pancha.

—De los ojos le salian dos llamas como las llamas del cementerio. La boca parecia tan grande como la entrada de una caverna. Tenía dos

hileras de dientes que brillaban como dos hileras de linternas. Sacaba una lengua larga y estrecha como la lengua de la víbora. Y al pasar por delante de mi choza y al verme en mi ventana, «quítate, bruja, me dijo, ó te llevo conmigo á los infiernos.» Y dió un revoloteo, abriendo, como negro abanico, dos alas desmesuradísimas, dos alas de murciélago, capaces de envolver toda la quinta.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo me caí muerta.

—El lance no era para ménos.

—Y á la mañana siguiente me despertó el tio Joselito á duras penas, echándome agua y vinagre á la cara, y poniéndome sinapismos á los piés.

—¿Y qué determinacion tomó usted?

—Contárselo al ama.

—¿Y qué dijo el ama?

—No se lo conté.

—¿Cómo?

—Encontré en el camino á Antonio, al mu-

lato, que es el sabio de la hacienda, como que estudió en la Habana más que un abogado.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que no le dijera nada á la señorita para que no se asustase; pero que de buena me habia librado, porque él oyó tambien los alaridos y estruendos. Abrió la ventana de su cuarto, entró la sombra, se lo llevó en brazos á los aires, dándole bocados con los dientes de fuego, y luégo de haberlo paseado un rato, lo volvió á dejar en la cama todo molido.

En esto apareció el mulato Antonio con aire distraido, como limpiando las plantas, como recogiendo las flores caidas en el suelo.

—Ahí está, preguntádselo, dijo la tia Ana.

—Él nos dirá cuanto le ha pasado, añadió la negrita en actitud de dirigirse á Antonio.

—Cá, añadió un negro. Es muy señor. Está pagado de que nadie le gana á buen mozo, y apénas habla con nosotros.

—¡Antonio, Antonio! gritó la negra llamándole.

En esto se oye, como el estallido de una bomba, en medio del suelo que el corro ocupaba, la siniestra palabra dicha durante la noche por el fantasma aterrador, la palabra «fatalidad.» Los negros y negrillos echan á correr. La tia Ana y la negrita se meten á una en la choza, atrancando fuertemente la puerta. Hasta los animalejos domésticos por allí esparcidos parecen tocados del miedo universal. Sólo el tio Joselito, ó más valiente ó ménos ligero, se quedó inmóvil á la puerta, como si estuviera poseido de aquel sueño, objeto constante de las críticas de su costilla la anciana negra. Antonio se dirige á él, y le habla sobre todos estos extrañísimos sucesos.

CAPÍTULO XII.

EL NEGRO Y EL MULATO.

—Tio Joselito.....

—Estoy como aquel de quien habla cura en sus sermones.

—¿Como quién?

—Cómo aquel santo ó patriarca ó papa que hizo el milagro de volverse estatua de sal.

—Ya, ya.

—Aquí no descansa nadie.

—El miedo los ha trastornado á todos.

—Y confiesa que tienen motivos.

—Lo confieso.

—El dia ménos pensado roban la quinta.

—¿Cómo es eso?

—Antes rondaban los negros, ahora no rondan. Antes se ponian de centinela á las cuatro esquinas de la quinta; ahora, así los maten, no saldrán de su choza.

—Ya veo que deberé velar yo solo, dijo Antonio.

—¿No tienes miedo despues de lo ocurrido? le preguntó el viejo.

—Mucho miedo.

—¿Cómo te arriesgas?

—En cumplimiento del deber.

—No hay deber que valga.

—¿Tal crees?

—Tal creo.

—Pues yo creo todo lo contrario.

—¿Y qué harás?

—Rondaré yo solo en torno de la escalera que da al cuarto de la señorita.

—¿Tú solo?

—Yo solo.

—¿Despues de las aventuras y desventuras que has pasado?

—Despues de todo.

—Corazon de leon, hígados de tigre tienes, Antonio.

—Lo que quieras, Joselito.

—Yo cumplo mis deberes con gentes conocidas, con alimañas que yo veo y palpo. Dime que vaya á la caza del tigre. Iré. Dime que riña con un perro rabioso. Reñiré. Dime que en las correrías para perseguir esclavos fugitivos combata con cien hombres. Combatiré.

—Ya sé que eres valiente.

—Pero no me digas que me entienda con las almas en pena. Me da un dolor de tripas que no veo. Me castañetean los dientes como si estuviera bailando el tango habanero. Se me estremecen piernas y brazos. Ni que me hubieran picado cien tarántulas haria tantos gestos. Me muero, Antoñito, me muero.

Y el pobre viejo casi casi lloraba.

—Pues yo padezco mucho, tio Joselito; pero me quedo en mi puesto.

—Ya viene la noche.

—Y noche oscura, Joselito, porque el tiempo está revuelto.

—No se verán en el jardin las manos. Y todos los diablos del infierno vendrán èn esta noche.....

—¿Y seréis capaces de dejar sola á la señorita, y expuesta á que la sombra entre en su cuarto?

—¿Y qué vamos á hacer?

—Defenderla, dijo Antonio con rigor.

—Podríamos defenderla de un leon; pero ¿quién la defiende de un alma en pena?

—Los valientes.

—No hay valor para eso. Entra la sombra por las paredes, te coge por el cabello cuando más descansado estás, te sube á los aires, te arroja de las alturas, y pataplum, te estrella como una rana.

—Pues se necesita que esta noche rondemos. Yo mandaré una partida de negros, que estará en vela.

—Llámalos. Persuádelos si puedes.

Antonio dió várias palmadas y aparecieron algunos negros recelosos y conturbados.

—Muchachos, no hay remedio.

—¿Qué?

—Se necesita velar esta noche por la tranquilidad de la señorita.

Los negros permanecieron mudos y espantados. La virtud nativa de su fidelidad luchaba en ellos con el horror y el miedo.

—Muchachos, ¿seréis cobardes?

—No, velarémos á tu lado.

—Pues á disponeros, que la noche avanza, grita resueltamente Antonio.

Los negros le siguen persignándose.

—¿Qué sucede? pregunta la tia Ana entreabriendo la puerta, vencido el miedo por la curiosidad.

—Sucede que van árondar esta noche los muchachos más valientes á las órdenes de Antonio.

—Ese Antonio es el mismo diablo, dice Panchita saliendo de la choza con ánimo.

—Siempre fué valiente.

—¿Y tú qué piensas hacer? pregunta con avidez Ana á su marido.

—¿Yo? Quedarme en casa.

—Cobardon.

—Ya sabes que tengo muertos muchos tigres.

—¿Y cómo sabré yo mañana tempranito lo ocurrido?

—Que te lo cuente el mismo demonio. Pues no faltaba más sino que por tu maldita curiosidad me expusiera yo á un viaje á los infiernos.

—¿Qué dirá la señorita?

—La señorita no sabe nada de lo que sucede.

—No dejes de ir, Joselito.

—¿Estás loca?

—No dejes de ir.

—No chochees, no chochees. Ya sabes que estoy sordo.

CAPÍTULO XIII.

LA RONDA.

Caian las doce del reloj altísimo de la quinta. Las familias de la gran hacienda se habian recogido. Carolina, que se acostaba temprano siempre, en aquel momento concluia de conciliar el sueño. Entre tantas agitaciones, permanecia serena; entre tantos y tan intensos terrores, indiferente y tranquila. Sus gentes le habian ocultado con sigilo el drama siniestro que todas las noches se representaba en los alrededores de su habitacion. Temian con verdadera delicadeza darle un disgusto, apenar sus dias en la inquietud, ennegrecer sus noches con el insomnio. Nadie osaba contarle que aquellos pacíficos jardines, aquellas cuidadas plantaciones, asilo án-

tes de uniforme quietud, habíanse trocado en teatro de nocturnas apariciones y de sombrías fantasmas. Los pobres negros, en su natural ignorancia, atribuian todos estos hechos, que los aterraban, á lo sobrenatural, á lo maravilloso. El hombre de la naturaleza debia saber mejor qne nadie el enlace de los efectos con las causas que á cada paso le enseña la creacion, con la cual vive en amistad perpétua. Debia saber que las leyes naturales se cumplen sin excepcion alguna, y no admiten el milagro. Pero la naturaleza, que es una en la inteligencia del sabio, es otra y muy distinta en el sentimiento del salvaje. Miéntras el astrónomo calcula con matemática exactitud, por el estudio del movimiento de los astros, la hora y el minuto de los eclipses, el indio, perdido en las selvas, cree que el eclipse significa la ira de sus dioses, resueltos á velarle la paz para no ver ellos mismos los tremendos castigos aparejados sobre los hombres en los decretos de su justicia. Si observáran los pobres negros aquellas apariciones, en vez de

lo sobrenatural, verian algo bien humano; en vez de penas de las almas del otro mundo vieran pasiones, y pasiones exaltadas de este nuestro bajo mundo. Alguien tenía interes en ahuyentar las gentes de los alrededores de la casa. Alguien maquinaba aquellas groseras aventuras. A poco que hubieran meditado, hubieran venido en conocimiento del motor misterioso de todos estos hechos. Pero decidle á un negro, sumido en la ignorancia, encorvado al peso del trabajo, de sangre ardorosa, de fantasía exaltada, que busque pacientemente el natural enlace de los efectos con las causas. Lo sobrenatural se lo explica todo. Lo sobrenatural se lo revela todo. Lo sobrenatural está en armonía con su alma, ignorante del código bajo cuyas leyes vive y se desarrolla la naturaleza.

Así es que en cuanto Antonio los congregó, mirábanse unos á otros espantados los negros de la ronda, y sacudíanse como azogados. La noche era oscura, oscurísima. Pardas nubes se condensaban en la atmósfera, dándole como la

solidez de las losas de plomo. Pesaba, pues, horriblemente. A esta pesadez de la atmósfera se unia calor excesivo, como el calor que produce un grande intensísimo incendio. Allá á lo léjos, de vez en cuando, por los bordes del horizonte, centelleaba algun relámpago, aumentando la torva tristeza de esta noche siniestra. El silencio era profundo. Solamente lo interrumpian el canto del sapo y el chillido del ave nocturna. La naturaleza parecia participar en este momento de todo el terror de las almas.

Los negros salian unos con palos, otros con chuzos, todos con algunas armas. Eran de veinte á treinta y no metian ningun ruido; con tan exquisito cuidado ahogaban hasta el aliento en sus pechos. Pero los unos se apoyaban en los otros, como si todos estuvieran unidos por su mutuo é intenso miedo. Andaban sobre la tierra con la ligereza de las aves sobre los árboles. A cada relámpago que atravesaba la oscuridad, creian ver algo extraño. Los árboles aparecian á su vista conturbada como otros tantos fantas-

mas. La luz lejana de cualquier choza, como el ojo avizor del diablo que los miraba fijamente y se reia de ellos. Sobre el menor bulto descargaban sus chuzos y sus palos, hiriendo, ya un jarron, ya una estatua, ya un banco. El uno decia que le habian pellizcado; el otro juraba que habia sentido sendos bofetones en ambas mejillas, el de más allá cierto roce de alas sedosas, frias, sobre la frente caldeada por la superticion y por el terror. Si esto sentian, imagínese el lector las visiones extrañísimas que en sus retinas se dibujarian. Cada girasol se les presentaba como un esqueleto; cada arbusto como un murciélago gigantesco rematado en deforme, aunque humano rostro. El aire estaba tan caliente porque lo habia caldeado la fragua misma del infierno. El miedo era horrible.

Llegan por fin delante de la habitacion de Carolina. Antonio los distribuye con cierto arte por grupos, encargándoles que hagan centinela, miéntras él se pasea de un lado á otro lado. La oscuridad se espesaba, y disminuian los relám-

pagos. Algunas gotas gruesas caian, que al tocar en la tierra calcinada engendraban una especie de vapor sofocante como el vapor de la cal recien remojada. El ruido causado por las gotas de lluvia en las anchas hojas de aquellas plantas, ruido tan natural, y al cual están de tal manera acostumbrados los oidos que no pueden con ningun otro confundirlo, parecíanles los pasos de los séres sobrenaturales que todas las noches atravesaban los espacios del jardin. En esto, como si bajára de los aires, suena la siniestra, la horrible frase siguiente, producto de cavernosa voz, dicha con amenazador acento:

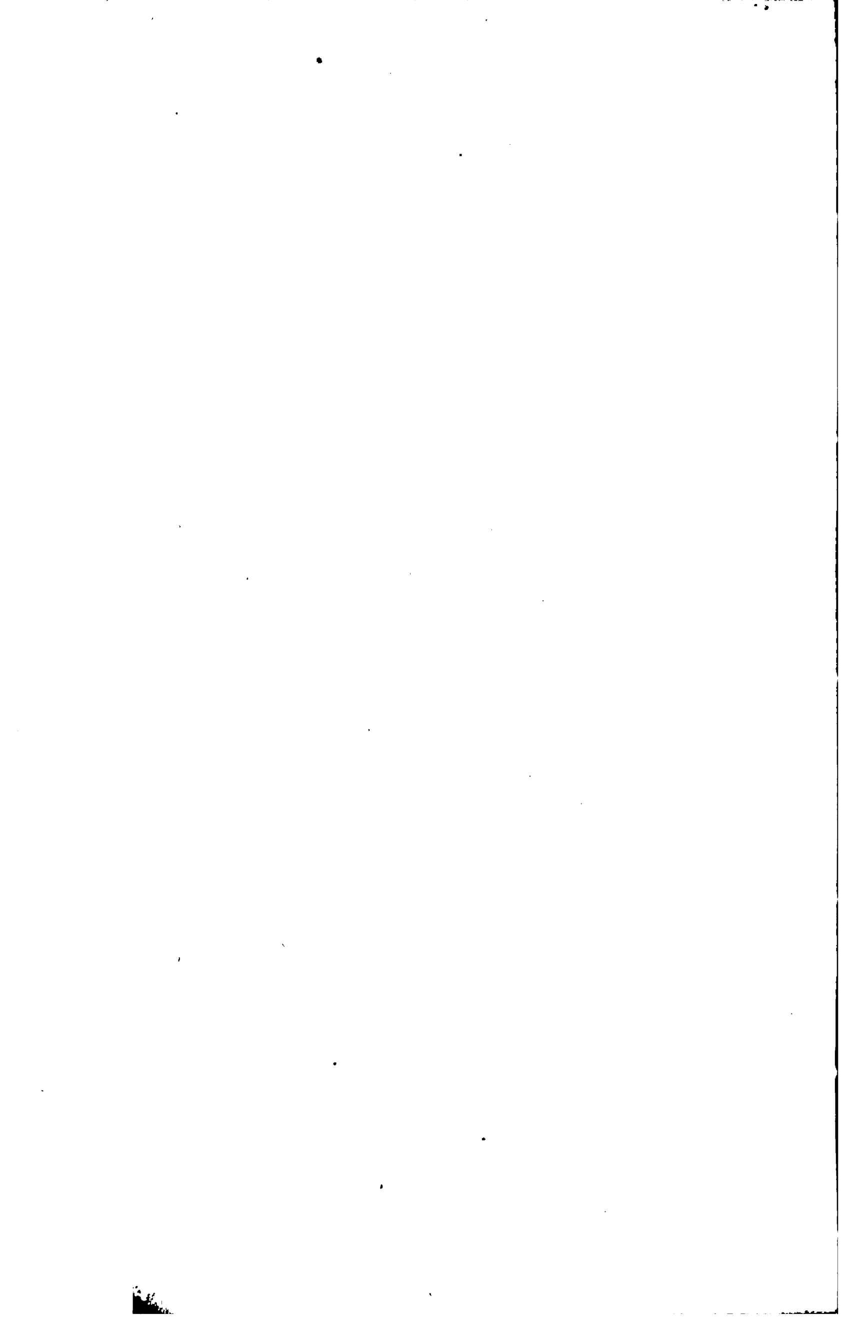
—Cobardes. No me veréis. Yo os llevaré ahora mismo al infierno.

El terror fué general. Los pobres negros al pronto saltaron como si les hubieran picado las plantas de los piés áspides de víboras. Despues cada grupo descargó sus palos y chuzos sobre las espaldas del grupo vecino. La oscuridad, el miedo, les hizo creer que los golpes descargados por unos sobre otros eran golpes caidos

desde las nubes sobre todos. Cuando en tal pelea se hallaban empeñados, horrible calavera, destellando fosfóricos resplandores de sus huecos ojos, aparece sobre un arbusto. A esta prueba ya no resistieron. Arrojaron todos los palos, corrieron tropezando unos con otros, dispersáronse buscando la choza más próxima, y cada cual, encerrado como conejo en madriguera, cubrióse con paja la cabeza para no ver tanto horror ni ser de los demonios visto.

Entre tanto Antonio, solo ya, descolgaba su calavera del arbusto, la metia en seguro escondite, frotábase ambas manos, y decia :

—¡Lo que puede un ventrílocuo! Les he aterrado de véras. Miéntras vivan no se acercan por aquí á estas horas. Todo favorece mis proyectos.



CAPÍTULO XIV.

LOS MONÓLOGOS DE ANTONIO.

Antonio se quedó á velar bajo las ventanas del cuarto de su ama. Ya nadie podia extrañarlo en la vastísima quinta. El más valeroso de todos sus habitadores no tenía miedo ; el más solícito no esquivaba los peligros ; el más inteligente no admitia las supersticiones ; el mejor educado no se doblegaba ante nada. Podia, pues, discurrir sin recelo propio, sin sospecha de sus compañeros, sin murmuraciones de nadie, por los alrededores del sitio donde dormia la mujer que era su pena y su tormento, para acechar la coyuntura de interesarla por un rasgo de valor, decidirla por una súplica del corazon, ó man-

charla con un atentado, que él creia nacido de su exaltada pasion, y excusable por tantos y tan repetidos desdenes.

Para su empeño de auxiliarse con los socorros de la magia moderna, del magnetismo, ya que en la antigua magia no creia su ilustracion, en la correspondencia de Carolina no confiaba su despecho, en el propio mérito no pensaba su orgullo, ahogado por la servidumbre; habia menester lanzar en los aires una gran cantidad de fluido magnético, en los nervios una agitacion contínua, en los ánimos una inquietud devoradora, que coadyuvasen á sus proyectos y conspiráran á sus peligrosas experiencias.

Sin contar con esto, conveníale, para conmover aquel corazon inconmovible, para llamar hácia sí aquella mirada, que no bajaba hasta los abismos donde se resolvia su sueño; para despertar aquella naturaleza, dormida en su fidelidad de esposa y en su amor de madre, revelarle que entre tantos peligros un solo sér habia sereno, que entre tantos terrores un solo centinela habia vi-

gilante, que entre tantos criados un solo siervo habia solícito, pronto á derramar su sangre, á dar su vida y su alma por aquella mujer, que en cambio solamente guardaba para él crueles desprecios y contínuo olvido.

Con esta conducta pensaba Antonio atraerse aquel corazon, moverlo, si no á corresponderle, á interesarse por quien así le sacrificaba su reposo. La mujer, pensaba él, no puede vivir sin amor. Nace su amor de su debilidad misma. Reconociéndose débil, necesita la mujer completarse, completar su existencia para vivir segura en mundo donde se agita tal número de fuerzas. Como la luna sigue á su planeta, sigue la mujer al hombre. El amor es de necesidad tan grande en su corazon, como la atraccion en el cósmos. Rígense los astros por la gravedad, y los corazones por el amor. El hombre ama á la mujer, porque el alma de la mujer tiene todo aquello que falta en el alma del hombre, desde la sensibilidad exquisita, llevada á la delicadeza y á la ternura, hasta la imaginacion exalta-

dísima, llevada á presentir, á profetizar, como que la mujer es y será perpétuamente la sibila de la naturaleza, la musa del arte, la diosa del hogar.

—Imposible, decia el mulato, que Carolina ame á su marido. Su matrimonio es un matrimonio legal; no es la confusion de dos almas que en el amor se juntan y forman una sola alma. Para que este desposorio de dos personalidades en una sola personalidad pueda verificarse, necesita que se unan, no solamente las ideas, los afectos, las inteligencias, sino tambien la sangre, la vida, la edad, las pasiones en mútua exaltacion. Carolina ha sido vendida á Júra, y no casada con Jura. El interes ha quedado fuera del alma, y no ha podido sustituir á la naturaleza. Bajo la amistad fria que hoy siente por su esposo arde un amor apasionado, como bajo la nieve del alto volcan arde el fuego. Imposible que haya nacido para vivir perpétuamente en esta jaula de oro, sin envidiar el cielo azul, infinito; sin suspirar por el aire libre, sin expe-

rimentar el deseo de otra vida mejor, más ferviente, sin que vea el nido ú oiga el arpegio del verdadero amor convidándola á las necesarias, á las inevitables expansiones de la naturaleza. La pasion que hay escondida en esa alma sólo necesita un objeto que la despierte. ¿No puedo ser yo ese objeto? se preguntaba á sí mismo Antonio. ¿No soy yo la juventud como ella es la juventud, la pasion como ella es la pasion, el amor como ella es el amor, y ademas la fuerza en todas partes necesaria á la debilidad de la mujer, más necesaria en estos climas, donde hay mucha vida por lo mismo que hay mucho combate y mucha muerte? Pero ¿y el deber? ¿No se levanta entre ella y yo el deber? ¿No es de otro esposa? ¿No voy con mi amor á mancharla, con mi amor á corromperla? Ante esta reflexion deteníase Antonio, como herido de un argumento incontestable. Pero á seguida sacaba reflexiones contrarias, inspiradas por su triste situacion social, por su servidumbre. Esto de la libertad, decia, es puro sofisma de filósofos vul-

gares, de políticos calculadores, de demócratas rancios. Carolina ¡oh! no es libre para amar á su marido; aunque quiera amarlo, no puede amarlo. Si yo logro conmoverla, interesarla, herirla en sus sentimientos, aunque no quiera tiene que amarme á mí. Como el cuerpo busca su centro de gravedad, el corazon busca al corazon, el instinto orgánico busca el amor verdadero, y la embriaguez de los sentidos adormece en sueño profundísimo la razon y la conciencia.

No, no hay libertad, decia Antonio. ¡Buena farsa esta de la libertad! ¿No se dice que en virtud de esa facultad soberana puedo yo suspender, contrariar las leyes del universo? Pues no puedo nada. Desde el nacer la fatalidad me encadena. No puedo dejar de ser hijo de mi madre. Vine á la vida sin que nadie me consultára. Tampoco me consultaron, tampoco, en qué entrañas debí venir. Y el asunto no es tan despreciable, porque si me hubiesen consultado, yo eligiera el seno de una reina en vez de elegir el seno de una esclava, y yo viniera príncipe he-

redero de imperios y de coronas, en vez de venir esclavo heredero de hierros y de cadenas. No, no hay libertad. Yo no puedo dejar de respirar el aire, ni dejar de encender la sangre, ni dejar de consumir el oxígeno de la atmósfera, ni dejar de exhalar el carbónico. Inmediatamente que contrarío alguna de estas leyes necesarias, inevitables, fatales, viene con su aguijon el dolor á obligarme, á constreñirme para que entre en el órden universal. Pues si no puedo dejar de respirar el oxígeno del aire, tampoco puedo dejar de desear el amor de Carolina, tampoco. Me es áun más doloroso contrariar esta ley de mis sentimientos que contrariar las leyes de la respiracion. Me ahogo más pronto si quiero separarme de ella, me falta la luz de los ojos, me falta el aire del pecho, me falta la sangre del corazon, me muero, me muero; el dolor me obliga, me constriñe, me fuerza á obedecer ciegamente el régimen universal dentro de la naturaleza. No puedo vivir léjos de la atmósfera, no puedo vivir tampoco léjos del amor; mi pro-

pio sér se rebela contra mí. Soy tan esclavo de las leyes del universo, como soy esclavo de las leyes de la sociedad. No soy libre, no es ningun hombre libre, porque no hay libertad. La misma fuerza que impulsa al aereolito á caer sobre el suelo, me impulsa á mí á caer en brazos de Carolina. Ni la estrella fugaz puede dejar de encenderse y brillar en el momento mismo en que penetró nuestra atmósfera, ni yo puedo dejar de sentir, de apasionarme, en el momento mismo en que me encuentro bajo el mirar magnético de mi amada. No hay más que un sér del cual todos los seres son representaciones fugaces; no hay más que un universo, del cual todos somos órganos ó partes; no hay más que una ley rigiendo así los orbes como los hombres, los sentimientos del corazon como los fenómenos del mundo físico, la naturaleza como el alma, la idea como la luz, el organismo zoológico como la máquina celeste, esclavos, esclavos todos del destino. Y mi destino es amar á esa mujer. Carolina, serás mia, serás esclava de tu esclavo.

CAPÍTULO XV.

PERVERSION.

Con su perversa ley moral, con sus ideas extraviadas, con su conciencia pervertida, no podia sustraerse en verdad Antonio á su pasion. Le dominaba como puede dominar una ley física. No comprendia, no, hasta qué punto la ley moral es imperiosa, la razon luminosísima, la conciencia potente, la voluntad fuerte. Sus cadenas le habian profundamente entrado dentro del alma, y como se veia esclavo del mundo político, se juzgaba esclavo tambien del mundo moral, y se creia con escasos medios de vencerse á sí mismo, cuando nada puede sobreponerse, en aquello que es interior, íntimo, propio, al

esfuerzo avasallador de la libertad, y ninguna voz puede levantarse más alta, ni áun el estruendo de todas las pasiones, más alta que la voz austerísima de la conciencia, jamas acallada, jamas enmudecida en el género humano. Pero, ¡cuántas veces nace una falsa religion ó una falsa filosofía, del medio que nos rodea, y no del alma que perpétuamente nos ilumina! Antonio, sin libertad civil, sin libertad política, por las cuales hábia tanto suspirado, negaba ahora, extraviándose en la sirte de sus pasiones, el fundamento de todas las libertades deseables, negaba la libertad moral, aquella que podia encontrar demostrada, áun bajo el yugo de la servidumbre, en todos sus pensamientos, en todos sus actos, como superior á la fuerza de las coacciones materiales. Peró tal es el destino del hombre; negar con sofismas del interes consejos de la conciencia; acallar con acentos tumultuosos de las pasiones ideas de la razon; caer en el lodo de la tierra, cuando, si buscára dentro de sí una fuerza superior, que dentro de

sí indudablemente tiene, se encontraria suspendido de la inmensidad de los cielos. No, no se justifica ningun acto moral con la negacion de la libertad moral. El hombre es responsable porque el hombre es libre. De los mismos argumentos que Antonio empleaba para convencerse de la servidumbre de su voluntad, dedúcese el libre albedrío de su sér. Si no podia dejar de amar á Carolina, podia dejar de manifestar aquella pasion y áun combatirla, vencerla, aniquilarla, por un esfuerzo de su voluntad. La lucha misma en que estaba empeñado mostraba que su conciencia, que su razon, querian vencerla; pero no queria, no, su voluntad. Esclavo en el mundo, dueño de sí mismo en el espíritu; no habia remedio, en él estaba su bien ó su mal moral. Él podia vencerse, él podia dominarse. La falsa filosofía con que perturbaba su raciocinio, no llegaba, no, hasta el cielo puro, límpido, más digno santuario de Dios que los mismos espacios infinitos, no llegaba hasta el cielo inmortal de su conciencia. Veámoslo, pues,

véamoslo arrastrado á perder á Carolina y á perderse á sí mismo por el vapor de tantas ideas, contrarias á su propia conciencia y nacidas todas del contínuo torbellino de sus insensatas pasiones. Sigamos, pues, á Antonio en la funesta órbita que va á recorrer su existencia.

CAPÍTULO XVI.

EL RAMILLETE.

Toda la noche consumió Antonio entregado á sus reflexiones. Al amanecer oyó ruido en el cuarto de Carolina, y vió abrirse uno de los ventanillos que le daban luz. Pero no salió Carolina al jardin; se fué á misa, á la capilla del palacio..... Ya lo adivinó Antonio, y aunque de grado fuera donde se encontraba Carolina, ansioso por verla, no se atrevió, porque nada justificaba allí su presencia. Consagróse, pues, á tejer un ramillete, con que obsequiarla en cuanto apareciese, como todas las mañanas, á tomar allí su desayuno.

En aquel ramillete queria Antonio escribir

una carta á su amada. Cogió, pues, primero algunas ramas de sauce, el árbol de la muerte, el árbol del destierro, por las lágrimas de los antiguos profetas regado, símbolo inmortal de la melancolía. Despues recogió algunas lilas, que en el lenguaje convencional de las flores, quieren decir las primeras emociones del amor, esas emociones semejantes al primer latido de la sávia en la yema de las plantas aterida por los frios del invierno, al primer matiz del alba en los bordes del horizonte cubierto por las sombras de la noche. Junto á las lilas puso varios tulipanes, emblemas de una declaracion de amor violento. Junto al tulipan el rosáceo oxiacanto, que quiere decir lo más hermoso del alma, lo más caro al corazon, lo más necesario á la vida, lo más indispensable al amor; la esperanza, la dulcísima esperanza, sobre la cual se posan todas las galas, todas las bellezas de la contínua, de la eterna primavera de las ilusiones. Junto á estas ramitas del espinoso arbusto acertó á colocar ramas tambien de

aquel otro arbusto, en el que vieron los antiguos la expresion de la inmortalidad; de aquel arbusto con que los poetas ceñian sus liras y los vencedores sus sienes; de aquel arbusto que coronó á la diosa del amor despues de haber surgido del seno de las aguas; de aquel arbusto que brota en las colinas de nuestras regiones meridionales y que llena de suave olor el ambiente, en fin, del gracioso mirto, significativo del amor tambien; pero no del amor naciente como la lila, no del amor violento como el tulipan, sino del amor eterno, del amor inextinguible, del amor infinito.

Volvióse enseguida á ver la flor que más cuadraba á sus pensamientos, y se encontró con esa trepadora que teje guirnaldas en torno de todos los arbustos, y los festonea de hojas lucientes, de cálices aromosos; con la humilde madreselva, que significa, que dice lazos eternos.

Sus ojos se posaron luégo sobre las rosas. Gotas de rocío brillaban todavía en los lánguidos pétalos que resaltaban sobre el verde follaje con

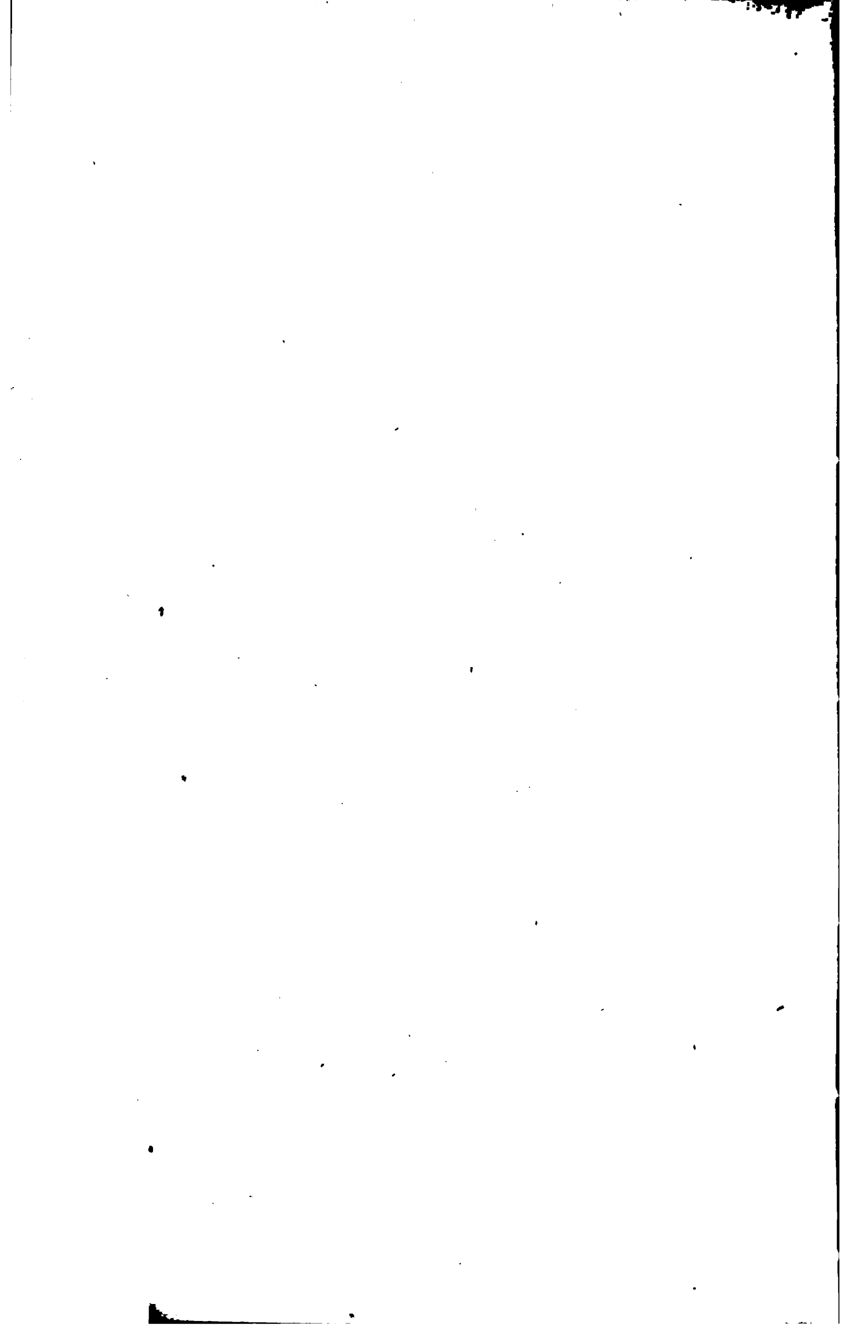
el matiz mismo de la aurora en el cielo azul. Comenzaba á despertarse la mariposa y á zumbar la abeja, miéntras la alondra volvia á su nido, despues de haber henchido el amanecer con melancólicas plegarias. La diosa de las flores, erguida sobre su ramo, alegre como la sonrisa de purpurinos labios, casta como el rubor, encendida como el carmin que sube á la mejilla de la vírgen enamorada despues de un coloquio de amores; aromática como el aliento de la mujer amada; mecida por las auras, que parecen un suspiro, significaba la pasion creadora, la pasion de los sentidos y del alma, la pasion universal.

Y luégo cogió aquella planta á que los antiguos atribuian virtudes mágicas, y que los druidas cortaban con hoces de oro para ofrecerla en sacrificios á la madre tierra; cortó la verbena, que significa encanto.

Y á estas flores añadió, como para expresar la belleza de Carolina, la reseda; la embriaguez del amor, el heliotropo; la tristeza de su alma, las

hojas del tejo; la modestia de su amada, la humilde violeta; el amor vivo y exaltado, el clavel; la benevolencia, el jacinto; el entusiasmo, la menta; el consuelo, las amapolas; y atándolas con un lazo, las dejó sobre la mesa de mármol, bajo las bóvedas de un cenador de jazmines, donde precisamente habia de ir Carolina.

¿Se fijaria en lo que el ramo significaba? ¿Veria en aquellas flores las letras de otros tantos pensamientos? ¿Adivinaria el sentido de cada una de ellas, y el secreto que las habia agrupado? Ah, ¡no! exclamaba Antonio. Su alma no será la abeja que se acerca al cáliz de las flores y saca su jugo y lo convierte en miel; pasará sobre ellas como pasan las mariposas; podrá mirarlas como un adorno más para su hermosura, y despues de haberlas olido indiferente, las dejará caer olvidadas y marchitas.



CAPÍTULO XVII.

EL TERROR DE CAROLINA.

Áun no habia depositado Antonio el ramo sobre la mesa, cuando apareció Carolina.

—¡Y me lo habias ocultado! exclamó sin dar aún los buenos dias.

—¿Qué, señora?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Señora.....

—Yo nada he oido.

—Como la señora no se explique.....

—Acabo de ver al cura acardenalado.

—¡Lástima grande!

—Al monaguillo herido.

—¡Pobre muchacho!

—A los muchachos todos aterrados.

—Es verdad.....

—Y hace ya muchas noches que esto sucede.

—No se asuste la señora.

—¡Que no me asuste!

—Perdone la señora, mas le reitero mi encargo de no asustarse.

—¿Cómo no, si toda la hacienda está aterrada?

—Se aterran de poca cosa.

—¡De poca cosa, y cuentan y no acaban!

—Enemigos invisibles no son de temer.

—Yo creo precisamente lo contrario.

—No me atrevo á objetar nada á la señora.

—Yo creo lo contrario, repito.

—No lo comprendo.

—Pues fácil es de comprender.

—Si la señora se explica.....

—Me explicaré.

—Escucho á la señora.

—El enemigo invisible.....

—Perdone la señora que la interrumpa; no existe.

—¿No existe?

—Repito que no á la señora.

—¡No existe, y ha herido á unos, y ha dispersado á otros, y ha puesto espanto en el alma de todos!

—Perdon. Me explicaré claramente con permiso de la señora. Yo no digo que el enemigo no exista; digo que no existe el enemigo invisible.

—Ahora soy yo quien no entiende.

—Digo que ese enemigo debe ser visible, palpable.

—Lo será, mas tiene mucho arte para disfrazarse.

—No hay arte que resista al valor decidido y resuelto.

—¿Quién lo tiene?

—Perdone la señora; mas si no fuese jactancia, diria que yo.

—¿Tú?

—Yo; señora, yo.

—Ya me lo han asegurado; pero me resistia

á creer que pudieses pelear con un enemigo que los ojos no ven, que las manos no alcanzan, que se esquiva á todo encuentro, que se desvanece como sombra.

—Pero ¿qué no haria yo en defensa de la señora, por la paz de su alma, por la tranquilidad de su hijo y por la conservacion de su vida y de la vida de su hijo?

Aquella exaltacion vivamente interesó á Carolina. Parecíale que le quedaba algun refugio, algun seguro en el mundo contra tantos peligros y tantas zozobras como la cercaban.

—¡Dios mio, qué será esto! Decia Carolina en actitud de interrogar al cielo.

—Algo extraño es, dijo Antonio.

—Algo terrible, añadió Carolina.

—Si no terrible, original, dijo el mulato.

—Se cuentan miles de fenómenos extraños.

—Que muchos de ellos son verdaderamente fábulas y consejas.

—Se dice que los aires se han llenado de alaridos.

—Cierto.

—Que palabras siniestras y voces amenazadoras han sucedido al extraño estruendo.

—Verdad.

—Que fosfóricos relámpagos han iluminado todo el parque.

—Sí, sí.

—Que las sedosas alas de monstruos bien extraños, parecidos á murciélagos, han rozado la frente de los pobres negros de la ronda.

—No hay en eso exageracion.

—Que los árboles han producido, á guisa de extraña fruta, calaveras iluminadas por los reflejos siniestros de los fuegos fátuos.

—Sí, sí.

—Que luégo estos genios del mal han golpeado fuertemente á cuántos han querido seguirles en su camino ó cerrarles el paso.

—Todo eso es completamente exacto, señora.

—¿Y no te aterras?

—No.

—¿Y no has sentido los escalofríos del miedo?

—Si los he sentido, los he ahogado.

—Fuerte eres.

—Sólo tengo fortaleza para cumplir mi deber, para defenderos, para defender á vuestro hijo.

Carolina volvió á sentirse conmovida. Tanto valor la entusiasmaba, y la interesaba tanto interes.

—¿Quién se hubiera atrevido á velar el sueño de la señora? ¿Quién se hubiera acordado de que esos fantasmas podian despertar á Ricardo? ¿Quién hubiera interpuesto su pecho entre nuestros invisibles enemigos y el corazon de mi ama? Este pobre mulato, hijo de la noche como los negros, y del dia como los blancos; siervo y forzado en esta hacienda, pero esclavo de vos, señóra.

—Esclavo de mi esposo, dijo Carolina.

Esta palabra hirió en mitad del corazon á Antonio. Un rugido como de tigre partió su pecho. Los ojos pasaron de una expresion inefable de ternura á una expresion salvaje de ter-

ror. Parecia en aquel momento, por la agilidad de su cuerpo, y por lo amenazador de su actitud, y por lo siniestro de su mirada, y por el hervor de sus pulmones, un tigre ó un leon. Carolina conoció que algo doloroso pasaba en aquel corazon; que algo terrible surgia en aquella mente; y sin embargo, parecíale hermoso. El rostro del mulato se habia encendido, los labios vibraban, los ojos resplandecian con el centellear de la tempestad; habia mucho en él, mucho de trágico y de trágicamente hermoso.

—¿Tienes algo? Antonio.

—Nada, señora, contestó éste, calmado por aquella pregunta, que denotaba algun interes, algun cuidado.

—Creí que te habia asaltado alguna de las visiones de estas últimas noches.

—Todo está luminoso en torno mio; todo tiene singular encanto. Y eso que no he dormido en toda la noche.

—¿Qué has hecho?

—He recorrido los alrededores, he escudriña-

do los escondites, he tenido atenta la oreja y casi pegada á la puerta para oir si el niño lloraba, ó si alguno de los siniestros terrores que á todos nos perseguian turbaban vuestro sueño.

—Gracias, Antonio.

—¿Qué ha dicho la señora?

—Gracias.

—Repetídmelo por piedad.

—Que estoy agradecida.

—¿Sueño?

—Te digo lo que siento.

—Gratitud para el pobre esclavo, gratitud para este gusano de la tierra.

—Todos son esclavos, todos tenian el deber de velar por mí, todos han huido.

—El puro instinto animal de la conservacion ha podido más en ellos que el impulso del deber.

—Y en tí no; debo, puės, hallarme agradecida á tí.

—Yo, yo..... Antonio balbuceaba; no sabía qué decir.

—En esta soledad en que me encuentro, tú eres una providencia.

—Yo, yo..... balbuceó de nuevo Antonio.

—Sí, una providencia.

El pobre mulato tuvo que agarrarse á un árbol para no caerse: tanta era su dicha.

—En cuanto venga mi marido haré que premie largamente tus servicios.

El rostro de Antonio se demudó á esta promesa.

—Y voy á escribirle que venga.

—¿Para qué molestarle?

—Imposible. Tantas cosas extrañas, y en su ausencia.....

—Los intereses de la patria le reclaman.

—Y tambien su familia, que es la patria del alma.

—Lo necesita la nacion.

—Tambien su esposa.

—Sus conciudadanos exigen su ausencia.

—Pero su hijo exige su presencia.

—¿A qué molestarle?

—Nada importante debe pasar en una casa, que el amo no vea; nada en su ausencia, que el amo no sepa.

—La señora se mostraria egoista llamándole.

—Y criminal si no le llamase.

—Nada ha sucedido á presencia de la señora.

—Pero ha sucedido todo á presencia de la familia.

—Aguarde la señora al ménos á ver si se repite.

—¿Y lo puedes dudar?

—Nada sabemos y nada podemos afirmar.

—En todo esto debe haber algun oculto intento.

—No lo dudo.

—Y como debe haber oculto intento, no cesará hasta que el intento se haya consumado, ó se haya la trama descubierto.

—Y bien.....

—Para conjurar el intento, ó para descubrir la trama, se necesita la presencia de mi esposo.

—Yo juro.....

—¿Qué?

—Yo juro por la memoria de mi madre que todo aquel que intente, hombre ó demonio, acercarse á la señora, tendrá ántes que pasar sobre el cadáver del esclavo.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—Por consiguiente, la señora puede dormir tranquila.....

—Imposible.

—Y dejar al amo que desempeñe el mandato de sus conciudadanos y cumpla con sus deberes de patriota.

—Ocultarle lo que sucede sería un crímen. Decírselo y empeñarse en que no viniera, una completa imposibilidad.

—Mire la señora. Yo no duermo. Yo velo continuamente. Yo acecho el menor bulto. Yo atiendo al menor ruido. No se mueve la hoja de un árbol sin que yo la oiga. No pasa un ave nocturna sin que yo la vea. Mi fidelidad me obliga á multiplicarme como una legion para estar á un mismo tiempo en todas partes.

—Gracias, Antonio, dijo Carolina profundamento conmovida.

—¡Gracias! ¿Por qué la señora me da gracias? No las merezco. Yo no puedo hacer sino lo que hago. Aunque quisiera otra cosa, una fuerza superior á mi voluntad obligaríame á velar miéntras vos dormis, á vigilar miéntras os hallais entregada al reposo.

—Un premio, una recompensa.....

—No me hableis de eso. La libertad, que es la única recompensa del esclavo, no la quiero, la detesto. Me he convencido de que no es el mayor bien del mundo. Quiero la servidumbre, la quiero, la amo exaltadamente. Se ha elevado á la categoría de una religion en mi pecho. Quiero serviros. Quiero servir á vuestro hijo.

—Y quieres servir á mi esposo, ¿no es verdad? A toda, á toda la familia.

—Fuera de esta hacienda no podria vivir. Me gustan hasta sus penas. Me encantan hasta sus noches de terror y de zozobra. Pensar que puedo ser útil; pensar que puedo morir por mis

amos, por estos seres casi sobrenaturales para mí, á quienes amo, á quienes venero como á dioses.

—Eres un buen esclavo, Antonio.

—Sí, esclavo hasta la muerte. Me encanta esa palabra. Esclavo para defenderos de toda asechanza, esclavo para serviros en toda ocasion, esclavo para vivir sólo por esta familia y por esta familia morir, que me sería hasta dulce, hasta voluptuosamente amable la muerte.

Carolina sentíase atraida involuntariamente hácia aquel abismo de exaltada pasion. Habia tanta verdad y tanto entusiasmo, que era imposible no tener alguna simpatía por aquel hermoso y generosísimo jóven, dispuesto á todos los sacrificios, segun sus dichos, por un sentimiento purísimo de fidelidad. Luego era imposible, completamente imposible, que la elocuencia de la palabra, la magia de la voz, el magnetismo de la mirada, la majestad y la propiedad de la accion, el acento vigoroso con que acentuaba sus frases, la viril confianza en sus fuerzas, el brillo relampagueante de sus ojos, no ejercie-

ran algun imperio sobre aquella mujer, de sangre ardiente, de corazon febril, de fantasía exaltada, contra cuyas asechanzas sólo podia oponer como frágil valladar su carácter y su fidelidad de esposa.

Y en esta situacion, en este agitadísimo estado del ánimo, se le ocurrió á Carolina una pregunta peligrosísima.

—Antonio, tú debes amar con mucha exaltacion todo cuanto ames.

—No me pregunte eso la señora. Quien no se haya asomado á un corazon como el mio, no sabe lo que es amor. Yo sólo tengo un pensamiento en el alma, un latido en el corazon, un retrato en la retina, una palabra en los labios, un ensueño en la noche, una luz en el dia, una inspiracion á mis cánticos, un consuelo á mis penas, un bálsamo á mis heridas, un dolor y una alegría, el sér que amo, que adoro, que idolatro, pareciéndome pequeño el universo junto á mi corazon. Para mí el amor se confunde con la muerte; y se confunde con la muer-

te, no sólo por su grandeza moral, no sólo por su uniformidad majestuosa, no sólo por su virtud purificante como la virtud del fuego, sino tambien por su perennidad. Pensamiento que ha entrado en mi cerebro, afecto que ha entrado en mi pecho, no saldrán jamas. Pasará más fácilmente el cielo con sus astros que mi amor con sus recuerdos, con sus esperanzas, con sus afectos, con su exaltacion, con su vida. Yo sabria comunicar este fuego á la mujer amada, enrojecerla en esta fragua, exaltarla hasta el cielo de estas infinitas tempestades de mis sentidos y de mi alma. Porque si hay en mi amor muchas penas, hasta esas penas me son gratas y amables, y ya no podria vivir mi corazon sin esa corona de espinas. Yo me iria fuera del mundo con la mujer que amo. Respiraria con ella mejor en el vacío que sin ella en este puro aire. Yo he nacido exclusivamente para amar. No sé pensar ni sentir ni hacer ninguna otra cosa. El amor, el amor es toda mi alma, toda mi existencia, todo mi universo, todo mi Dios.....

Carolina quiso poner un término al largo discurso de su esclavo, porque creyó descubrir en sus palabras exaltacion que rayaba en extravío, y dijo :

—Ya adivino el premio á tu felicidad. Dime la mujer á quien amas así, dímelo, y si por ventura fuera una esclava mia, os casaré y os emanciparé.

Antonio se quedó mudo, inmóvil como una estatua. Aquella salida de Carolina fué otro golpe mortal á su corazon. En el primer arrebato sufrió un vahido, y quiso expresar, áun á riesgo de todo, el objeto de su pasion. Luégo se detuvo, se dominó, y mudando de conversacion, dijo:

—¿Quiere la señora que le sirva el desayuno?

—Sírvelo.

—¿Té, café, chocolate?

—Chocolate.

—¿Espeso, á la española?

—Claro, muy claro, á la mejicana.

—Mire la señora qué ramo tan caprichoso.

—Es verdad. Pero me gusta la coleccion de tantas flores diversas, y huele á gloria. Como que mi marido es un gran botánico, y reune las flores de todos los climas.

Cuantas veces traia á la conversacion Carolina el nombre de su esposo, mudaba de conversacion el pobre Antonio. En esto acertó á pasar la esclava Panchita, que llevaba en la mano vistosa jaula con pintarrachado guacamayo.

Carolina quiso dar una sopa de chocolate al pájaro, y detuvo á la esclava.

—Yo creo que tambien está asustado.

—Como tú, ¿no es verdad, Panchita?

—Como todos, si la señora consiente.

—¿Hay mucho miedo?

—¡Ave María Purísima! é hizo el signo de la cruz.

—¿Has visto algo? preguntó Carolina.

—Señora, de noche tengo tamaños ojos abiertos, y de dia me caigo á pedazos, me duermo de pié, no sé lo que me pasa.

—Así no vamos á poder vivir, añadió Carolina.

—Sólo hay aquí un valiente.

—¿Quién? preguntó Carolina sabiendo de antemano la respuesta.

—Antonio.

El mulato se inclinó reverentemente al cumplido.

—Me ha contado el tio Joselito lo increible.

—¿Qué te ha contado?

—Que anoche tomaron cuerpo los diablos.

Carolina temblaba como una azogada.

—Que dieron voces.

—¡Dios mio!

—Que hablaron.

—Jesus nos valga.

—Y todos corrieron, quién al establo, quién á la cabaña.

—El caso no era para ménos.

—Y uno solo se quedó plantado como un árbol.

—¿Antonio?

—Antonio, exclamó Panchita, mirando al valeroso siervo con arrobamiento.

—El tio Joselito está maravillado.

—¿Qué dice?

—Pues dice que él es valiente.

—Como que ha matado más de un tigre.

—Que él tiene su alma en su almario.

—Como que vuestro amo le ha confiado la custodia de la hacienda siempre.

—Que quiere combatir con piratas, con ladrones, con asesinos, con chacales, con panteras, con tigres, con serpientes de cascabel..... pero con esas almas del purgatorio, cá.

—¿Ha corrido mucho?

—Como un ciervo. Pero dice que Antonio es el hombre más sereno del mundo. En cuanto oyeron la voz, todos echaron á correr. Y Antonio se quedó tranquilo como un poste. Los negros le creen superior á los mismos blancos.

Carolina miró á Antonio. Una satisfaccion indecible, contenida por verdadera modestia, brillaba en su varonil semblante. Los ojos tenian algo de inspirado. Carolina, que pocas veces se habia ántes fijado en el pobre mulato, vió en él

entónces, en aquel momento, el tipo acabado de la hermosura masculina, y sobre esta hermosura centellear un alma, no solamente grande por su fuerza, por su energía, por su valor moral, sino espléndida tambien por su clara inteligencia. Y concluido el desayuno, se fué hácia sus habitaciones con el ramo trenzado por Antonio en las manos, pensando en el valor y en la energía de Antonio.

CAPÍTULO XVIII.

EL MAGNETISMO.

Era una noche primaveral, tibia, voluptuosa. El cielo brillaba con claridad dulcísima. Los arreboles últimos del crepúsculo se desvanecian poco á poco en tintas lilas y matices rosáceos al borde occidental del horizonte. Algunas estrellas brillaban acá y allá como puntos de luz incierta, como reflejos fugaces de la retina de ángeles que miráran un momento á la tierra y se volvieran de nuevo á los cielos. La luna llena, en cuyos resplandores los astros se apagaban, subia majestuosamente, como un sol de plata, hácia el zenit. Sus blanquecinos resplandores envolvian en gasas ligeras todos los objetos, ar-

gentados por sus rayos con suaves franjas de pálida claridad. Las flores, que se abren al beso de la luna como el galan de noche, llenaban los giros suavísimos del aire con sus embriagadores y sensuales aromas. El ruiseñor, escondido en la enramada, daba una serenata á los cielos con sus arpegios, que crecian, que tomaban acentos más inspirados á medida que la hermosura de la naturaleza crecia tambien, y se aumentaba con los encantos de la noche. Lo infinito es visible en noches así; el espacio se extiende, se dilata, se pierde en la inmensidad, océano sin fondo y sin riberas; la luz corre, como un pensamiento del Creador, por toda la creacion; el sonido llena de melodías nuestra atmósfera, agitada en ondas sonoras y armoniosas como un lago rizado; el amor, el amor lo engendra todo, lo vivifica todo, lo sostiene todo, lo anima todo, lo reproduce todo, lo difunde todo, lo renueva todo con su inmortal calor. Así el alma se baña en lo infinito, vuela con sus alas de ideas, recorre los archipiélagos de mun-

dos, se posa en esas olas de luz llamadas estrellas, como la mariposa ó la abeja sobre la flor; y henchida del deseo, del anhelo de amar, ve el amor en la cohesion que réune las moléculas para formar los cuerpos, el amor en la atraccion que agrupa y sostiene los astros, el amor en el movimiento universal de todos los globos y en la sinfonía incomunicable de todas las esferas.

Así como hay un éter luminoso que llega por los ojos hasta la inteligencia, hay un éter magnético que llega por los nervios hasta el corazon. Y ese éter, que proviene sin duda de la mutua irradiacion de unos astros sobre otros astros, de los besos que se dan en la inmensidad las estrellas y los planetas, todos gigantescos imanes, oponiéndose y buscándose para completarse, como se oponen, y se diferencian, y se buscan, y se completan los dos sexos, ese éter magnético arranca lágrimas á los ojos, suspiros al pecho de los enamorados, y auras y brisas al aire, y gotas de rocío á la tierra, suspiros tambien, lágrimas tambien del universal amor.

Imaginaos á Carolina, jóven de diez y ocho años, bellísima, casada é ignorando el amor, madre por la naturaleza y vírgen del alma, en esta noche, á las puertas de sus régias habitaciones, sobre la terraza espaciosa, bajo dosel de enredaderas cargadas por flores bien olientes, á la luz de la luna, que se repetia en las aguas, en los surtidores, en los estanques, y que dibujaba los contornos, así de los humildes arbustos como de las altas palmas, oyendo el cántico del ruiseñor que saluda á su nido y que requiere de amor á su extática compañera, aspirando el aroma esparcido por las tibias primaverales auras, en comunicacion completa con todos estos magnéticos efluvios de la naturaleza, que derraman voluptuosidad por los nervios y que encienden la sangre en las venas; imagináosla allí, en aquella soledad tan poblada, y tendréis una idea de los ensueños que debian caer desde la exaltada fantasía sobre el agitado corazon de aquella inocente y acechada mujer.

Carolina está triste, á pesar de que la natura-

leza entera parece convidarla al placer y á la alegría. En medio de aquella fiesta del universo siente que algo le falta, algo á su fantasía para salir de ensueños vagos, algo á su corazon para llenarse y henchirse, algo á su inteligencia, que aspira instintivamente á conocer un secreto, un misterio no revelado todavía á su uniforme y monótona existencia. La luna que mira á la tierra, el agua que refleja la luna, el aura que acaricia la flor, y la flor que deposita en el aura sus esencias; el cielo inundado de resplandores, y el ancho rio á lo léjos, que parece un cielo engarzado en los campos; el coro que los ruiseñores componen, todas estas armonías despiertan en su alma el deseo vago, incierto, indefinible, pero por lo mismo avasallador, de la voluntad y de los sentidos.

Esta mujer ha contrariado el destino, y será desgraciada como todas aquellas que se rebelan contra la naturaleza. Su hermosa cabeza, sus profundos ojos, su aliento embriagador, su apuesta figura, la sonrisa de sus labios, la luz

y el calor de su mirar, habian sido creados para algun sér jóven como ella, hermoso como ella, amante como ella, capaz de comprenderla y de completarla. Por desoir la voz de la naturaleza y escuchar el ruido metálico del interes; por satisfacer las ambiciones de despiadados parientes, capaces de consumar sacrificios humanos cuando inmolaban así á su codicia un corazon virginal; por llevar un rayo de sol de estío al invierno de una vida vieja y gastada, como la vida del rico propietario Jura, Carolina habia contraido un matrimonio que no era el matrimonio de su alma, y estaba destinada á hundirse, á desaparecer, á ahogarse en un océano de lágrimas, en que el verdadero amor brillase, aunque sólo fuera por un momento, á sus cegados ojos.

En aquella hora y en aquel momento debia amar, como amaba la hermosa hija de las regiones donde el azahar huele y la naranja de oro luce entre el oscuro follaje; debia amar con el amor de Julieta, con ese amor que no se acuerda ni de lo pasado ni de lo porvenir; que se con-

centra en un solo sér y que se consagra á un solo culto; que se aparta de todo y se encierra en su egoismo, teniendo toda su luz en los ojos, toda su atmósfera en los suspiros, todo su universo en los brazos del jóven amante, que se parece á un dios, y á cuyo lado es deseable y grata hasta la muerte; amor de los sentidos y del alma, amor del corazon y del pensamiento, amor en el tiempo y en la eternidad, amor que suprime toda la creacion y sólo se ve á sí mismo hasta en lo infinito.

El alma humana está habitada de pasiones como el planeta de seres. La pasion por excelencia en el corazon de la mujer, es el amor. Y el amor ha de ser profundo, verdadero, nativo, para que sea resorte de la vida, y auxilie y colabore al verdadero cumplimiento, á la realizacion verdadera de los fines humanos. Peligroso es que el hombre se equivoque ó se engañe en sus amores; peligrosísimo que se equivoque ó que se engañe la mujer. Al fin tiene el hombre otras pasiones para su alma tempestuosa, más

ocupacion para su vida, miéntras que la mujer sólo tiene el amor. Amante, esposa, madre, hé ahí la trilogia de su vida; y esa trilogia se resuelve, se identifica en una sola pasion, en el amor. El cuidado de los intereses de la familia, el trabajo diario y contínuo fuera del hogar, las pasiones de la vida pública, pueden llenar el corazon del hombre, aunque le falte el aire vital del amor; pero no llenan, no, el corazon de la mujer, adscrita por su ministerio al hogar, al santuario del corazon. Si el amor no la acompaña allí, si no es su ángel custodio, si no la sostiene, si no la ampara, tenedla por el sér más infeliz del universo.

Hemos convenido en llamar al corazon el órgano del amor, como al cerebro el órgano del pensamiento, sin duda porque el amor agita la vida con sus palpitaciones violentas, enciende la sangre y colora las mejillas con sus rubores sublimes. En el hombre, en el hombre educado sobre todo, la inteligencia es la facultad de las facultades; en la mujer, es la facultad de las fa-

cultades la sensibilidad. La mujer piensa con el corazon. Los más grandes errores, las supersticiones más crasas se arraigan en su alma, porque han sido errores, supersticiones, creencias de los seres amados, de sus padres, de sus hermanos, de sus amantes. Pero en cambio de esto, su sensibilidad es tambien la fuente maravillosa de sus cualidades cuasi divinas, de su fe, de su ternura, de su delicadeza, de su ardiente caridad, de sus inagotables virtudes. Así la mujer es eminentemente artista y eminentemente religiosa, porque débil y amante, necesita del arte como de un refugio contra la realidad, y necesita de la religion como de un consuelo inmortal, como de una esperanza infinita que contraste y alivie sus acerbos dolores. Pero su deseo, por más alas que tenga, no se remonta muy alto, su ideal no está muy léjos, su cielo no está muy apartado, no, están en otro corazon, en el corazon amado y amante. Así la mujer es como la naturaleza : cuando os perdeis en las sirtes de la ambicion, cuando os engol-

fais en el mar del pensamiento, cuando os sumis en la indagacion ó en el trabajo, viene ella á recordaros que no habeis nacido para saber, sino para vivir. Por eso toda esposa de artista es y debe ser celosa del libro, de la pluma, de la paleta de su amado, y pugna para que prefiera al laurel venenoso, á la espinosa corona de la gloria, la hiedra modesta y tierna de los amantes brazos.

Ved, al contrario, la mujer unida á un hombre á quien estima, pero á quien no ama. Su vida estará exenta de cuidados, de dolores, de celos, pero tambien de alegrías y de esperanzas. Un dia se parecerá á otro dia como se parecen las tinieblas. El hastío se apoderará de ella; el disgusto de lo presente, la desesperacion de lo porvenir, el desencanto, la tísis del alma, el suicidio de la esperanza encerrada en el pecho cancerándola, como el feto muerto cancera las entrañas. El deseo vuela, choca con la realidad, como el ave prisionera con los hierros de su cárcel, y vuelve á caer yerto sobre el alma. El amor

así no crea, no produce; asesina. Aquella ceguera sublime que oculta los defectos, que templa los obstáculos de la realidad, se convierte en una vista clara de las faltas propias á la persona que teneis constantemente á vuestro lado, sucediendo al vértigo de la pasion el frio análisis del raciocinio. Porque en el amor, creedlo, ama más, mucho más, aquel que ménos calcula, que ménos preve, que ménos raciocina, que está más dispuesto á sacrificar el porvenir entero, la eternidad, si fuera preciso, á un instante junto al objeto amado.

Buscad la razon de todas las cosas; quizá la encontrareis. Pero no busqueis la razon del amor, porque la razon del amor no se encuentra nunca. Se ama porque se ama. No exijais que os ame quien no puede amaros. La estimacion se gana con actos, con servicios, desplegando grandes cualidades; el amor se inspira como algo de sobrenatural, como algo de divino. El problema de la vida consiste todo entero en esta sencilla regla: marido, ama con pasion á la mu-

jer á quien has de amar por deber; esposa, ama con pasion al hombre á quien has de amar por necesidad. El divorcio entre el amor y el deber, entre la más santa de las pasiones y la conciencia, ¡qué ponzoña para la vida, qué tortura para el corazon, qué noche del alma!

Las pasiones son como esos cometas cuyas órbitas ningun astrónomo ha calculado. No saben de dónde vienen, ni saben adónde van. No os llevan, no os conducen, no os guian; os arrastran. Para moderarlas por la pasion, se necesita que os pongais en condiciones de moderarlas. Querer suscitar por artificios una pasion, es como querer producir en la retorta del químico el sér que solamente se engendra en las entrañas de la naturaleza. Pero querer aprisionar una pasion que ha brotado natural, legítimamente, es como querer aprisionar el astro que pasa por el espacio en una jaula de cazar pájaros. Una jóven casada con un viejo difícilmente podrá evitar que nazca otra pasion en su pecho, otra pasion que sería santa si pudiera

ser legítima. No os pongais jamas, mujeres, en esta lucha entre la naturaleza y la sociedad, porque, ó seréis vencidas á costa de vuestra conciencia y de vuestro honor, ó seréis vencedoras á costa de vuestra paz y de vuestra felicidad.

Tomar la vida con tales peligros equivale á preferir el huracan al aire, el incendio al calor, la inundacion al riego, el diluvio á la lluvia, el terremoto á la solidez del suelo. Ya empeñados en las batallas de las pasiones, no hay más remedio que sujetarlas al raciocinio y someter el corazon á la conciencia. En la vida proponeos ántes ser hombres que ser héroes. Contentaos con un equilibrio de facultades medianas, si grandes cualidades han de ir unidas á irremediables defectos. No aspireis á la superioridad, si esta superioridad ha de ser á costa de que por algun lado seais inferior al resto de vuestros semejantes. Vale más ser un hombre de bien que ser un genio. Vale más para la mujer vivir en la prosaica realidad, como una buena madre ó

una buena esposa, que vivir en la poesía de las hijas del rey Lear, las ingratas, ó en el teatro de la amante de Antony, la adúltera, ó en las escenas de la esposa de Macbeth, la adúltera. No hay poesía como la virtud. Pero no os coloqueis jamas en aquellas situaciones en que la virtud es difícil. El que lucha una ó dos veces en la vida, está seguro de vencer. El que lucha todos los dias, seguro de ser vencido. Todo se puede sobrellevar en el matrimonio, con verdadero amor. Como que hasta las penas del amor gustan. Sin amor, la más leve contrariedad se eleva á la categoría de un verdadero infortunio.

Dios mio, ¡cuán fecundo es el dolor! ¿Creeis que os enseñan los secretos de la vida humana aquellos que más han vivido? ¿Creeis que os revelarán los secretos del amor aquellos que más hayan gozado? No, saben más los que más han padecido. El poeta florentino, que no gozó jamas de la paz doméstica, del amor desinteresado y puro, puso en Beatrice, vestida del resplandor de las estrellas, extática en la contemplacion

del ideal divino, el tipo perfectísimo del amor puro. Pero un dolor contínuo concluye, ó por matar, ó por corromper. El infierno sólo es tan horrible, porque el infierno es el sepulcro de la esperanza. Una alegría saludable es como un aire puro, como una luz suave. Mas ya que hayamos de padecer, padezcamos por algo grande, por algo sublime, por el ideal, y no por nuestros vicios ó por nuestros errores. Y en cuanto al premio, en el proceder bien no busquemos jamas el aplauso de los hombres, busquemos la satisfaccion de la conciencia.

Estas reflexiones, recogidas al vuelo, y mal expresadas, nacian unas del pensamiento íntimo, otras de la situacion especial de Carolina. En aquella noche mágica, á la vista del cielo, al beso de la luna, al suspiro del aura, habia sentido el vacío infinito de su corazon. Todo en el universo era amor, todo, ménos el santuario verdadero del amor, ménos el pecho de una mujer jóven y hermosa. Así es que para huir de sí misma, para huir de sus ideas y de sus sentimien-

tos, se anegaba en la contemplacion de la noche. Y á medida que más en la contemplacion de la noche se anegaba, más cerca se veia del pensamiento que la atormentaba, más cerca del amor. La luna caia sobre los árboles como un rocío de luz; el céfiro jugueteaba convirtiendo en arpas eólicas las cañas suavemente mecidas; las plantas enviaban al céfiro en sus aromas nubes de incienso. ¡Cuánto placer en la mezcla del tibio calor que subia de la tierra y del fresco que bajaba de los aires! ¡Cuánta luz, cuántos matices de la luz en el rielar de los rayos de la luna sobre la tranquila superficie de los estanques, en las ondas fugaces y juguetonas de los arroyos, en los líquidos cristales de los surtidores. Sublime silencio aquél, sólo interrumpido por el cántico del gran poeta de los bosques, del gran artista de la naturaleza, del inspirado ruiseñor. Cielos y tierra, luna y sombras, rio y estanque, todo hablaba de la idea á que Carolina queria sustraerse, aunque en vano, pues igualmente la sometian á ella su corazon y el

universo. Si fuera de sí salia su pensamiento, se encontraba con el amor; si en el silencio íntimo de su sér se replegaba, encontrábase con la necesidad de amar. No tenía refugio.

Lo que más en esta especie de enfermedad moral la desconsolaba, era que no podia apartar de la memoria el recuerdo, ni del pensamiento la idea, ni de los ojos la imágen de su esclavo, la imágen de su mulato. Sublevábase su orgullo contra aquella imposicion de su naturaleza. Pero en cuanto entornaba los párpados y se daba en cuerpo y alma á sus ensueños, surgia en la mente Antonio, su hermosa figura, sus ojos fascinadores, sus palabras enrojecidas en la exaltacíon del sentimiento, su juventud, sus pasiones, su valor, que servía á la solitaria débil mujer, en aquellos trágicos momentos, de verdadero escudo. Bien quisiera conjurar esta contínua evocacion de su fantasía poniendo junto á la imágen de Antonio la imágen de su esposo, pero la estimacion fria no podrá vencer jamas á las pasiones exaltadas, ni el afecto fraternal que

le inspirára siempre su marido al dolor intenso que comenzaba á inspirarle su esclavo. Para huir de esta idea paseábanse sus ojos por el campo, sus ideas, como legiones de mariposas, por los astros; pero su propio corazon le hablaba de amor, la naturaleza entera la sumergia en extraña voluptuosidad.

Al fin, olvidada de todo, se dejó llevar en brazos de sus ensueños, de sus ilusiones, de sus esperanzas; creyendo sin duda que no faltaba á Dios, que no faltaba á su esposo, que no se faltaba á sí misma, que no manchaba ni su conciencia ni su vida en no pasando del vago idealismo á la impura realidad. Los jazmineros llovian hojas perfumadas sobre su cabellera, y las flores todas elevaban esencias embriagadoras hasta el cerebro. Rodeábala de una aureola mística la luna, y sumergíala en éxtasis y en arrobamiento el cántico del ruiseñor. La misma savia que corria por los campos vivificados al tibio soplo de la primavera, corria por su corazon, henchido de vagos sentimientos.

A esta conjuracion de la naturaleza interior y de la naturaleza exterior, vino á unirse la conjuracion del arte. En la naturaleza tiene la idea una vaguedad infinita como la niebla; pero en el arte la idea se concreta, se materializa, viva, palpitante, en aquellas bellísimas formas. La naturaleza es un mundo anterior á nosotros, anterior á nuestro espíritu, inaccesible á los mandatos de nuestra voluntad; y el arte es un mundo nuestro, un mundo todo del espíritu, en que somos la criatura y el creador. El susurro del arroyo, el rumor de las selvas, el mugido de las hondas, el suspiro de la brisa, las sonatas mismas de las aves, no compondrán jamas melodías ni armonías como las melodías y como las armonías de la música. Para expresar el sentimiento vago, que se escapa al análisis, que apénas puede encerrarse en la palabra humana, que tiene aspiracion á lo infinito, que se levanta como una plegaria de nuestro pecho, no hay arte que iguale á la música. Por eso la música es el arte por excelencia del amor y de sus ensueños; el arte por exce-

lencia de la religion y de sus aspiraciones; como todas las que vienen á ser en su conjunto el cielo inmortal del humano espíritu.

En el estado semi-magnético en que se encontraba Carolina, una nota, una melodía, una cadencia, el eco de un cantar, hubiéranle parecido como el lenguaje de su propia alma. Mas apénas este vago deseo se despertó en su sér, como si otro sér lo hubiera sabido, como si á álguien se lo hubiera confiado, suenan las cuerdas del instrumento por excelencia de las serenatas, suena la guitarra, que parece compuesta con las cuerdas mismas de nuestro propio corazon. El arte por excelencia del sentimiento se apoderó por completo del corazon de aquella mujer esencialmente sensible.

Al eco de la cadencia, sus ideas se suspendieron y una conmocion profundísima la poseyó con absoluto dominio. Aquellos sonidos fugaces, que salian de las cuerdas y se disipaban en los aires, sin dejar ni la huella que deja el resplandor del aereolito, llevábanse en su corriente al

alma de Carolina. Abierta su imaginacion á todas las emociones, inmediatamente penetraron como una nube de flechas de amor aquellas notas en lo más íntimo, en lo más profundo de su agitado sér. Olvidada de todo, balanceaba su cabeza al compas de la música, como se balanceaban las flores al suspiro del aura. Seguia muda, pero fielmente, la melodía, como si en vez de provenir de algun objeto externo, proviniera de su propia mente. La música, por lo mismo que resulta de las combinaciones del tiempo, es arte subjetivo, individual por excelencia, como el tiempo es la forma más íntima de la sensibilidad. Así es que miéntras las demas artes subyugan el espíritu á lo que ellas quieren representar ó expresar, la música se subyuga al espíritu, y toda melodía parece nacer como un manantial, de los recónditos senos de nuestro íntimo sér. Así es que Carolina veia en los rayos de la luna, por una especie de vision magnética, su propia vaga alma entonando aquellas severas y melancólicas cadencias de puro y divino amor.

En esto la voz melodiosa y fuerte á un mismo tiempo de Antonio, voz inspirada por una emocion vivísima, expresiva de un amor profundo, rociada de lágrimas, vino á completar el efecto de la guitarra, entonando esta voluptuosa cancion:

Quisiera ser aire
Cuando suspiras,
Lágrimas cuando lloras,
Luz cuando miras.

Y la guitarra seguia sonando más melodiosamente aún, y Antonio diciendo con mayor tristeza todavía :

Yo no tengo quien me llore,
Más que la triste campana:
En muriéndome esta noche,
Me entierran por la mañana.

Y la guitarra no sólo se dolia, lloraba, materialmente lloraba, y Antonio decia :

Suspiros que de mí salgan,
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran,
¡Qué de cosas se dirán !

Y la guitarra ya no lloraba solamente, sollozaba con amargo sollozo, y Antonio decia:

Tú eres mi primer amor,
Tú me enseñaste á querer;
No me enseñes á olvidar,
Que no lo quiero aprender.

Y seguia el pespunteo de la guitarra expresando todas las emociones del alma enamorada, y Antonio diciendo en melancólico cantar:

Pecho de amor herido
Tarde se alivia,
Si no da los remedios
Quien dió la vida.

Y la guitarra tocaba un tono más bajo, como si quisiera expresar algo misterioso, algo secreto, y Antonio decia:

¿De qué sirve que yo quiera
Disimular mi dolor,
Si en los ojos y el semblante
Llevo escrita mi pasion?

Y la guitarra continuaba larga, melancólicamente, como si gozára en perpetuar por sublime unísona cadencia la expresion monótona,

uniforme de aquel amor ublime, y Antonio diciendo:

Si tuviera figura
Mi pensamiento,
Siempre te lo encontráras
En tu aposento.

Y levantando más la voz, y con la voz el acompañamiento hasta tocar en los límites de lo posible, decia fuertemente:

Por tí me olvidé de Dios,
Por tí la gloria perdí,
Y ahora me voy á quedar
Sin Dios, sin gloria y sin tí.

—¡Qué bellas son esas canciones! exclamó Carolina extática, arrobada, fuera de sí.

—Más bellos son aún los sentimientos que expresan, dijo Antonio, dejando á un lado su guitarra, y yendo al encuentro de su señora.

—Tienes razon. La poesía, como la música, es amor.

—Es amor la poesía, la música y la vida.

—Pero ningun arte, ninguno, ha llegado á expresar la pasion como la música andaluza,

como la cancion andaluza. En su tristeza infinita se ve, se siente que aquel pueblo español, el pueblo de nuestros padre, poeta por excelencia, ha comprendido que el amor verdadero se confunde con la muerte.

Antonio observaba con placer la súbita transfiguracion de Carolina. Ántes esquivaba toda conversacion de amor, toda conversacion que pudiese dar muestra de pasion. Ahora, en este momento supremo, hablaba de lo mismo que ántes queria esquivar, de lo mismo que ántes apartaba con cuidado, con esmero, de sus labios. Para sostenerla en aquella idea, para hablarla de amor sin que pareciese que él mismo hablaba, sino que otro hablaba en él, díjole á Carolina estas palabras:

—Yo me he criado entre libros españoles. Yo sé de memoria muchos trozos de poesía española. Mi educacion fué toda entera de arte, de literatura, como para atormentarme más, y hacerme padecer más en este bajo mundo, iluminado por tan sublime ideal.

—Recita, recita algunos versos, dijo Carolina.

—Oidme, señora, oidme: es una comedia de Calderon. El teatro representa un jardin y un bosque. Por sus umbrías alamedas discurre una hermosísima mujer. Arrobada, extática en la contemplacion de la naturaleza, oye de pronto una música, que suena suavemente, y un coro que canta:

UNA VOZ.

¿Cuál es la gloria mejor
De esta vida?

CORO DE VÁRIAS VOCES.

Amor, amor.

UNA VOZ.

No hay sujeto en quien no imprima
El fuego de amor su llama,
Pues vive más donde ama
El hombre, que donde anima.
Amor solamente estima
Cuanto tener vida sabe,
El tronco, la flor y el ave.
Luego es la gloria mayor
De esta vida.....

CORO.

Amor, amor.

—Es verdad, tiene razon el poeta, la armonía universal de todos los séres no se explica, el coro de los mundos no se comprende, el universo mismo, la última comunicacion de la criatura con el Dios, sino por el amor, que es fuego y luz en las estrellas, alma en los cuerpos, vida en las almas.

—En cuanto oye, proseguia Antonio, estas revelaciones de las misteriosas voces, la hermosa jóven se para, se suspende, reflexiona, y dice estas palabras entre asombrada é inquieta:

Pesada imaginacion,
Al parecer lisonjera,
¿Cuándo te he dado ocasion
Para que de esta manera
Aflijas mi corazon?
¿Cuál es la causa, en rigor,
Deste fuego, deste ardor,
Que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
Mi sentido?

CORO (*dentro*).

Amor, amor.

ELLA.

Aquel ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante
A su consorte, que está
Un ramo más adelante.
Calla, ruiseñor, no aquí
Imaginar me hagas ya,
Por las quejas que te oí,
Cómo un hombre sentirá,
Si siente un pájaro así.
Mas no, una vid fué lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco dónde se enlace,
Siendo el verdor con que abraza
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en tus lazos,
Si así abrazas unas ramas,
Cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
Aquel girasol que está
Viendo cara cara al sol,
Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;

Que pensarán mis congojas,
Si así lloran unas hojas,
Cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor;
Desúnete, vid frondosa;
Párate, inconstante flor;
O decid, ¿qué venenosa
Fuerza usais?

CORO (*dentro*).

Amor, amor.

—¡Divino poeta! ¡Cómo canta la relacion misteriosa del alma con la naturaleza y con el arte! ¡Cómo el lenguaje de todas las cosas creadas se armoniza con el lenguaje íntimo del alma, que se despierta del profundo ensueño de no sentir, casi de no ser, y se cleva por su propia inspiracion al amor, creyéndolo inspiracion del universo! ¡Desgraciada! El cielo está en tí misma, el amor de las plantas y de las aves en tí, en tu espíritu, que es como el aire, como la atmósfera del mundo. ¡Cuántas veces habrás oido indiferente la serenata del ruiseñor á su amada! ¡Cuántas veces habrás visto, sin fijarte

en ello, al girasol buscando anheloso el beso inmaculado de la luz! ¡Cuántas veces habrás roto en tus paseos, en tus carreras por el campo, los lazos de la vid con el árbol, sin pensar en que rompias lazos de amor entre dos seres. Mas entónces no estabas enamorada como ahora. Entónces no tenías esa luz interior que ahora tienes, y no mirabas el mundo como ahora lo miras, al divino destello de esa luz sobrehumana. Amas todas las cosas, porque tú, tú amas tambien.

Antonio, cuando oyó aquellas exaltadas palabras de Carolina, se acordó de las frases del magnetizador; se acordó de la virtud que, segun él decia, guarda para producir el fluido magnético en la atmósfera embalsamada, las flores olientes, el acorde de la música, el estro de la poesía, y luégo la concentracion suprema, casi sobrenatural, del espíritu en un solo punto, luégo la mirada fija, la mirada luminosa, que fluye pasion, como los astros luz, y cautiva, encadena, domina, subyuga.

Mas conoció que necesitaba aún producir más exaltacion en el ánimo ya exaltado de Carolina para llegar á dominarla por completo, á hacerla suya, á herirla en lo más profundo de su espíritu, hasta recoger y tomar y apropiarse su voluntad y su conciencia.

—Oid, señora, oid estos versos de un amador rendido que en las églogas de Garcilaso se queja amargamente de los desdenes de su amada:

¡Oh más dura que el mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo y áun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza há que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado,
Y áun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della saber un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

. . . .

. . . .

Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Sileno triste muera,
Dejas llevar desconocida al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente sólo á mí debiera;
¡Oh Dios! ¿por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará al enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde hierba,
El fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa,
Yo, dulce primavera, deseaba;
¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

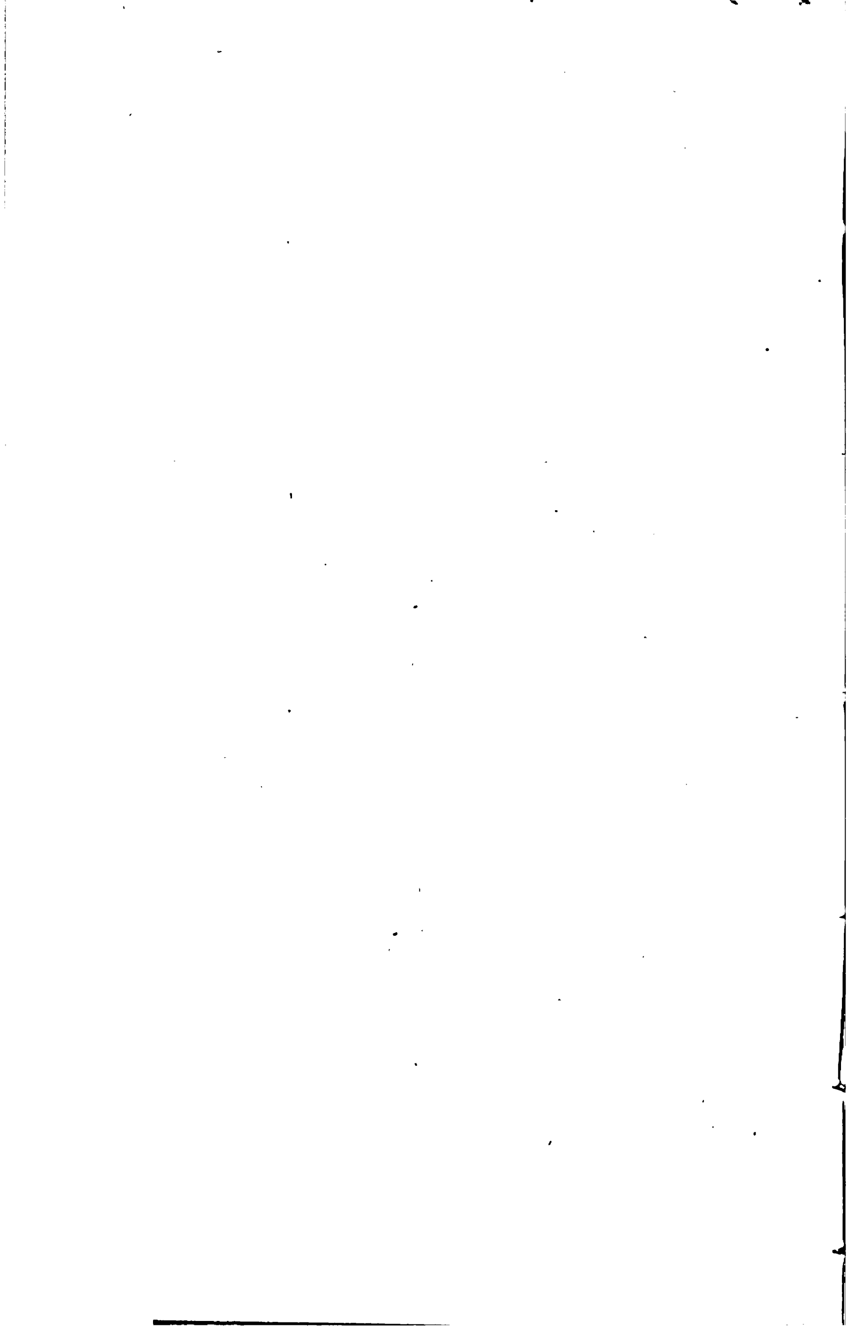
¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva;
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volvistes?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada,
En otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté un llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida;
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Todos estos versos embelesadores los habia dicho Antonio con los ojos fijos en Carolina, fascinada ya por aquel mirar imperioso y dulce á un mismo tiempo. Jamas la pobre avecilla, mirada por la serpiente, quedó tan inmóvil sobre su rama como Carolina en su sitio, bajo el dosel de jazmines, sobre el rústico sofá, todo circuido de flores, é inundado por los rayos de la luna. El aliento de Antonio llegaba hasta los labios de Carolina, y Carolina lo aspiraba con placer, como bebia con éxtasis la luz de su mirada. En esto Antonio alzó sus brazos como si quisiera recoger el fluido magnético esparcido en los aires, los dirigió con frenesí hácia Carolina como si quisiera agolpar sobre su cerebro todo el fluido recogido, y la hermosa mujer dobló la cabeza lánguidamente sobre el pecho, se quedó en sueño voluptuoso dormida, á merced completamente de su imperioso magnetizador.

Antonio no podia dar crédito á sus propios ojos. Parecíale imposible que tan pronto y con tanta facilidad aquella altiva mujer se hubiera

sometido á su imperio. El sueño era dulce, dulcísimo. El rostro tenía reflejos de ventura inefable. Los largos párpados apénas se hallaban entornados. La respiracion parecia tan serena como la respiracion de un niño hondamente dormido. Antonio no se cansaba de contemplarla, arrobado. Los rizos de su larga cabellera, entre los cuales flotaban algunas frescas rosas, caian sobre los hombros, mal envueltos entre las gasas de su traje blanco, iluminado por el resplandor de la luna. Antonio se arrodilló á sus plantas, cogió una de aquellas manos, la estrechó convulso, la llevó primero al corazon, despues á los ojos, que deslizaron sobre ella algunas lágrimas, y luégo á los labios para imprimir en ella con delirio un ardiente beso.



CAPÍTULO XIX.

LA MAYOR VICTORIA.

Habia llegado Antonio al momento supremo de su existencia. La mujer altiva que tanto le hiciera padecer en el mundo estaba allí, rendida, inerte, á su arbitrio. El primer sentimiento del mulato fué un sentimiento de feroz alegría. Imaginaos el tigre que persigue codiciada presa, y que la tiene palpitante entre sus garras despues de sangriento combate y de vertiginosa carrera. Su primer impulso es devorarla. Así le faltó tiempo á Antonio para imprimir sus labios en los labios de la mujer amada. El beso aquel debió resonar con resonancia indecible. Era el triunfo de un combate de muchos años,

el término de una batalla infinita. Por ese solo beso hubiera dado la vida, el alma, su existencia en el tiempo y su existencia en la eternidad. Pero en cuanto hubo apurado aquel ósculo, sintió que algo faltaba á su dicha. Un remordimiento horrible le asaltó la conciencia, que se estremeció como si fulgurantes chispas le atravesáran y le hirieran. Comprendió súbitamente que el amor no cómpartido deja de ser amor. ¿Qué podia procurarle aquel instánte? Un placer fugaz seguido de una pena eterna, la vergüenza á sus propios ojos, las justas reconvenciones de Carolina, el ódio eterno. ¿Y en qué momento iba á perpetrar este crímen horrible? En el momento mismo en que aquella mujer se habia mostrado más conmovida, en el momento mismo en que ella habia descendido del castillo de su orgullo, y él habia entrevisto el cielo de consoladora esperanza. Indigno era de su pasion, de su carácter, el atentado del ladron cuando podia aspirar á la gloria del amante.

La misma hermosura de Carolina, la inocen-

cia que se reflejaba en su frente, la respiracion regular de su pecho, la vaga sonrisa de sus labios, el perfume de su aliento; el color de sus mejillas, la trasparencia de su semblante, dormido en apacible sueño, donde se reflejaba toda la nitidez de aquella alma purísima, aplacaron á Antonio y le movieron á respetarla con religioso respeto. A lo único á que se atrevió aquel hombre impetuoso, en cuyas pasiones habia algo del aliento de los trópicos, fué á contemplar extático la mujer querida, y á considerar cómo se encontraba á su arbitrio, cómo tenía en el pecho de su esclavo depositada su voluntad soberana y enajenado su altivo carácter.

Mas esta misma contemplacion duró muy poco tiempo. Temió que un largo sueño la hiciera daño, y con maternales cuidados procuró, siguiendo las reglas más usuales de los magnetizadores, conjurar el sueño. Y ántes de que Carolina estuviera despierta, esquivó su presencia, esquivando al mismo tiempo las interrogaciones imprudentes sobre aquel extraño sueño. Y se fué

por el bosque, entonando al són de la guitarra la serenata de Schubert, que remeda el cántico y el eco, que parece dos almas buscándose anhelantes en la inmensidad.

CAPÍTULO XX.

EL DESPERTAR.

Carolina se despertó. Su cabeza estaba pesada, su corazon dolorido. El sueño le parecia mentira. No se daba razon de todo cuanto habia pasado en aquellos instantes. El eco de la guitarra, que sonaba á lo léjos, por un momento la distrajo. Entónces el recuerdo de Antonio brotó en su memoria; la imágen de Antonio se dibujó en sus ojos. Y sintió que durante aquel sueño habia soñado con Antonio tambien. Al convencerse de esto, se levantó como si la hubieran herido. Se llevó las manos á la frente, y quiso ahuyentar sus pensamientos; de la frente llevó las manos al corazon, y quiso acallarlo, opri-

mirlo, ahogarlo. Avergonzábase de sí misma. Evocaba todo el orgullo de su raza. Media toda la distancia que hay entre una señora y un esclavo. Realzaba su honor y la necesidad que tenía de exaltar su honor. Corria á la habitacion de su hijo, y se inclinaba sobre su lecho, y cubria de besos sus mejillas, como queriendo decirle que tendria en ella siempre una madre honrada, una madre digna. Reíase con una carcajada baja y convulsa de sus insensatos temores. La duda, el recelo, parecíanle ofensas incomprensibles del aturdimiento á su corazon, dueño de sí mismo; á su conciencia, clara y limpia como la luz. Pero despues de todas estas reflexiones hechas por su maduro juicio, tras todos estos escudos forjados por su conciencia, áun brillaban los ojos de Antonio, áun veia á su lado la sombra de Antonio. Al persuadirse de esto sentia una grande contrariedad. Y para defenderse de esta idea fija, abandonaba el cuarto de su hijo, corria al piano, lo tocaba con violencia, queriendo aturdirse con el ruido, y sobre todo ahogar el eco de la sere-

nata lejana, que resonaba sublimemente, acompañada por los solemnes rumores de la noche.

Viendo que el piano era rebelde á sus deseos, que no la distraia de sus pensamientos, iba á la biblioteca, cogia un libro, se sentaba al pié de su velador y lo abria maquinalmente. La maldita casualidad la trasladaba á los climas de Italia al amanecer del dia en que se despedian Julieta y Romeo desde su poético balcon. Las estrellas iban desapareciendo, la alborada brotando, huia la noche cara á los amantes, y se compenetraban y se confundian el cántico de la alondra, profeta de la luz, que bajaba como suave bendicion de los cielos, y el cántico del ruiseñor, poeta de la noche, que subia á los cielos como una plegaria de amor.

Estas escenas, estos cuadros, volvieron á exaltar sus recuerdos. Se le cayó el libro de las manos, se distrajo, se absorbió en un solo pensamiento. Antonio apareció de nuevo á sus ojos, Antonio ocupó de nuevo todo su corazon. Veíalo cuidadoso en medio del general descuido, so-

lícito entre la indiferencia general, vigilante cuando todos dormian, valeroso cuando todos temblaban, inmóvil en medio de la fuga á que apelaban todas las demas gentes de la casa; artista, músico, poeta, contrastando con la prosa general. Y despues su imaginacion, de una gran fuerza representativa, le ofrecia en relieve la imágen de Antonio, la alta y erguida estatura, el continente airoso y apuesto, el ardiente color moreno, los ojos negros como los abismos, el lustroso cabello, que rodeaba de una aureola como de azabaches su espaciosa frente, realzada por el vivísimo reflejo de las ideas.

Pero á los pocos minutos se acordó Carolina de que habia vuelto á perderse en la contemplacion del mísero esclavo, y volvió á darse una palmada en la frente como para ahuyentar su idea. Y recogió el libro, que se le habia deslizado de las manos y se le habia caido sobre el pavimento. Lo abrió maquinalmente de nuevo, lo llevó á sus ojos, y se encontró con la imágen de Ofelia.

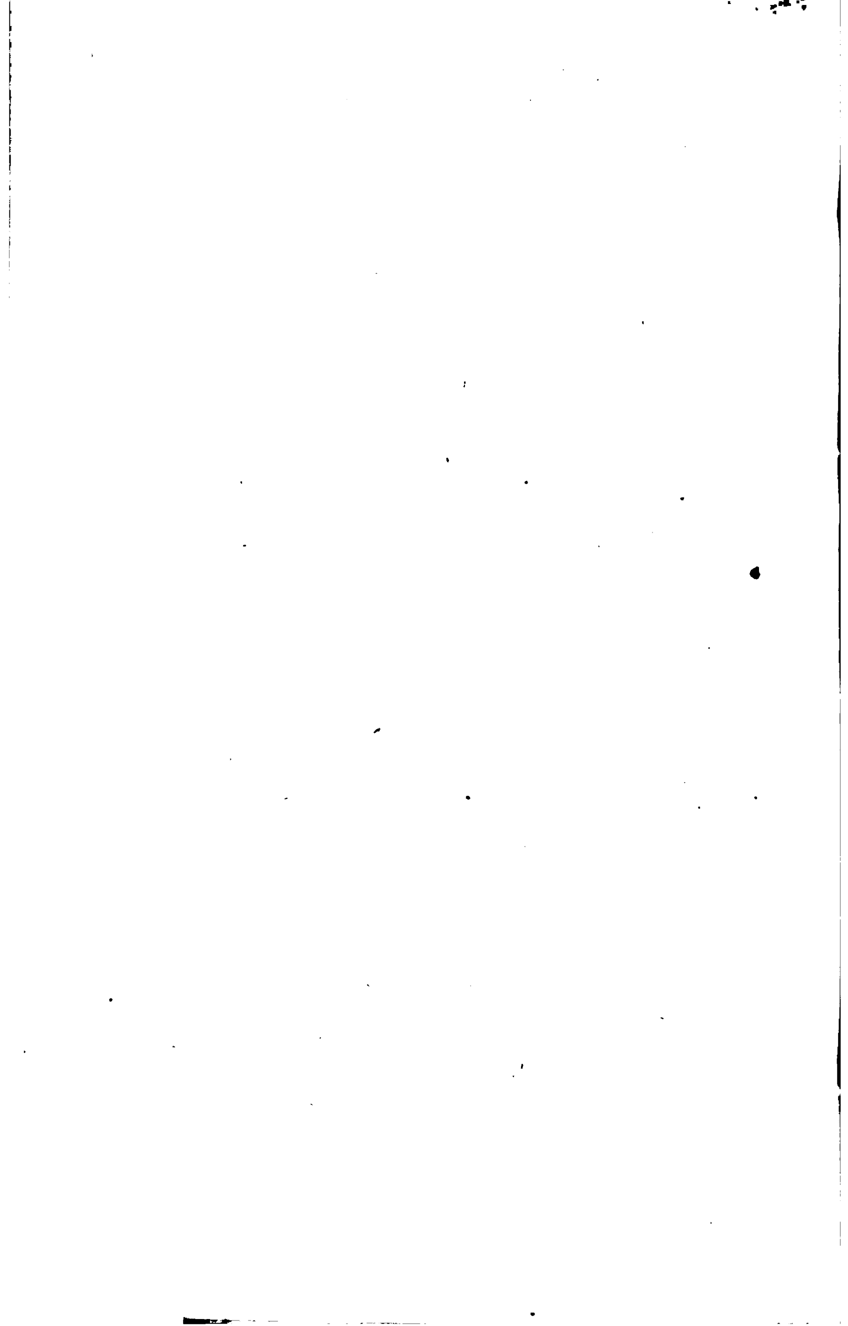
A medida que leia, los objetos se presentaban como en relieve á sus ojos; el sauce lloroso al borde del arroyo profundo; la pobre vírgen, vestida de blanco y coronada de flores, con la rubia cabellera y la voz divina dadas al viento; las guirnaldas, en que la ortiga se mezcla con la margarita, ceñidas todas en torno de aquella fantástica figura, indecisa como la niebla; las coronas que penden de los árboles á guisa de mortuorias ofrendas, la caida en el seno del tranquilo rio, sobre cuya superficie la mantienen por algunos momentos sus blancas vestiduras como á una flor acuática; las últimas canciones que á los cielos se alzan y en los cielos se pierden, miéntras su cuerpo se sumerge y se entierra en el hondo cieno.

Al llegar aquí suspende su lectura. Un pensamiento horrible le atenacea el pecho, le muerde el corazon, le conturba el ánimo. Aquella niña hermosa, venida de regiones más limpias y serenas que nuestras bajas regiones; enamorada, más que de un hombre, de un alma; tierna y

dulce como las baladas del Norte, que aparece hija de los amores de un rayo de la luna con una niebla del lago, ha muerto, no entre flores, ha muerto en el cieno; pero en el cieno habrá quedado solamente su frágil vestidura de carne, su cuerpo mortal, sus despojos; el alma habrá nacido de nuevo como la mariposa en primavera, se habrá elevado á las alturas, y habrá ido á perderse en el seno de Dios, miéntras ella, ¡ella! conturbada ya por tristes pensamientos de adúltera, se perderá con cuerpo y alma en el profundo cieno. Arrastrada por estos pensamientos, descendia hasta lo profundo de su sér á investigar el estado de su alma, y encontraba que, si bien no habia faltado, ni en pensamiento siquiera, á su esposo, un principio, un asomo de pasion peligrosísima, un gérmen, asomaba en su pecho por Antonio.

—¡Maldicion, maldicion! dijo entónces. Necesito preservarme de caer, y de caer tan bajo. ¿Quién me defenderá? ¿Mi propia conciencia? Pero ¡ah! que los vapores del corazon oscurecen

la conciencia, como los vapores de la tierra oscurecen el cielo. ¿Mi propia voluntad? Pero ¡ah! que la voluntad es frágil, sobre todo cuando está expuesta á la alta temperatura de una pasion. ¿Mi propio honor? Pero ¡ah! que el placer llega á contar con lo que no puede contar jamas, con la ignorancia del mundo. No hay defensa posible, no la hay, contra las pasiones, si todo se reduce al puro deseo de defenderse. Es necesario no reducirse solamente á pensar, es necesario vivir, es necesario obrar; la accion, la accion, siempre la accion. Pero yo sola no puedo defenderme. Necesito de un auxilio, y de un auxilio poderoso. ¿Dónde está ese auxilio? En donde es natural que esté, en el corazon de mi marido. Es necesario que venga, y que venga pronto. La audacia de ese jóven se ha atrevido á mi debilidad, y mi altivo corazon ha mirado un momento su miseria, porque estoy sola en el mundo y necesito auxilio. Voy á escribirle que venga, y que venga inmediatamente, á mi esposo.



CAPÍTULO XXI.

LA ESPOSA.

Carolina escribió la siguiente carta en aquella misma noche, impaciente por hallar una defensa segura contra las asechanzas redobladas de su propio corazon:

«Amigo mio: hoy debo escribirte más largamente, mucho más largamente que otros dias. Yo te aseguro que al recibir esta carta no has de fruncir el ceño como tantas otras veces, y no has de regañarme luégo por mi concision. Voy á ser larga, muy larga, hasta difusa. Como que mi carta encierra una peticion á que has de acceder, y un deseo que has de cumplir, por tí, por mí, por nuestro hijo. Desde que nos casa-

mos, vivimos siempre juntos, sin separarnos más que por breves instantes. Cuando tenías que ir á alguna parte, que recorrer alguna hacienda, que departir con los mayorales de trabajos, ó con los administradores de fincas, yo iba siempre contigo, y encontraba solaz en compartir tus atenciones y en participar de tus trabajos. Yo no comprendia que nada en el mundo llegára á separarnos, y estaba habituada á vivir á tu lado en tales términos, que no puedo, no, adquirir el hábito de esta soledad, explicable para mí, para tu familia; incomprensible para los desconocedores de tu cariño hácia mí, de tu inquebrantable fidelidad, de tu amor intensísimo por nuestro adorado Ricardo.

»¿No temes que pudiera tomarse por un abandono de los deberes para tu familia el excesivo cumplimiento de los deberes con tu patria? El niño pregunta todos los dias cuándo viene papá, y yo no sé en verdad qué responderle. ¿Es justo que nos tengas confinados aquí solos sin tí? Yo sé bien que ningun recelo puede asaltarte res-

pecto á mi cariño, ningun temor tampoco por mi honra, conociéndome como me conoces y estimándome como me estimas. Yo estoy sola, es verdad, pero circuida de criados fidelísimos, de esclavos obedientes, y sin recibir jamas ninguna visita, con el aislamiento que tú has querido poner como base de nuestra uniforme y tranquila existencia. Me bastan por toda compañía las aves de mi jardin, los libros de mi biblioteca, los acordes de mi piano, y sobre todo los besos de mi hijo. Pero no es bien que un esposo, en esta confianza, en esta seguridad, deje por tanto tiempo solos á su mujer jóven, á su hijo niño. El mundo tiene muchos escollos ocultos, y nosotros, contra estos escollos y en defensa de nuestra debilidad, sólo tenemos nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros esposos. Te llamo. Vén.

»Estos dias ha pasado un accidente que nos tiene á todos consternados, y que yo no queria revelarte para no afligirte. Esta casa continuaba siendo, como tú la dejaste, asilo de la paz. Mas

una de estas noches aparecen por sus alrededores legion siniestra de fantasmas, que las gentes toman por legion de diablos en carne y hueso, con todos los instintos y todos los reflejos del infierno. Ya comprenderás las cosas extrañas que estos pobres negros, asaltados por el miedo á lo sobrenatural, narrarán de sus entrevistas con los espíritus infernales, con las almas en pena, que pasan esparciendo miedo y dando alaridos.

»Hasta mí no han llegado. Yo no he visto ninguno. Yo no los he oido siquiera. Se conoce que respetan mi autoridad de ama de la casa y la inocencia de mi hijo. Ni tú ni yo creemos que los espíritus infernales vengan del otro mundo á perturbar á éste. Me has pegado tu aficion á las ciencias naturales y físicas, y aunque aquello que en tí es sabiduría, competencia, sea en mí puro diletantismo, comprendo bastante el universo para saber que se rige por leyes inalterables. No son espíritus infernales ciertamente los que vienen, aunque lo parecen; pero de-

ben ser malhechores, ladrones, asesinos, gentes que acechan nuestra casa y que husmean nuestro dinero. Por consecuencia, en estos peligros el amo debe estar entre sus criados, el padre junto á su hijo, el marido con su mujer. Vén, amigo mio, vén.

»No puedes imaginarte el terror que reina en esta hacienda. La tia Ana, á la hora del rancho, cuenta á los negros que han sucedido todos los horrores con que en su miedo ha soñado. El gran cazador, el tiô Joselito, no quiere nada con duendes y demonios y aparecidos. Imposible organizar una ronda. Salen dando diente con diente poseidos del mayor terror, y toman por apariciones en la realidad las apariciones en su terror. Áun la rama de un árbol no se ha movido á su lado, áun el vuelo de cualquier pajarraco nocturno, de esos mismos que ven con indiferencia completa, no ha pasado sobre sus cabezas, cuando echan á correr con tal ceguera en la vista y tal celeridad en los piés, que se derrumban, se hieren, se destrozan, y alguno yace

hoy mortalmente herido por su insensata fuga.

»Sólo hay un esclavo que haya resistido al terror universal, el pobre Antonio. No puedes imaginarte fidelidad mayor ni más exquisita. Su selecta educacion se conoce hasta en las minuciosidades de su proceder. Cuida el jardin como un siervo, juega con Ricardo como un niño, vela por mis menores atenciones como una mujer, y ronda las cercanías, y persigue á los fantasmas, y lucha por la tranquilidad de nuestro sueño como el más fuerte, como el más valeroso, como el más heroico de los hombres. Yo creo, firmemente lo creo, que por tantos servicios merecia de tí la emancipacion, y hasta un pequeño peculio para que se casase.....»

Al llegar aquí, al escribir estas palabras, Carolina se detuvo como paralizada por alguna fuerza superior. Su corazon dió un vuelco. Sus ojos se arrasaron de lágrimas. Estremeciéronse todos sus nervios. Un temblor tan grande la sobrecogió, que no pudo poner ni una palabra más en el papel. Temiendo verter una lágrima

ó echar un borron, acusadores de la fuerza de sus emociones, se levantó y comenzó á dar paseos repetidos por la sala, diciendo: ¿qué me importa á mí que se case ó no se case Antonio? Estoy ofendida contigo, corazon mio, ofendidísima. Te desprecio. Si pudiera, me lo arrancaria con fuerza del pecho y lo entregaria á los perros con placer. No puedo imaginar, no, que te enamores tú, tú, que tienes pura y antigua sangre española, sin ninguna extraña mezcla de un mísero mulato. Te mando, corazon mio, que escribas esas palabras con serenidad completa, con posesion plena de tí mismo, como debe escribirlas una mujer severa, una madre amante, una esposa casta. ¡Qué tonta soy! ¿A qué tanto empeño por conseguir resultados tan escasos? ¿Habia de estar enamorada yo, yo, de Antonio, de mi criado, de un mulato? Me habrian cambiado. Creeria que uno de esos genios del infierno, soñados por nuestros pobres negros, habia venido á robarme durante el sueño mi alma y mi conciencia, y traerme otra alma infernal,

ajena á mí, distinta de la mia, en guerra con mis inclinaciones y con mi carácter. ¿Yo soy yo? Pues vamos á escribir las palabras que me dictaba mi conciencia, aunque sea pasando sobre el cadáver de mi corazon. ¡Tonta de mí! Y dando una carcajada histérica se asentó al velador, cogió la pluma con furia, como si cogiera algun instrumento cortante, y escribió en la mayor seguridad estas palabras tras el concepto: «para que se case y sea feliz con la esposa de su predileccion.»

Y despues de haber meditado algunos momentos aquella frase, dijo: ¡infeliz! Hace mucho tiempo sé que la mujer de su predileccion soy yo. Eso lo sé. Lo que sé tambien es que él no debe ser el hombre de mi predileccion; lo que sé tambien es que el hombre de mi predileccion debe ser mi marido. Y continuó escribiendo su carta.

«Muchas veces me has dicho, querido amigo mio, que Antonio era esclavo único en los Estados-Unidos. Muchas veces me has dicho que

se necesitaba subir hasta la antigua Roma para encontrar algo que se le pareciese en aquellos esclavos griegos, artistas, literatos, que eran maestros ó secretarios de los patricios romanos. En estos últimos dias ha mostrado que, si tiene en su inteligencia cultura europea para ilustrar nuestra casa, tiene en su carácter energía salvaje para defenderla. Tanto mérito exige de nosotros un rasgo de verdadera abnegacion, y debemos, en mi sentir, emanciparlo. Tú pensarás luégo, y decidirás lo más saludable, lo más conveniente, lo mejor á nuestros intereses, que será fielmente cumplido, pues ya sabes que tu esposa te oye como á un oráculo y te obedece como á un Dios.

»Todo anda, á pesar de estas perturbaciones, en órden. La cosecha promete ser buena. El rio comienza ya sus avenidas y sus inundaciones. Dicen que la presente estacion es aquí muy mal sana, y yo me encuentro bien, bien, bien. Tus plantas más cuidadas que mis joyas. Hay un mar de flores. Son el encanto y el recreo de mi

vida. Tus colecciones de animalejos, lo mismo los vivos que los disecados, perfectamente. El niño cada dia más hermoso y más bueno. Yo me paso las horas muertas contemplando aquellos ojos, donde se encierra todo un cielo. Por las noches le hago balbucear en mi lengua, en la lengua de mis abuelos, esta oracion primitiva, pero que tiene para mí un perfume de santidad indecible:

Con Dios me acuesto,
Con Dios me levanto,
La Vírgen María
Y el Espíritu Santo.

»Luégo reza una Salve por sus padres. La Vírgen María nos lo conserve con salud, nos lo crie con robustez, nos lo prospere en virtudes y en honor. Es la única aspiracion de tu amante esposa,

CAROLINA.»

CAPÍTULO XXII.

REFLEXIONES.

Cerró Carolina su carta para el correo del dia siguiente, la guardó en su joyero, y se fué á acostar; pero no pudo, no, dormir. Su situacion era verdaderamente trágica. De un convento de la América del Sur habia pasado á una ciudad de la América del Norte. Apénas habia vivido en la ciudad, cuando sus padres, sin contar con su corazon apénas, sin temor á contrariar la naturaleza, casáronla con un viejo. Desde la capilla donde se verificó su matrimonio pasó á la quinta donde se albergaba su existencia. Allí tenía todos los refinamientos del lujo; pero no tenía más que dos distracciones: la contempla-

cion de sus inmensos jardines, la contemplacion de la naturaleza, y la lectura de cuantos libros se publicaban en las cuatro lenguas que poseia admirablemente: en español, en frances, en inglés y en italiano. Estas lecturas eran única distraccion para ella, que no tenía ni amigos, ni amigas, ni sociedad de ninguna clase. Si Carolina se hubiera casado con un jóven de su predileccion, perdidamente enamorada, todavía en la prolongacion de esta soledad habria sus peligros. Habiéndose casado obediente y resignada, sin comprender la inmensidad de su sacrificio, sin adivinar los dolores de su porvenir, aquella situacion era por todo extremo intolerable. En tal estado, un hombre extraordinario se aparece á sus ojos, extraordinario por la hermosura física, extraordinario por la educacion y por la inteligencia, reuniendo en sí á la belleza del blanco la fuerza del negro, y á la cultura del europeo la energía del salvaje. La virtud debe fundarse en la naturaleza. Contrariarla y luégo pedirla virtud, es problema de re-

solucion muy difícil. Carolina habia comenzado por desoir y desdeñar aquel hombre, y habia concluido por tener hácia aquel hombre un vivísimo interes, en que se negaba ella misma á reconocer el amor. Su conciencia y su voluntad mantenian con gran brío el combate con el corazon, y conjuraban aquella pasion naciente. El mundo la hubiera auxiliado si ella viviera en el mundo. La idea de que la sociedad no supiera, no sospechára siquiera que allá en lo íntimo de su sér habia pasion por un mulato, la auxiliára, la sostuviera en su terrible guerra. Pero allí, en la soledad, sólo se alimentaba su alma de aquellos libros de Byron, de Chateaubriand, de Espronceda, de Hugo Fiscolo, de Bernardino de Saint Pierre, que eran como la exaltacion de la naturaleza y del amor. Algunas veces entornaba los ojos á la realidad, y en magnética soñolencia creia verse con Antonio, como Chactas y Atala por las selvas de la Irlanda, como Pablo y Virginia por los valles de la isla de Francia. Todo eran asechanzas contra

la virtud de aquella mujer, que sólo tenía para defenderse de sus enemigos interiores y exteriores su propia conciencia. Así es que la mejor de las resoluciones le pareció : 1.°, llamar á su lado el marido amante ; 2.°, ahuyentar de su lado al esclavo peligroso. Hasta aquel momento Carolina luchaba con valor y hasta con éxito. Así es que no habia podido dormir en la noche anterior al envío de la carta, en la noche posterior al terrible sueño magnético. Vistióse muy temprano, arreglóse á la ligera, salió al jardin, y encontró arreglando las flores y haciendo los consabidos ramilletes al fiel esclavo.

CAPÍTULO XXIII.

UN POCO DE POLÍTICA.

—Buenos dias, Antonio.

—Buenos dias dé Dios á la señora.

—¿Ha ocurrido algo esta noche?

—Nada.

—Me alegro.

—Yo más, porque veo renacer la calma en las gentes.

—Tanto mejor.

—Supongo que la señora habrá desistido de la idea de llamar al señor.

—Todo lo contrario.

—¿Lo llama la señora? preguntó Antonio con tristeza.

—Lo llamo.

—¿Por esa no-nada?

—¿No-nada, el escándalo, el terror, el infierno desatado entre nosotros?

—Mire la señora cómo todo se ha ido calmando.

—Pero no se ha calmado mi inquietud.

—Pues ayer la señora no pensó en mandar venir al señor.

—Lo he pensado esta noche.

—¿Esta noche? preguntó Antonio con asombro.

—Justamente.

—La noche más serena.

—No para mí, que apénas he dormido.

—Pues yo vi á la señora tranquilamente dormida en el cenador de los jazmines, á la luz de la luna.

—Me dormí, es verdad; pero soñé cosas horribles.

—¿Cosas horribles?

—Espantosas, aterradoras.

— Sería efecto de un poco de electricidad que hubiese en la atmósfera.

—Yo no sé decir qué sería. Sólo sé que me desperté del sofá con la cabeza pesadísima, y que me acosté luégo en la cama con el ánimo lacerado é inquieto.

—Pues el señor difícilmente podrá venir.

—¿Cómo lo sabes?

— Por los periódicos.

—¿Por qué periódicos?

—Por los periódicos de Washington recibidos esta mañana.

—¿Has leido algo relativo á Mr. Jura?

—Relativo á él no.

—Pues entónces.....

—Pero relativo á su fraccion en el Senado.

—Da lo mismo.

— Se prepara una batalla parlamentaria grande.

—¿Por qué causa?

—Hay dos asuntos.

—Algo de eso me decia.

—Extraño es, porque nunca le habla á la señora de política.

—Si no me lo decia claramente, me lo indicaba.

—Eso es otra cosa.

—Ya lo conoces, Antonio.

—Y los votos se buscan con empeño decidido, y se cuentan con los dedos.

—Pasa eso muchas veces.

—La enemiga entre el Sur y el Norte es suceso imposible.

—E inmenso el entusiasmo del Sur.

—La señora no lo comprende.

—No, porque yo soy partidaria del Norte. ¿Y tú?

—Yo no puedo decir á la señora lo que soy, porque aquí, como ese pavo real tiene en su cola cien ojos, cada rama de los árboles tiene cien oidos.

—Aquí estamos solos y puedes decirme tu opinion.

—Yo sólo puedo decirle á la señora que soy

partidario de que haya un solo esclavo, yo, y de que haya una sola posesora de este esclavo, vos, señora.

—¡Antonio! dijo Carolina casi montando en cólera. Como vuelvas á esos atrevimientos, te mando dar de latigazos.

—Perdóneme la señora, perdóneme por Dios. Figúrese que no he dicho nada. Por Dios, perdóneme la señora. Lo decia todo en el mejor sentido posible. ¿No me será permitido ser lo que soy, esclavo de mi señora?

—Esclavo de tu señor.

—Si la señora me lo permite, volverémos á hablar de las causas que impiden el regreso del amo.

—Habla.

—¿Eso interesa sobre todo á la señora?

—Eso.

—Pues una ley y un nombramiento favorables al Sur le retienen precisamente ahora en su puesto.

—¿Y no podria venir ni por un dia?

—No, porque en el intermedio del viaje podria votarse una y otra cosa, y podria perderse.

—Caso grave.

—Y si se perdiera por su ausencia, no podria vivir en la Luisiana.

—¿Lo crees así?

—Lo creo profundamente.

—¿Tan léjos llevan sus pasiones políticas?

—Tan léjos.....

—¿Tan exacerbadas están las pasiones?

—Como en ninguna parte de la tierra.

—Desgraciados pueblos en verdad.

—Tan desgraciados, que no hay quien no presienta aquí una tremenda catástrofe.

—¿Y qué le pasaria al señor si por su ausencia se perdiese la ley ó el nombramiento?

—La señora tiene demasiado talento para no comprenderlo.

—¿Alguna gran desgracia?

—No podria vivir, no ya en la Luisiana, en ningun estado del Sur.

—¿Verdaderamente?

—Los estados del Sur libran todo su porvenir en la conservacion de la esclavitud.

—¡Terrible desgracia!

—Y toman medidas en todas las épocas críticas para que esta cuestion no se suscite.

—La suscitará algun dia la Providencia.

—Pues bien; si el amo viniera, si por su culpa el predominio que hoy tiene el Sur sobre el Norte se perdiera, si el resultado de leyes importantes se malográra.....

—No podria vivir aquí.

—La señora lo ha dicho. No podria vivir aquí.

—¿Tan grandes cóleras se despertarian contra él?

—Horribles. Lo asesinarian en las calles.

—¡Dios mio, qué angustia!

—Ya ve la señora cuán dificil es la venida del amo.

—Sin embargo, yo insisto.

—La señora me permitirá decirle que no debe insistir.

—Yo no puedo estar ya más tiempo en esta peligrosa situacion

—¡Peligrosa! Pues ¿quién se atreveria á faltarle á la señora, que no muriese en el acto?

—¡Ah!

—¿A quién, á quién teme la señora?

—Antonio, me temo á mí misma.

—¿Qué, qué? ¿Qué ha dicho la señora?

El pecho de Antonio respiraba aquellas palabras con una alegría, con un placer inexplicables, como que aquellas palabras eran por sí solas una revelacion.

Las mejillas de Carolina tomaron el color de encendido carmin. Sus manos trémulas tendieron las cartas á Antonio, diciéndole con imperio que las llevára al correo. Y como si buscase algun asilo, empezó á llamar con amorosas voces á su hijo, que acudió desalado hácia sus brazos.

CAPÍTULO XXIV.

EL ESPOSO.

En efecto, Antonio estaba enterado de cuanto acontecia al caballero Jura. Imposible separarse ni por un dia de la capital política de la Union. Así es que la carta de Carolina le hirió profundamente. Sus amigos y compañeros notaban por aquel entónces en su carácter y en su conversacion señales de profundísima melancolía y de contínua inquietud. Experimentado conocedor del mundo, un tanto misántropo, desconfiadísimo, receloso; conociendo que su matrimonio con una mujer jóven y hermosa estaba rodeado de sirtes, temblando siempre por su tranquilidad y por su honra, las noticias de

la intranquilidad de su casa, de los aparecidos y de los duendes habian llegado hasta él, y no habian llegado por las cartas de Carolina. Hasta que recibió la ántes mencionada, nada le habia dicho su esposa de los terrores sembrados en su hacienda. Rico, pensó si sería una conjuracion contra sus arcas; esposo enamorado, concluyó por creer que era una asechanza á su honor. Carolina, á pesar de su retiro y de su alejamiento del mundo, no podia estar tan oculta que no llegase á todas partes la fama de su hermosura. Algunos calaveras de Nueva-Orleans, algunos de esos parásitos de la juventud dorada, acaso habian tramado alguna calaverada ruidosa. Así es que el pobre Jura no descansaba, no dormia, se iba quedando escuálido de puro ayuno, porque habia perdido las ganas de comer. El mismo silencio de Carolina aumentaba sus inquietudes y sus desgarradoras sospechas. ¿Cómo, enterándose toda la casa, ella no se ha enterado? ¿Cómo, diciéndoselo todo el mundo, ella nada le ha dicho? Este pensamien-

to era hiel en su pan, insomnio en sus noches, sombra de la triste existencia que arrastraba en Washington.

De pronto recibe la carta de Carolina. Su mujer le ruega, le insta para que corra á su lado. No puede. Los deberes imperiosos de la política le tienen amarrado á su silla de senador de la Luisiana. ¿Qué hacer? ¿Retendrá allí á Carolina? Pero si la rodean tantos peligros.....

La hará ir á Wasingthon, pero allí en un hotel, recibiendo por su alta posicion tantas gentes, rodeada de una sociedad elegante, era más fácil la asechanza, más terrible el tropiezo y la caida. No sabía qué hacer. La incertidumbre lo mataba.

Leyó y releyó la carta. Y entónces su instinto le llevó como de la mano á reconocer dónde realmente se ocultaba el mayor peligro. ¡Qué interes tan grande, el interes de Carolina por Antonio! Mas no le inquietaba esto. No era capaz de concebir, de imaginar ni por un momento que se enamorase su esposa de un sér tan in-

ferior á ella; de un mulato. En sus aristocráticas ideas, en su desprecio por las razas inferiores, por las razas malditas, Antonio era como un animal, tan alejado, si no por su organismo, por su condicion social, de la verdadera naturaleza humana, como cualquier orangutan, como cualquier individuo de la de los monos.

Tales ideas tenía de la naturaleza humana, que, á creer á su esposa capaz, no ya de amar á Antonio, sino de mirarle con algun interes, con alguna consideracion, sería capaz de rematarla como á una perra hidrófoba, cuando la amaba como á una diosa inmortal. Pero si no inferia á su mujer tal agravio, cavilando, cavilando, pensaba que aquel maldito de Antonio podia llegar á enamorarse de ella, y á mancharla, si no con el aliento, que jamas llegaria hasta su atmósfera, con la idea, con la imaginacion, con el deseo.

Y luégo de caer en la cuenta de que esto podia suceder, se exaltaba hasta el enfurecimiento. Una de las manías capitales de este hombre era el estudio de la Historia natural. Tenía

la idea de que el hombre no pasaba de ser un animal como los demas animales, con los mismos instintos, sólo que algo más perfeccionado por el estudio y por la educacion. Y este hombre, que reconocia, no ya el parentesco, la identidad de la especie humana con las demas especies zoológicas, que sólo en grados de organismo y en matices de instinto se diferencian en su sentir, luégo proclamaba, como un Brahaman asiático, la inferioridad física, intelectual, moral, social del esclavo respecto á su amo.

Y llevado de estas ideas, no pensaba, no sentia si Carolina sería capaz de enamorarse de Antonio; tal idea no entraba en su pensamiento. Pero sí reconocia, en cambio, que Antonio pudiera enamorarse de Carolina. Pasóse la mano por la frente cuando la idea le sobrevino, y un sudor copioso la inundaba, y una congoja infinita inundaba su pecho y su garganta. ¡Y será capaz de cualquier atentado horrible! decia. Estos malditos mulatos son como monos, de

sensuales y de voluptuosos. Es necesario separarlo de allí. Todo me induce á creer que piensa algo; que medita algo; que se confabula para algo con los suyos. Esas rondas contínuas, ese valor heroico, ese cuidado extremo, ese afan por su ama, todo eso revela claramente cuáles son sus ideas, cuáles son sus tentaciones. ¡Loco de mí! ¿Cómo no se me ocurrió esto? ¡Quién lo habia de pensar! ¡Quién habia de creer que una criatura inferior osase penetrar en el cielo, en un cielo donde para él no puede haber ni áun atmósfera! ¡Oh! Es necesario tomar una resolucion suprema, pensaba Mr. Jura, y esta resolucion ha de ser tan suprema como haya podido ser infame su intento, y tan radical como lo grave del daño y lo urgente del remedio. ¿Qué haré?—Y Jura meditó un instante como buscando una solucion radical y extrema. ¡Ah! Ya caigo, dijo despues de algunos minutos; ya caigo. La resolucion será decisiva. Voy ahora mismo á dar las órdenes.

CAPÍTULO XXV.

LA CARTA DEL ESPOSO.

Carolina mia:

«Recibo tu carta, y con ella recibo golpe de muerte. Llamarme tú, no ir yo; mediar entre nosotros dos este espacio, y padecer tú sin que corra á auxiliarte; sucede, y no lo creo: tan opuesto á los impulsos de mi corazon, á los mandatos de mi voluntad, á las voces de mi conciencia. Pues imagínate que me dijeras por telégrafo ahora mismo: ha muerto nuestro hijo, yo estoy espirando; necesito verte y bendecirte ántes de morir, vén pronto; no iria, no, en estos supremos instantes; no iria aunque me costase la vida. Deberes tenemos con la familia,

deberes estrechos, para mí dulcísimos, que os amo tanto; pero no pueden tener el imperio de los deberes sociales, á cuyo cumplimiento se libra la suerte de tantas familias en lo presente, la suerte de tantas generaciones en lo venidero, la salud de la patria. Nuestra sociedad está fundada en la esclavitud, en esa su piedra angular. Miéntras el esclavo subsista, subsistirá con el esclavo nuestra prosperidad interior, y subsistirá el lazo de union de un Estado con otros Estados, componiendo esta maravilla de los Estados-Unidos. El dia que se acabase la esclavitud, con la esclavitud se acabaria la patria. Y hay aquí, en el Norte, gentes plebeyas, demagógicas, incapaces de comprender la justicia; deseosas de arruinarnos y perdernos; que predican á una, con verdadera insolencia, la abolicion de la esclavitud. Es necesario evitar á toda costa su ascension al poder, que sería comienzo de la guerra mayor de todos los siglos y del rompimiento definitivo entre las dos porciones de la Union. Los tenemos vencidos, no se levantarán, no; se en-

cuentran bajo nuestras plantas; pero es á precio de una incesante vigilancia, que no se deje sorprender ni un minuto. Ejerciendo esa vigilancia estoy ahora, salvando nuestra sociedad de asechanzas malditas, reduciendo nuestros enemigos á sus libros, á sus periódicos, que jamas atravesáran las fronteras de nuestros feraces y prósperos Estados. Déjame, pues, cumplir con un deber que me han impuesto mis padres, y en cuyo ejercicio se halla vinculada tambien la fortuna de nuestros hijos.

»Veo los extraños sucesos que ahí ocurren, y me admiro de ellos. He escrito al Gobernador del Estado para que preste mano fuerte á nuestro administrador, á fin de perseguirlos, ó precaverlos, ó castigarlos. Comprendo el estupor de los pobres negros y su creencia en el advenimiento de seres sobrenaturales. Tanto mejor. Conviene tenerlos en esa saludable ignorancia. No saben los infelices cuánto perderian si, despertándose del sueño de la materia bruta, aspirasen á su libertad, y recibiesen á cambio

de ella nuestros dias de zozobra, nuestros sueños de inquietud, nuestros dolores sin motivo, nuestros deseos sin objeto, el desnivel entre los medios y los fines de la civilizacion presente, los males todos de esta edad funestísima. Conviene mantenerlos en el paraíso de su ignorancia. Pero nosotros, que hemos gustado la manzana de la filosofía, nosotros sabemos que ni los diablos tienen licencia para venir á la tierra, ni los muertos dejan entre nosotros más alma que sus dispersos átomos. Y de aquí deducimos que los muertos son ladrones de nuestro honor, ó ladrones de nuestro dinero. Necesitamos descubrirlos. El gobernador guardará todas las grandes avenidas de la quinta con esmero; celará sus alrededores con cuidado, impidiendo por medio de su policía que ni vivos ni muertos se acerquen á nuestra casa. Y cuando haya hecho esto, si los muertos reaparecen, será señal de que están dentro de nuestra misma hacienda, y entónces será preciso cogerlos y mandarlos de nuevo á la eternidad. No temas, pues, no temas;

que yo desde aquí velo por tí, Carolina mia, en todo cuanto lo permite la distancia; por tí, felicidad de toda mi existencia, amor de mis amores.

»Una cosa hay en tu carta que verdaderamente me desasosiega, y faltaria por completo á mi deber y á tu cariño si no te la dijese : el excesivo interes que tomas por un esclavo, por Antonio. Es impropio de almas nobles como las nuestras, de caractéres patricios por la cuna y por la raza, consagrar epístolas enteras, que debian tener mejor empleo, á las necesidades y á los intereses de un esclavo. Tú ya sabes que mi manía es el estudio fisiológico de las especies y de las razas. Pues bien ; una de las cualidades que más me gustan de esta raza sajona, á la cual ni yo, puro frances, ni tú, pura española, pertenecemos, es el profundo menosprecio por las razas inferiores. No temas, no, que ninguno de ellos se compadezca del indio. Solamente se relacionan con él por medio de la persecucion y del exterminio. Pues deja tú, mirando este ejemplo, los instintos democráticos, por no

decir plebeyos, de nuestra raza, defecto verdaderamente horrible, y piensa en que á tu orgullo no cuadra, ni á tu cuna, ni á tu posicion social, ese cuidado por un mulato, por un descendiente de los negros.

»Yo estoy al cabo de los estudios modernos sobre el orígen de las especies. Yo no admito la identidad de la raza blanca con la raza negra, ni con la raza intermedia á que pertenecen los mulatos. Yo creo que somos los blancos, no una variedad de la especie humana, no una raza, sino un género aparte, en el cual no debe entrar el resto, que llamamos, por un abuso de lenguaje y por un hábito inveterado, género humano. Para mí hay tanta diferencia del blanco al negro como del negro al orangutan ó al mono, quizá más diferencia. Por eso les tengo un desprecio tan profundo, por eso les considero destinados perpetuamente á servir, á ser, ó salvajes en Africa, ó esclavos en nuestro clima; jamas nuestros iguales, ni siquiera nuestros semejantes. De las páginas del Evangelio se deduce, contra el sen-

tir de los utopistas modernos, que siempre habrá pobres entre nosotros, y de las páginas de la *Biblia* se deduce que siempre habrá esclavos. Y esta pobreza, esta esclavitud, no se hallan fundadas en desigualdades sociales: se hallan fundadas en algo más alto, en irremediables desigualdades naturales. No creo en la unidad fundamental de nuestra especie. Es una idea mística completamente contrariada por la ciencia; es una ilusion caritativa completamente desvanecida por los hechos; es el producto de cerebros perturbados por los vapores que se levantan de corazones enfermos. No creo, no, en la unidad fundamental de la especie humana.

»Tenemos analogías con ellos. ¿Pues no las hemos de tener? Como tenemos analogías con los monos. ¿Pues no las hemos de tener? Como que descendemos de mamíferos velludos, que se han ido perfeccionando por ese instinto natural á enlazarse, á unirse con seres superiores en el amor universal. Nosotros descendemos del cuadrumano, como el cuadrumano desciende del

marsupial, como el marsupial desciende del anfibio, como el anfibio desciende del pez, como los vertebrados descienden de seres acuáticos, en los cuales se encontraba como un gérmen el corazon y el cerebro, que en nosotros se encuentran completamente perfeccionados. Pero así como el reconocimiento de mi parentesco estrecho con mamíferos, con reptiles, con peces, no importa nada para que me coma mi hermano el buey, mi primo el cerdo, mi tatarabuela venerable la merluza, mi estrecha relacion fisiológica con el negro no obsta para que yo me aprôveche del negro y lo someta á servirme de instrumento, ni más ni ménos que me sirven carneros, pavos, bueyes, lechones, todos mis próximos parientes en la naturaleza, de nutritivo alimento. A esto nos hallamos condenados en el planeta, á la guerra de cada especie contra todas, por el vellocino de oro de la vida.

»El mulato es, entre el negro y el blanco, lo que es el mono entre los mamíferos y el hombre, lo que es el marsupial entre el reptil y el

mamífero, lo que es el anfibio entre el reptil y el pez, lo que es la ascidia entre los vertebrados y los invertebrados, el anillo de enlace de las especies, el término conjuntivo de las razas. Pero delante del negro, como delante del mulato, yo tengo el mismo orgullo aristocrático que delante del mamífero, del marsupial, del reptil, del invertebrado, que todos tienen algun estrecho parentesco por su organismo con mi organismo, y por su vida con mi vida. Yo, sin embargo, habia destinado nuestro mulato, por su fuerza, por su energía, por su virilidad, por su hermosura, á lo que se destinan los caballos en las yeguadas, á mejorar la especie negra y á producir hermosos tipos, que fueran otros tantos seres progresivos. Pero el mulato se ha dado á la poesía, al arte, á la ciencia, á la botánica, á todo cuanto es enervante y contrario á la generacion.

» Y no puedes imaginar lo que ese muchacho me ha costado de penas, de trabajos, de desvelos, para trasportarlo desde su ingenio de la Ha-

bana hasta nuestra hacienda de Nueva-Orleans. Yo hice nuestra inmensa fortuna, esta fortuna colosal, cuya parte mínima está en América, cuya parte mayor está en el banco de Lóndres, yo la hice en el peligrosísimo comercio de carne humana. Ya sabes lo que es el mundo: fomenta el comercio de carne de vaca, y prohibe el comercio de carne de negro. Habia yo desembarcado una negrada en las costas de la isla, habia recibido por ella un subido precio, y luégo habia ganado á un amigo todos los esclavos de su ingenio. Entre esos esclavos hallábase el mulato. No quise volverlo á vender en la Habana, porque era una alhaja; no quise trasportarlo en ningun buque regular ni bajo ninguna bandera reconocida, porque hubiera recobrado su libertad y perdido su valor. En el buque de la trata embaulé á todos los negros, y me dí á la peligrosísima aventura de traerlos á la Luisiana como género de contrabando, á pesar de los cruceros de Inglaterra y de las aduanas del Norte. Y mis negros con su mulato entraron en la ha-

cienda donde vivimos, y forman la parte esencial de nuestros útiles de trabajo.

»Ahora bien, yo te pregunto con verdadera insistencia: ¿crees que puedo desprenderme así, emancipándolo, sin ninguna compensacion, de semejante alhaja? Contéstame con la mano puesta sobre el corazon. Eso es un despilfarro, y de los despilfarros debe huirse como de la enfermedad, como de la muerte, pues por el agujero más pequeño que abras á tu fortuna se va toda entera con una celeridad increible. Yo convengo contigo en que no podemos ni debemos retener á Antonio por más tiempo á nuestro lado. Es pura y simplemente imposible. Advierto en él, y todo cuanto me dices lo justifica, síntomas de extravío mental. La educacion cultísima que por su desgracia ha recibido, y el estado infeliz en que se encuentra, tienen como desmontado y perdido su cerebro.

»Ya hace tiempo que lo noto, y lo hubiera despedido á no ser por lo mucho que entretiene y distrae á nuestro Ricardito. Pero ahí no pue-

de continuar. Y fuera de ahí, en otra hacienda que nosotros no habitemos, es inútil, completamente inútil. Antonio, á pesar de su mérito, de su ilustracion, de sus conocimientos, no pasa de un buen esclavo doméstico, cual tú recuerdas perfectamente; un esclavo de orígen griego en la ciudad de Roma. En otra hacienda, donde para nada servirian sus dotes de esclavo doméstico, romperíase contra la rudeza del trabajo manual, romperíase completamente su culta naturaleza. Por consiguiente, para salir nosotros de Antonio, y sacar á Antonio de nuestra casa, no queda más que un remedio : venderlo. Te he escrito hoy, más que una carta, un libro. Necesito hablar contigo, ya que no puedo verte. Necesito decirte cuáles son los sentimientos que atraviesan por mi pecho, y cuáles las ideas que atraviesan por mi cerebro. Necesito estar á tu lado con mi recuerdo, ya que no puedo estar materialmente á tu lado con mi presencia. Necesito en estas largas cartas consagrarte todo el tiempo que me dejan libre mis graves ocupaciones

políticas. Así es que tengo la mesa llena de cartas, de papeles, de cuentas, de consultas, de facturas, de libros, de artículos, de folletos, y todo lo desprecio, todo lo olvido, todo lo dejo aparte para consagrarme exclusivamente á pensar en tí, á hablar contigo, á escribirte estas cartas largas, débil muestra del inmenso, del infinito, del sobrenatural amor que me inspiras, y que, léjos de disminuirse, crece y crece con el tiempo.

»Por eso hoy no quiero escribir á nadie más. Sería profanar el recuerdo que me deja una larga conversacion con mi idolatrada Carolina. Y como no le quiero escribir á nadie más, no le escribo al Administrador de la finca. Dale las órdenes para que venda á Antonio. Dile que ponga un pomposo anuncio. Dile que lo mida á conciencia y ponga los piés y pulgadas que tiene de estatura. Dile que encarezca la belleza de escultura de sus formas, la inteligencia de sus ojos, la robustez de su cuerpo, la feliz edad y la perfecta salud. Dile que cuente sus bellas cualidades

para acompañar á una señora, para entretener á un niño, para servir á una familia. Dile que no se olvide, no, de sus conocimientos en lenguas y en literatura, cosa que parecerá extraño, y que, sin embargo, es conveniente. Y para que veas tú hasta qué extremo valdrá nuestro siervo, dile al administrador que te entregue, en cuanto lo reciba, su importe, y cómprate en memoria mia, en memoria del amor que te profesa tu esposo, una buena alhaja. ¡Cuánto me acuerdo de Ricardo! ¡Qué deseos tengo de volverlo á ver! ¡Hijo mio, hijo mio! tu padre te idolatra, te idolatra como á tu hermosa madre! No quisiera separarme ni un momento de vosotros. Prolongo la carta para prolongar la vida con el pensamiento á vuestro lado. ¡Cuán inoportuno es todo aquello que me rodea! El nido de mi corazon está á la sombra querida de esos árboles. Adios, adios; te bendice, te besa tu

ESPOSO.»

CAPÍTULO XVI.

AMOR Ó AMISTAD.

El efecto que esta carta produjera en el corazon de Carolina, no es para dicho. En primer lugar, estaba sembrada, como las conversaciones de Jura, toda ella, desde el principio al fin, con esas ideas repugnantes á toda, conciencia, contrarias á humanos afectos, adquiridas por una educacion viciosísima, por un comercio infame, por una vida tormentosa. El corazon generosísimo de la jóven se sublevaba contra este menosprecio de semejantes suyos, que creia ella hijos de Dios, hermanos por la naturaleza, llamados á ser inmortales en otro mundo mejor, como los demas cristianos, segun la gracia divi-

na y las propias obras. Toda su educacion, todas sus costumbres, todas sus ideas, todos sus hábitos diferian esencialmente del carácter moral de su esposo, á quien habia querido fraternalmente, más por una imposicion del deber y por un consejo de la conciencia, que por un arranque del alma y por un impulso del corazon. Cuando los afectos no unen, que es el gran lazo del matrimonio, unen la mutua estimacion y la afinidad de ideas. ¿Qué iba á ser de aquellos dos esposos, si por revelaciones contenidas en esta carta, como la revelacion de la trata, á la cual debiera Jura su fortuna, Carolina perdia hácia su esposo toda estima, y por las perversas ideas esclavistas, todo respeto? Absorta leia el triste papel, y lo releia, sin poder salir de su asombro y de su terror. Casi nunca Jura la hablaba de política. Mucho ménos le escribia de esta árida materia. Se necesitaba la narracion de sucesos tan extrardinarios, la demanda de reposo, la angustia de Carolina, para que se decidiese á romper su reserva. Nunca la hubiera roto. Ca-

rolina veia que su esposo la superaba en edad; veia que debiera estar unida á él por respeto más que por cariño, como hija más que como mujer; pero el honor de que le consideraba revestido, las virtudes que le atribuia, el amor ardiente de que le era deudora, reteníanla en el cumplimiento de su deber, y ya que no correspondiera con amor, correspondia con fidelidad á la ternura de su esposo, y velando por sí, por su virtud propia, velaba tambien por la honra de Jura. ¿Por qué habia venido esta carta, esta triste carta á hacer más difícil su deber, más penoso su matrimonio, más despreciable á sus ojos el padre de su hijo. Ya no le quedaban en el mundo más que dos fortalezas contra las asechanzas del mal. Era la una su propia conciencia, que le recordaba el deber imperioso de mantener su alma limpia de todo mal pensamiento, y su cuerpo limpio tambien de toda sombra de toda mancha. Era el otro, fuerte tambien, el porvenir, el nombre, la educacion, el honor, la suerte de

aquel ángel, que aliviaba todas sus penas, de su hijo.

Pero sin que Carolina se hubiese dado cuenta de ello, crecia su afecto por Antonio, y se acercaba á tomar el carácter de una verdadera pasion, en la misma proporcion que decrecia y se amenguaba su cariño por el caballero Jura. La turaraleza no reconoce esas distinciones aristocráticas tan arraigadas por las costumbres ó por la educacion social en ciertos corazones. La naturaleza es imperiosa, avasalladora, absoluta. Una jóven, hermosa, inteligente, apasionada, se encontraba sola bajo el mismo techo que un jóven hermoso, apasionado, inteligente. Aunque entre ellos se levantára un muro más alto, ¿qué altura no salva el amor? Aunque el abismo fuese más grande, más hondo, ¿sobre qué profundidad no se sostiene con sus potentes alas el amor? Adémas, Antonio se habia convencido de que la obra de atraerse á Carolina no era obra de arranques violentos, ni de palabras audaces, sino obra de reflexion, de paciencia, de tiempo. Si

los dos jóvenes se encontráran libres é iguales, ya hubieran corrido á abrazarse y á perderse en las delicias del amor. Pero un esclavo tenía que ganar primero el corazon de una patricia, y despues de ganar el corazon, la conciencia, que le acusaba diciéndole perpetuamente cómo pertenecia en cuerpo y alma, por su matrimonio bendecido con el nacimiento de un hijo, á otro hombre. Así es que trató, con un gran conocimiento de la naturaleza humana, trató Antonio de herir ménos la conciencia de Carolina, y cautivar más su corazon, diciéndoselo todo con los ojos, y nada con los labios; redoblando cuidados y atenciones; ya con largas horas consagradas á la distraccion del niño, ya con lectura de versos, ya con ramilletes de flores, ya con serenatas, ya con noticias de libros amenos y regalos de aves raras, Antonio interesaba el corazon de Carolina, hasta el punto de que el trato contínuo con el esclavo, su único amigo, su único solaz su única distraccion, hubiera venido á ser una necesidad de su alma.

¡Y súbitamente la privan de su esclavo! ¡Y súbitamemte la condenan á una separacion! ¡Y súbitamente la revelan, con la amenaza de esta separacion, toda la necesidad que su alma tenía del auxilio, del apoyo, de aquel hombre! ¡Y súbitamente vienen todas estas revelaciones, que la enternecen, que la afligen, que la interesan por Antonio, á mezclarse con las revelaciones que le hacen odioso, y si no odioso, despreciable, su propio marido. La tragedia espantosa que se habia tejido en aquel corazon apenado, llegaba á sus trances supremos, á sus situaciones más difíciles. ¿Cómo lucharia, ni cómo venceria contra este horrible torbellino de males? ¿Qué defensa tenía su frágil corazon? Deseaba Carolina morir. ¡La muerte! la muerte era para ella el único natural desenlace á esta horrorosa tragedia. Ni siquiera la incitaban á vivir los ojos, las miradas, las sonrisas, las gracias, los encantos de su hijo, que á medida que crecia en dias, crecia en bondades y en hermosura.

Pero lo que más la desesperaba de todo cuan-

to sucedia era la órden estúpida de vender á Antonio. No dudaba, no, Carolina, de la necesidad de alejarlo. Ella la conocia, ella la demandaba con verdadero imperio, ella exigia esta separacion inmediata; pero venderlo como se vende una bestia, arrancarlo súbitamente de una casa donde no se arrancaba ni un árbol; exponerlo á la codicia pública, y cotizarlo como la más vil de las mercancías; premulgar por pregon y anuncio público sus prendas, sus cualidades, sus ventajas naturales, á guisa de caballo; conducirlo al mercado como se conduce á las bestias, y allí entregarlo, no al mejor, sino al más espléndido de todos los compradores, era, para Carolina, una serie de pecados contra Dios, de crímenes contra la sociedad, que no podia resignarse á ellos su voluntad, ni ménos su conciencia. Por una reaccion natural, miéntras sólo experimentaba hácia Jura desvío, sólo experimentaba hácia Antonio compasion. Y todo efecto muy exaltado, todo efecto muy perseverante de una mujer hácia un hom-

bre, concluye por resolverse en amor. Lo cierto es que entónces Carolina hubiera hecho los mayores sacrificios para impedir aquel atentado al hombre que tanto la amaba. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo salir de esta angustiosa situacion? Carolina conocia el carácter inflexible de Jura. Bastaba que una idea se hubiera posesionado de su cerebro para que no abandanára ni un momento esa idea. Y al mismo tiempo Antonio, naturaleza ardiente, apasionada, entusiasta, llena de tempestades como el trópico, debia exaltarse quizá hasta el crímen. Despues de estas reflexiones, otras reflexiones se agolparon á la mente de aquella desgraciada mujer. Quizá habia dudado de ella su marido. Quizá habia imaginado que era capaz de faltarle. Quizá expulsaba á Antonio de la hacienda, lo vendia en pública subasta por culpa de ella, por culpa del mismo interes tomado por el mulato. Puede decirse que aquel dolor era él primer gran dolor moral sentido por Carolina. Puede decirse que aquel momento era el momento más terrible

y más trágico de su existencia. Las lágrimas cayeron á torrentes de sus ojos, y surcaron sus mejillas hasta dejar tintas rojizas sobre una palidez cadavérica. Quiso sobreponerse á la fuerza del dolor, y apénas pudo; pero llamó con fuerza al timbre, y apareció Antonio.

—¿Qué manda la señora?

—Antonio.....

La voz se anudó en la garganta de Carolina.

—¿La señora está mala?

—No, no tengo nada.

—¿Parece que haya llorado?

—No, no.

—¿Perdóneme la señora; pero lo jurára.

—Me he conmovido un poco.

—¿De qué?

—De una carta de Washingthon.

—¿El señor no viene?

—No.

—Ya lo habia dicho; pero puede venir.

—Imposible.

—¿Y por eso la señora se aflige?

—Aquí tan sola.....

Y un sollozo se escapó de su pecho. Antonio se conmovió tan profundamente, que estuvo á punto de echarse á llorar.

—Sola. Ya se ve. En vano me apuro por distraer á la señora. Los esclavos no acompañamos ni siquiera como acompaña un perro. Los esclavos, aunque seamos quinientos como en esta hacienda, tenemos el triste privilegio de no ser personas.

El pobre Antonio no podia imaginar que la soledad llorada por Carolina era la soledad en que él iba á dejarla.

—Antonio, díjole su ama reprimiéndose, dile al administrador que venga, y vuelve con Ricardo al jardin.

A los pocos minutos se presentó el administrador, y se retiró Antonio.

—¿Ha tenido V. carta del señor? le preguntó Carolina.

—No he tenido, y me extraña.

—Ya me dice que no le escribiria á V. hoy.

—En efecto, no me ha escrito.

—Como á veces suele arrepentirse de sus propósitos.....

—Es verdad, y diciéndole á V. que no va á escribirme á mí, me escribe hasta dos y tres cartas.

—Hoy ha cumplido su propósito.

—Cuando yo vi que escribia á V. una carta tan abultada, dije para mí: Pues hoy no tengo carta yo.

—¿Le ha dicho á V. algo de la venta de esclavos?

—No me ha dicho nada.

—Creí.....

—La venta de esclavos sería hoy una locura. Desde que la trata se reprime con tanto furor, los esclavos han subido verdaderamente de precio; y no conviene vender cuando, si tenemos las haciendas bien dotadas, tambien tenemos los estrictamente necesarios, los estrictamente indispensables para las haciendas y para nuestra cosecha de algodon.

—Mr. Jura ha sido siempre muy opuesto á la venta de esclavos.

—Siempre. Como que ningun propietariolos tiene mejores, ni de campo, ni de hogar.

—Antonio, por ejemplo, dijo Carolina.

—Antonio no tiene precio.

—Es el mejor esclavo de la contornada.

—No se encuentra otro.

—Ni tan inteligente ni tan fiel.

—Si viera V. cuántas veces le han prometido á Mr. Jura por él montes y morenas.

—¿Y no ha querido venderlo?

—No señora.

—Como que es su brazo derecho.

—Nadie sabe tanta botánica como él. Nadie es mejor naturalista.

—Nadie cuidaria como él de los jardines.

—Nadie.

—Ni del vino.

—Es verdad.

—Ni tendria más celo y cuidado por la casa.

—¿Mas por ventura ha pensado el señor en vender á Antonio?

Carolina se estremeció.

—Eso iba á preguntar á V., si habia recibido alguna carta en este sentido.

. . . .

. . . .

—No he recibido nada.

—Basta.

—Ni creo que Mr. Jura piense en tamaña insensatez.

—¿Y cree V. que sería fácil moverle á la emancipacion de algunos siervos?

—Muy difícil.

—¿Por qué?

—Por la misma razon que no vende.

—¿Por el mero lucro?

—Por eso.

—Maldito interes.

—Las señoras creen que todas las fuentes de riqueza que no manan del puro sentimiento son venenosas.

—A lo ménos debian cegarse.

—No debe pensar V. en la emancipacion de los siervos.

—Yo no digo, ni se me pasa por la mente, que emancipe á todos.

—Pues ni siquiera algunos, señora.

—¿Hasta tal extremo se lleva el rigor?

—No, la necesidad.

—¿Y en qué puede perturbar á una fortuna tan considerable la renta de algunos humildes siervos?

—Las grandes fortunas se conservan por los mismos medios con que se han adquirido.

—¿Por mezquindades?

—No, por economía, por arreglos, por prevision.

—Pues un favor tengo que pedir á V.

—¿Un favor?

—Sí, un favor.

—La señora no pide, la señora manda.

—Nosotras no mandamos nunca. Casi, casi,

como la mujer romana, estamos condenadas á perpétua tutela.

—Permítame V. decirle que las señoras son mejores para administrar nuestros corazones que para dirigir nuestras haciendas.

—Tiene V. razon. Yo de mí sé decir que pronto arruinaria estas haciendas.

—¿Por qué?

—Porque pronto, muy pronto emanciparia todos sus siervos.

—Error grande para los intereses de V., y grande para los intereses de ellos.

—Para los mios convengo, para los suyos niego.

—Sí, porque los esclavos emancipados en masa son inhábiles para el trabajo, inclinados á la vagancia, capaces de todos los crímenes, incapaces de autoridad y de disciplina social.

—Siempre oigo las mismas razones en contra de la abolicion de la servidumbre, y siempre las veo desmentidas por la misma experiencia.

—Estás regiones arderian, y más valiera ver

pasar sobre ellas el fuego del cielo que el decreto de abolicion.

—¿Y creeis que no vendrá?

—Jamas.

—Pues yo, poseedora de tantos esclavos, creo lo contrario.

—No lo diga V. á nadie en Nueva-Orleans.

—A nadie veo.

—Si lo oyeran se perderia V. y perderia á su esposo.

—Yo soy de naciones donde la esclavitud ha sido completamente abolida.

—Pues aquí la esclavitud es más que una creencia social, es una religion.

—Una religion? Comprendo que lo sea todo ménos una religion, á no ser por una de esas extravagancias, semejantes á las referidas de Rusia, donde diz que hay sectas adoradoras del diablo.

—Usted comprende que el hombre pide al cielo una sancion divina para sus ideas.

—La pedirá para sus ideas, y la encontrará

si son justas. No la encontrará jamas para sus intereses, sobre todo cuando sus intereses son contrarios á la moral, á la religion, al derecho.

—Pero mantener aquí la esclavitud es mantener la familia, mantener la propiedad, mantener el Estado. Por consecuencia, mantener aquí la esclavitud es mantener la religion.

—¡Nombre sacratísimo, profanado por las pasiones humanas para sus fines bastardos!

—La *Biblia* admite la esclavitud, la reglamenta, la santifica.

—Yo creo que en la parte puramente humana de sus libros, en aquella que se refieren al órden de una sociedad sujeta á ciertas limitaciones históricas.

—Toda ella es de revelacion divina.

—Pero el espíritu de la *Biblia* no es el espíritu del Evangelio. El Dios del Sinaí ha sido aplacado por el Dios del Calvario.

—Que vino á confirmar la ley.

—Que vino á destruirla en todo cuanto no estuviera conforme con su ardiente espíritu de

caridad. Por eso su Dios no nació entre los conquistadores, sino entre los conquistados; no vivió entre los opresores, sino entre los oprimidos; no predicó á los patricios de Roma, sino á las tribus del desierto; no fué hijo de Césares, sino hijo de jornalero; no empleó la espada, que anudaba cadenas, sino la palabra, que las rompia; no confirmó las castas artificiales de la sociedad, sino la igualdad inmortal de la naturaleza; no murió en el trono, sino en la cruz, en el patíbulo donde por espacio de tantos siglos habia corrido la sangre de innumerables siervos. La religion cristiana es una religion de verdadera igualdad. Desde el momento mismo en que la Vírgen Madre siente al Hijo del hombre en sus entrañas, prorumpe en cántico, que anuncia su venida para derribar á los soberbios y exaltar á los humildes. Y en nombre de esta religion de paz, en nombre de esta religion de humanidad, en nombre de esta religion de justicia, no se puede oprimir al esclavo sino desconociendo y falseando su inmortal espíritu.

—Pero yo tengo contra toda esa espléndida elocuencia de V. un argumento.

—¿Qué argumento? Veamos.

—Va V. á horrorizarse.

—Ningun sofisma me horroriza ni me extraña allí donde vive el sofisma de la esclàvitud.

—Cristo era blanco, y en toda su doctrina se refirió á los blancos.

—Pues tambien era asiático, ¿y por qué ha llegado su idea hasta el Asia? Pues tambien era judío, y ha salido su redencion de Judea. Pues tambien fué inmolado por Roma, y puso en Roma el centro de su Iglesia.

—Yo no puedo disputar con V., señora.

—¿Por qué no?

—Porque V. me vence.

—No, quien vence es el sentido moral á la educacion.

—Es la elocuencia robustecida por la lectura, al pobre cajero entregado por completo á su libro de cuentas.

—De todos modos, esto empezó por pediros un favor.

—Es verdad, y nos hemos alejado de nuestro objeto. Mande V. y obedeceré.

—Deseo que si recibe V. órden de vender algun esclavo, no lo venda sin contar ántes conmigo.

—Será V., no diré complacida, diré obedecida.

CAPÍTULO XXVII.

OTRA CARTA.

En su alojamiento de Washington leia el senador de la Luisiana con verdadera ansiedad la siguiente carta:

«Amado Jura: Te escribo profundamente conmovida. Nunca creí, nunca, que á un ruego mio vehemente contestáras con una negativa tuya descarnada y fria. Mi corazon es afectuoso, y mis afectos son claros, límpidos, porque nada tienen que ocultar, ni por nada pueden avergonzarse. Yo pertenezco á razas que tratan á sus criados como á individuos de la propia familia, y que sin consentirles jamas la familiaridad, y ménos el desacato, les consienten la con-



fianza y el cariño. Yo envidio mucho á esta raza anglo-sajona por su sentimiento de libertad, por su respeto á las leyes, por su energía; pero la arguye mi conciencia de raza orgullosa y aristocrática. En el seno de nuestra raza latina, lo mismo la de Europa que la de América, late ese principio de igualdad, quizá ménos liberal, pero más humano que todos los principios sajones. Y un criado es para nosotros, es entre nosotros un individuo de la familia, que comparte nuestras penas con nuestras alegrías, y que toma como suyos propios nuestros intereses.

»En la categoría de estos criados se ha puesto Antonio por su solicitud en cuidar á tu mujer y á tu hijo. No soy, no seré insensible á estas muestras de afecto. Se las agradecemos al perro que viene meneando la cola á lamer nuestras plantas, se las agradecemos al pájaro que pia en la jaula y bate sus alas al acercarnos, ¿y no habiamos de agradecérselas al hombre?»

Al llegar aquí, el respetable senador interrumpe su lectura y exclama:

—Imposible fijarles en la cabeza á estas criollas una teoría racional; imposible. ¿Pues no se empeñan fuertemente en que el negro y el mulato han de ser como los demas seres humanos? ¿De dónde, de dónde se habrán sacado tan extraña teoría? Así degeneran las razas. Así de estos sentimientos de compasion se cae en sentimientos de amor, y de estos sentimientos de amor provienen luégo razas malditas, mezcladas.....

Al decir esto, un sudor frio cubrió la frente de Jura. Pasóse la mano con precipitacion, como si quisiera alejar un pensamiento asesino, y dijo:

—¡Vaya! Soy verdaderamente caviloso. ¿Pues no ando tras ideas peligrosísimas? ¿Sería posible? ¿Mi mujer, la madre de mi hijo? ¡Ella, que tiene en sus venas la pura sangre española, perteneciente por los cuatro costados á la raza de los héroes, de los conquistadores, habria de faltarme hasta enamorarse de un mulato y mezclar su sangre con esa impura sangre! Estas son

cavilosidades mias, en que yo, yo me ofendo á mí mismo, ofendiéndola á ella, que es inmaculada en alma y en cuerpo, amante conmigo hasta convertir su amor en verdadero culto. No, no lo creo. Ahuyentemos estos fatales pensamientos. Pero esa idea de la igualdad humana es una idea perturbadora. Con ella sólo se consigue fomentar en los que están abajo deseos inquietos, perturbadores de toda sociedad y de todo gobierno.

Pero prosigamos en la lectura de la carta.

«Puedo decirte, debo decirte que ignoro lo que hubiera pasado por nosotros sin la presencia de Antonio en esta quinta. Tu empeño de sumirme siempre en la soledad es un empeño funesto, funestísimo. La vida necesita alguna expansion, el alma algun recreo: la amistad, el arte, las conversaciones. Aquí no tengo otra persona con quien departir un momento más que Antonio.»

—Persona, dijo Jura; y le llama persona, y lo escribe, y me lo escribe á mí. Esta Carolina

se ha vuelto loca. Un mulato, un hijo de negros, un esclavo, no es persona: es como los instrumentos de labranza, es cosa. Esta diferencia de educacion, estas contradicciones en las ideas, pueden traer mañana otras contradicciones en los sentimientos, en los afectos, en la vida. Esto de que mis principios no la hayan educado, de que mis intereses no la hayan atraido, de que mis ideas no la hayan cautivado, esto es horrible, horrible, horrible. De aquí puede provenir mañana algo más que una separacion de las almas. El marido y la mujer deben pensar lo mismo: que tras el divorcio de las almas puede venir el divorcio de los cuerpos.

«Tú sabes cuán esmerada es la educacion de nuestro esclavo. Tú sabes que la marca de la servidumbre no llega, no, á su alma. Tú sabes que reune, á los vehementes sentimientos naturales en su raza, elevacion de ideas. Tú sabes que posee várias ciencias, y que en su conversacion pintoresca é inspirada es un verdadero artista.»

—¡Hola, hola! ¿Con que, todas estas cualidades descubres tú en el mulato? Hay en la mano una seguridad tan grande, en la letra un dibujo tan firme, en el trazado de los renglones unas líneas tan rectas, que no revelan ningun remordimiento. Pero esta misma serenidad me asusta. Carolina corre peligro, mucho peligro, y no lo sabe. Carolina está al borde oscuro de un abismo, y no lo ve. Yo debo irme, yo necesito irme. ¡Oh maldita política, cómo me atas aquí! ¡Oh esclavitud, cómo me tienes aquí esclavo!

Al fijar su atencion el caballero Jura en otra frase de la carta, se quedó lívido como la muerte; sus ojos se desencajaron como si lo hubieran extrangulado; un temblor violento se apoderó de todo su cuerpo, y necesitó triunfar de sí mismo para no caerse al pié de la silla donde leia la carta. La frase era la siguiente:

«Antonio es verdaderamente un sér superior. Cualquiera de las más altas patricias podia darse por honrada con poseer la mano y el corazon de ese hombre.»

—¿No lo digo? Todas las repugnancias están vencidas por esa infame perversion de la naturaleza. Honor, honor mio, ¿qué va á ser de tí? Cuando esta mujer empieza por creer á Antonio digno de un corazon como el suyo, ¿no concluirá por entregarle su propio corazon? Cuando no conoce el abismo que entre los dos ha puesto la naturaleza, ¿conocerá el abismo que ha puesto la sociedad? Cuando nada le dice su sangre, ¿le dirá algo su conciencia? ¡Oh! No es posible. Yo no puedo permanecer aquí.

Despues de estas reflexiones de marido celoso, comenzaron á asaltarle sus reflexiones, no ménos graves, de naturalista, y de naturalista á la moderna. La ley del amor se le presentó al pensamiento con toda su fuerza, arrastrando á los sexos, como la ley de gravedad universal arrastra los mundos, y la ley de afinidades químicas combina las sustancias. Por exaltado que estuviera su corazon, por desconcertado su cerebro, por heridos sus sentimientos, no dejaba nunca de pensar en lo que era la ocupacion de

toda su vida, en los estudios de la naturaleza.

—¿Si habrá tenido esa Carolina algun abuelo negro? Pero si no hay un rasgo en su fisonomía ni una señal en su organismo de semejante abolengo. Y una gota de sangre negra que haya en las venas esparce su sombra por todo el cuerpo. La prosapia de las especies se conoce en seguida. La plumilla verde que tienen las aves en su nido, pluma es de sus abuelos extintos, como el plumaje hermosísimo que toman en el estío es su rozagante y brillantísima vestidura nupcial. ¿Habrá la savia de la primavera difundídose por las venas de Carolina, como por la corteza de los árboles, como por la garganta de las aves, y engendrado en ella alguna pasion? Y proseguia su lectura.

«Antonio cuida de tus plantas y de tus animalejos como un botánico y como un naturalista. En cuanto amanece ya está en el jardin, y en cuanto entra en el jardin ya se conoce la direccion de su clara inteligencia, el contacto de sus manos habilísimas. De seguida teje alguna

guirnalda, compone algun ramillete, que está sobre la mesa de mimbres del cenador de jazmines en que yo me desayuno. Así que las niñeras han aderezado á Ricardo, él lo toma por su cuenta; lo conduce por las sombras, le caza pájaros en sus innumerables trampas, que luégo le hace soltar, para que aprenda prácticamente el amor al bien y el amor á la libertad; le guia tras las flores más bellas y tras las mariposas más pintadas; le enseña las costumbres de los insectos, revelándole á un tiempo las maravillas de la naturaleza y los secretos de Dios. En las horas de calor viene á la terraza, cuando yo se lo ordeno, abre un libro, y lee, traduciéndolos á mi lengua española de corrido y en voz alta, mis escritores favoritos, así franceses como ingleses. Por las noches convertimos nuestras largas veladas en conciertos, entonando las mejores arias italianas, las más bellas canciones andaluzas como un tenor consumado. Luégo, en las horas en que hay, ó terrores, ó supersticiones, ó peligros, ronda en torno de nuestras ha-

bitaciones y vela nuestro sueño. ¿Dónde encontrarás otro servidor como este servidor, otro esclavo como este esclavo, tan humilde y al mismo tiempo tan digno, cuidadoso de cuanto amas en el mundo, solícito en velar por tu familia, por tu honor y por tu hacienda?»

En cuanto leyó esto, suspendió su lectura y dijo:

—Me parece que estoy leyendo una página de historia natural. Ese maldito mulato, tan conocedor de las especies zoológicas, ha imitado sus seducciones, y ha aprendido en su vida la fascinacion del amor. No de otra suerte en el mundo de las aves, por la primavera, el amante solicita á su amada. Vístese del plumaje más deslumbrador, colora su cresta y enciende sus ojos, ejercita sus órganos vocales, ejecuta seductoras sonatas, danza sobre la rama henchida de savia ó adornada de flores, juguetea con sus alas en el aire y forma esplendentes círculos, finge ser su sosten, su escudo, hasta que arrebata á la hembra y la convierte en su cautiva. Por es-

te camino pronto será mi señora esclava de mi esclavo. No diré que haya caido en sus brazos, no; pero sí diré que corre peligro de tropezar y de caer. Honor mio, honor mio, debo salvarte. Y seguia leyendo la carta.

«Y en pago de tantos servicios me propones que lo vendamos, ¡Dios mio! que lo vendamos. Yo habia olvidado que se compran y se venden los esclavos. Tengo tan grande horror al mal, que hago lo posible por olvidarme de su existencia. Así no me parece el mundo un lugar tan abominable, y no me entran ganas de dejarlo y de irme pronto por la puerta del sepulcro á otro mundo mejor.»

—¡Qué frases! decia Jura. Estas acusan la exaltacion del cerebro, el incendio en la sangre, fuertes latidos del corazon, estado patológico afectivo, amor sensual, amor sensual. Estoy perdido, completamente perdido. Honor, honor mio, es necesario, es indispensable salvarte.

Y continuó leyendo.

«Como yo veia nuestra casa verdaderamente

patriarcal, las faenas contínuas, la alegría de los negros, la bondad de todos cuantos me rodeaban, yo olvidaba que los negros se compran y se venden, que la codicia los arranca á su patria y á su raza, que los conduce al mercado como en mi tierra se conduce á los bueyes ó los cerdos; que los tasa, que los separa de sus hijos y de sus padres, que los pregona y los anuncia como pudiera pregonar ó anunciar un caballo, que de unas manos pasaban á otras manos, tal vez habituadas al látigo; que se da por ellos dinero, y desde aquel momento se convierten, hermanos nuestros, imágen de Dios como nosotros, con alma y conciencia, en vil instrumento, en algo inferior á las bestias. Yo te aseguro habia olvidado todas estas infamias.»

—¡Oh! ¡Qué atrevimiento! ¡En plena Luisiana escribir esto á un senador que trabaja aquí con todas sus fuerzas por el mantenimiento de la esclavitud, de esa institucion necesaria para mantener tan bien y vivificar nuestra sociedad! Si una autoridad de nuestro Estado cogiese es-

ta carta, ahorca á mi mujer de una soga de algodon regado por el sudor negro, sin que le valiera para nada mi inviolabilidad parlamentaria. Y si al fin éstas ideas perversas provinieran de la conciencia, santo y bueno. Pero provienen de que ese maldito mulato le ha inspirado un amor desdichadísimo, amor que late secretamente en su pecho, sin que ella misma tenga ni noticia ni conciencia. Honor mio, honor mio, es necesario que tomes una resolucion suprema; estás perdido, absolutamente perdido.

«No, no he dado oidos á tu carta. Creo que volverás en tí pronto, y te arrepentirás de tamaña crueldad. Emancipémoslo, casémoslo.»

—Al leer esta segunda palabra respiro un poco, exclamó Jura. Si le amára, no se atreveria á escribir así. El corazon enamorado prefiere ver la persona que ama en manos de un sepulturero que en brazos de un rival. Pero me parece que en esta palabra «casémoslo» no hay la misma seguridad que en las otras palabras. Me parece que ha temblado el pulso y se ha resis-

tido la pluma. Me parece que si esto no es un borron, es una lágrima. Me parece que la tinta está más descolorida. Me parece que este renglon se ha escrito entre lágrimas. ¡Oh furia, oh furia!—Y sin continuar leyendo, rasgó en pedazos aquella carta que tanto le habia hecho padecer, cogió febrilmente la pluma, y escribió la siguiente carta:

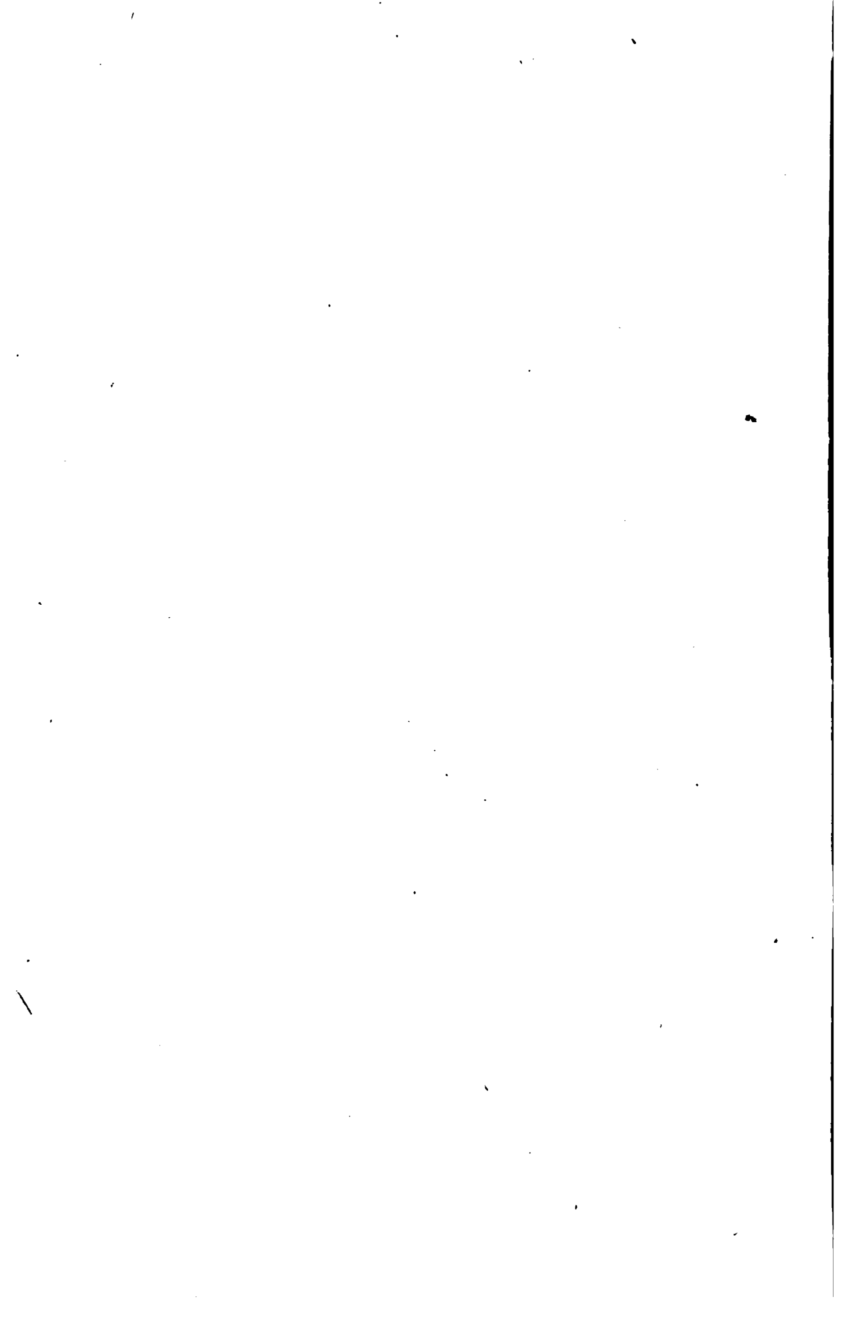
«Apreciado administrador: En cuanto reciba usted esta carta, en el momento mismo de recibirla, cogerá V. á Antonio, lo llevará al mercado, y lo venderá por cualquier precio. Esta órden no admite ni demora ni excusa. Al dia siguiente de recibirla me pondréis este telégrama: «Está V. servido.» Suyo afectísimo,

JURA.»

Luégo que hubo escrito esta carta, rasgando materialmente la tenue hoja de papel, quiso recoger los fragmentos de la carta de Carolina, y no pudo sacar nada de ellos en limpio. Una vez leia ternura, otras amor, otras felicidad, otras

juramento. Pero no sacaba nada en limpio de los fragmentos que en rapto de celos furioso habia desgarrado. Y en tal angustia quiso coger la pluma para contestar á Carolina, y no pudo. Del fondo de su pecho salió un amarguísimo sollozo, y se cubrió con ambas manos el rostro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

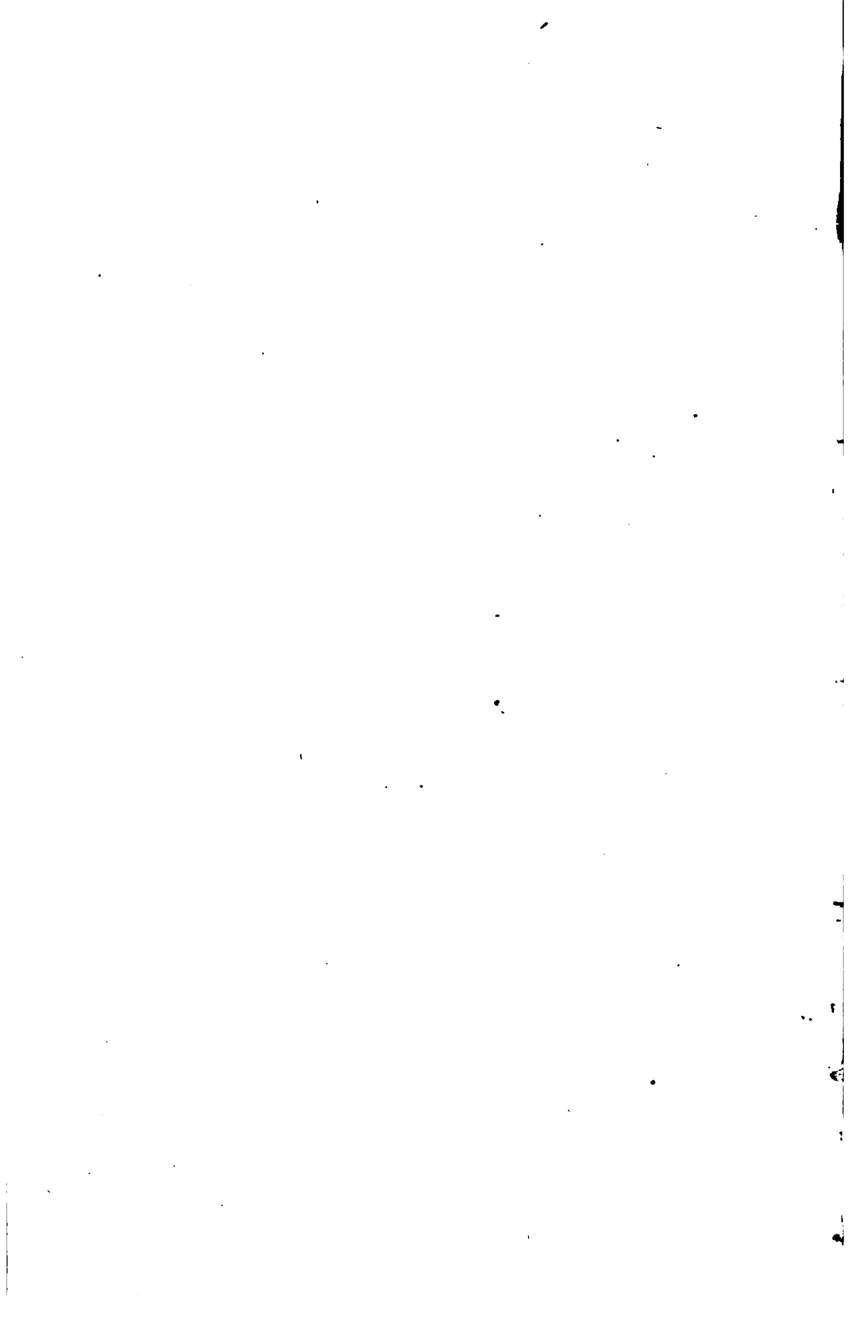


ÍNDICE

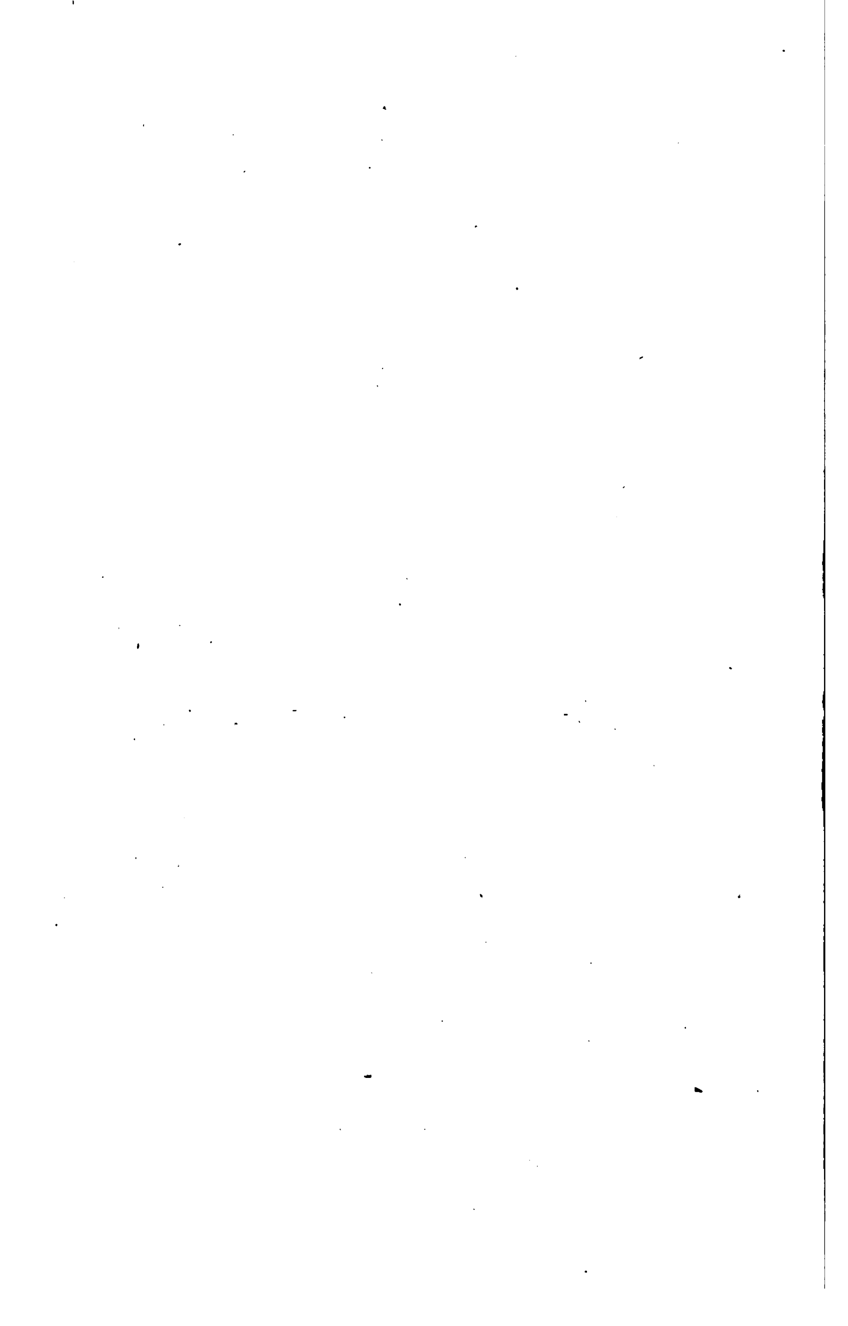
DE LOS

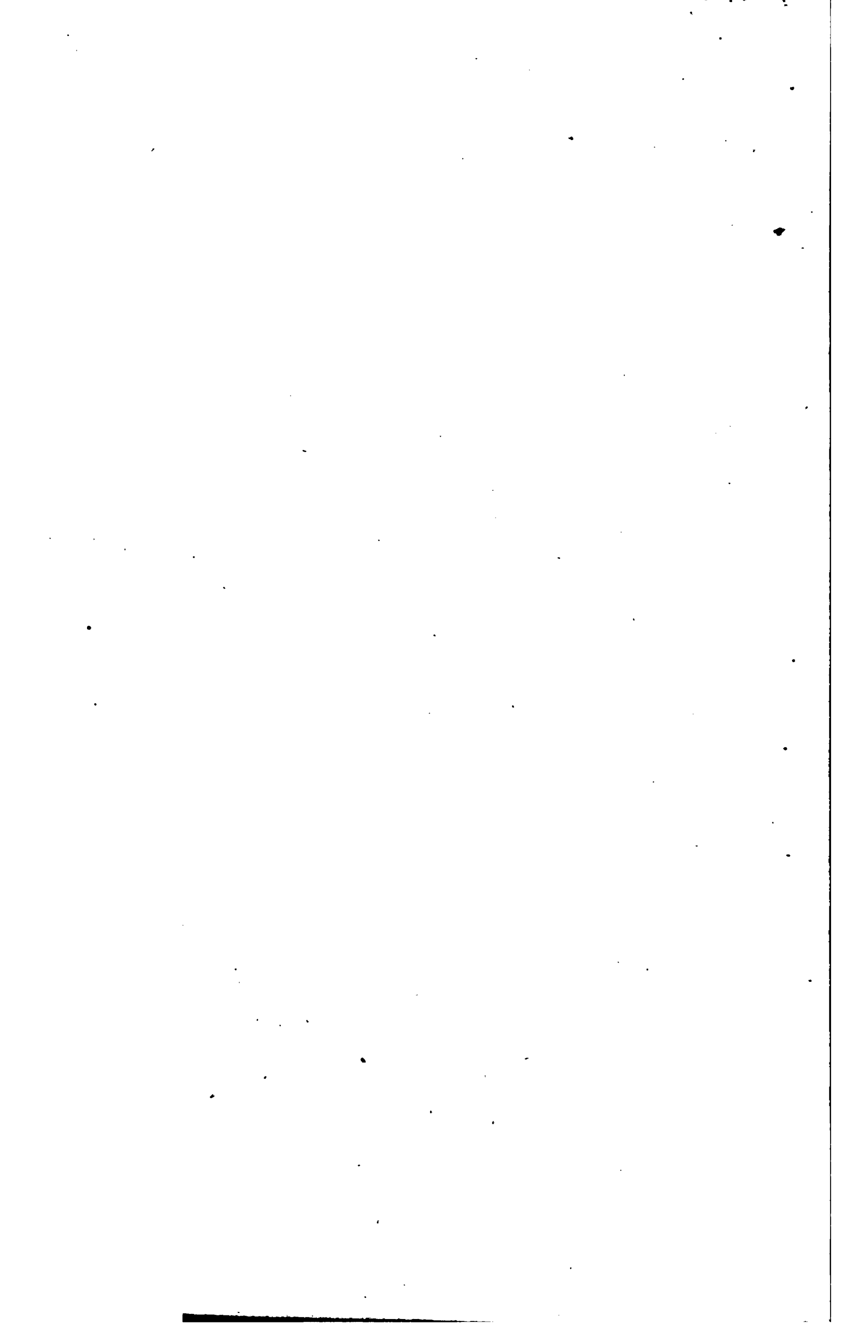
CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.












U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024193078

